A detailed woodcut illustration in a dark brown color on a light background. It depicts a chaotic battle scene among peasants. In the upper left, a figure is shown in a dynamic, possibly falling or leaping pose. The central and right portions of the image are filled with dense, overlapping figures of men in traditional peasant attire, engaged in combat. Some are holding long wooden spears, while others are in various states of struggle. The style is characteristic of 19th-century political woodcuts, with fine lines and cross-hatching used for shading and texture. The overall composition is busy and conveys a sense of intense, grassroots conflict.

FEDERICO ENGELS

**LAS GUERRAS
CAMPESINAS
EN ALEMANIA**



Las Guerras campesinas en Alemania, de Federico Engels, por primera vez se publica completa y en una cuidada traducción de su original alemán, agregándose los famosos *Doce Artículos de los campesinos*, que se rescatan para una mejor valoración de los objetivos de esas insurrecciones.

Engels realiza un estudio magistral, por su extraordinaria información, por la riqueza de antecedentes, por la ubicación exacta y real de los personajes que actuaran y las consecuencias sociales y políticas que se derivan de esas guerras antifeudal.

Sólo un estudioso profundo pudo crear una obra de tal magnitud, poniendo en evidencia las lagunas en que incurrieron algunos investigadores de renombre y especialistas consagrados a ese período de la historia, las contradicciones que encierran y la distorsión e incomprensión de esos sucesos de tanta importancia. Así se explica que Münzer fuera el gran ausente de esas luchas, ocultado tras una hueca fraseología, y la relevancia de un Geismaier o de Hipler, conductores esclarecidos de los campesinos, fueran omitidas completamente.

Engels, aplicando de manera consecuente el materialismo histórico, pudo rescatar para la Historia, de manera científica, las guerras campesinas, con sus grandezas, su heroicidad, pero también con sus inconsecuencias y sus contradicciones, debidas a los intereses y limitaciones de las clases actuantes. Emerge un Münzer revolucionario, que buscaba una sociedad más justa y humanista, denuncia el espíritu acomodaticio de Lutero, sus intrigas, sus traiciones y, después en franca lucha contra las reivindicaciones

de los campesinos y de la incipiente burguesía medrosa.

Las similitudes y diferencias que Engels analiza entre las guerras campesinas del siglo XVI y las revoluciones de Francia de 1830 y de Alemania de 1848/50, y sobre el papel del jefe revolucionario, son de una riqueza y exactitud incomparables.



Friedrich Engels

Las Guerras campesinas en Alemania

ePub r1.0

Rob_Cole 28.05.2018

EDICIÓN DIGITAL

Título original: *Der deutsche Bauernkrieg*

Friedrich Engels, 1850

Retoque de cubierta: Rob_Cole

Editor digital: Rob_Cole

ePub base r1.2

Edición digital: epublibre, 2018

Conversión a pdf: FS, 2018



FEDERICO ENGELS

LAS GUERRAS CAMPESINAS EN ALEMANIA

Editorial ANDES

1970 - Buenos Aires
República Argentina

INTRODUCCIÓN

La obra de Federico Engels sobre las guerras campesinas en Alemania, constituye un estudio clásico en la historiografía. Resulta imposible ignorarla, y cualquier trabajo que se refiera al siglo XVI alemán deberá consultarla, constituyendo su omisión una laguna injustificable.

*El historiador Guillermo Zimmermann había publicado en 1841/1843, la **Historia de la Gran Guerra Campesina**, en cuyos tres tomos reunía un extraordinario material informativo, constituyendo un detallado y circunstanciado relato de la misma. Es una obra erudita, objetiva, pero dónde falta desentrañar las causas y consecuencias de los movimientos, sus diferentes etapas, y la valoración de sus dirigentes, sus errores, traiciones y también la consecuencia revolucionaria de otros. No supo comprender las limitaciones de la acción de los campesinos, y la falta de madurez en un medio no apto para el cambio que soñaban realizar.*

*Engels lo estudió con la profundidad y seriedad que el tema merecía, como correspondía a su elevado sentido de la responsabilidad intelectual Reúne otros materiales, consulta las actas y documentos de la época, repasa todo trabajo publicado y, una vez dominado todos los aspectos concurrentes, escribe su primer artículo sobre el campesinado feudal alemán, en el periódico cartista **La Estrella Polar**, en 1845, llamando la atención sobre ese «jefe glorioso de la guerra de campesinos» de 1525, Tomás Mümzer, señalándolo como demócrata auténtico, que combatía no por ilusiones sino por reales necesidades.*

¿Por qué Engels, en plena marea revolucionaria de la burguesía en Alemania volvía a considerar las luchas campesinas y de casi tres siglos atrás?

Estas luchas se habían producido en el período del «capitalismo primitivo y de un mercado mundial ya constituido bajo la influencia de éste último» (Riazanov) es decir, el comienzo de la desintegración feudal Estaba ligado con el movimiento de la Reforma, y a esta complejidad de

la situación se agregaba la no menos compleja de los agolpamientos de clases, cuya lucha va a determinar el curso evolutivo o regresivo de las guerras de los campesinos.

La acción del proletariado a mediados del siglo XIX crecía en su claridad de objetivos e independencia del que había tenido en las últimas sublevaciones campesinas. De clase en sí pasaba a ser clase para sí.

Sólo así se comprendería el desarrollo del movimiento en Alemania, y es por ello que, después de la revolución francesa de julio de 1830, se vuelva la atención sobre las guerras de campesinos del siglo XVI alemán. El socialismo consideraba al campesino como elemento revolucionario y necesitaba estudiar esas guerras, volviendo su atención, en especial, sobre su jefe Tomás Münzer.

Marx y Engels apreciaban con exactitud el papel de los campesinos en la revolución social y no los subestimaron jamás (tampoco los sobrestimaron), como elemento en la lucha contra la gran propiedad feudal y terrateniente. Sabían que los campesinos son capaces de acción política, en general, si son llamados a la unión. Dirigidos por el proletariado son consecuentes auxiliares en sus luchas.

*Es para esclarecer este papel con ejemplos históricos que Federico Engels publica su trabajo en 1850, sin suponer que iba a escribir una obra que se convertiría en clásica, y la clave para comprender ese complejo período del feudalismo alemán. Se publica en los números V-VI, de noviembre de 1850, de la **Neue Rheinische Zeitung, Revue** (Der deutsche Bauernkrieg).*

No se hace necesario reseñar los diversos capítulos que lo constituyen, pero es necesario marcar la atención acerca de las brillantes conclusiones que extrae de esas luchas, del papel del jefe revolucionario que toma, la dirección política del gobierno cuando las circunstancias sociales y relación de clases imposibilitan su acción efectiva y su afianzamiento en el poder.

Su estudio comparativo entre los movimientos campesinos de 1525

y la revolución de 1848, tanto de las enseñanzas que de aquellos extrae como de las profundas diferencias entre ambas situaciones, es verdaderamente insuperable.

Engels, en absoluto acuerdo con Marx, veía la necesidad de centrar la lucha contra el feudalismo y los terratenientes, y que la supresión de la dominación de éstos crearían las condiciones favorables para la realización de la revolución proletaria. Tal el sentido que tiene la expresión de Marx, 16 de agosto de 1856, cuando expresaba que en Alemania la posibilidad de hacer apoyar la revolución proletaria, dependería de una redición de la guerra de los campesinos. «¡Entonces todo resultará bien!».

*Los populistas rusos y los anarquistas, en especial Bakunin, además de adoptar una posición reaccionaria al sobrestimar el papel del campesino en la revolución moderna, tampoco demostraron comprender los movimientos sostenidos en diversos países contra el feudalismo. Bakunin repetía que para Marx y Engels, y los marxistas, el campesinado representaba la reacción. La realidad era que ignoraba los escritos de ambos, y sólo tomaba las palabras de W. Liebknecht, cuando en realidad Engels al publicar la segunda edición de su libro, 1870, y en el **Prólogo** para la tercera, de 1874, que se incluyen en la presente edición, critica la posición de aquél y la de otros socialdemócratas alemanes, que conceptuaban a esas guerras como reaccionarias, y al no comprender la posición consecuente de Tomás Münzer, señalaban sus preferencias por Franz de Sickingen y Ulrico de Hutten, a los que exactamente caracteriza Engels.*

*Éste trabajaba asiduamente sobre el tema, reuniendo constantemente una valiosa documentación, como lo manifiesta en 1882. En diciembre de 1884 se lo expresa a Sorge, diciendo que una vez que termine los trabajos, la empresa de redactar y publicar el segundo y tercer tomo de **El Capital**, modificaría afondo **Las Guerras Campesinas**. En 1893, en carta a Franz Mehring, reitera su propósito, pero la edición de las obras de Marx, que*

conceptuaba por encima de cualquier otra tarea, la reedición de muchas de ellas, una enorme correspondencia con los movimientos socialistas del mundo que no podía interrumpir, iban demorando sus deseos.

Cuando recibe los fascículos del trabajo de Carlos Kautsky sobre **Los precursores del socialismo moderno**, (que en 1920 aparecería como libro: «Vorläufer des neueren Sozialismus, Band II: Der Kommunismus in der deutschen Reformation», Stuttgart). Engels le escribe el 21 de marzo de 1895:

*En cuanto a tu libro, puedo decirte que mejora a medida que la exposición avanza. Platón y el cristianismo primitivo están muy poco estudiados en relación al objetivo inicial anunciado. Las sectas del medioevo son estudiadas mejor y más cuando se avanza. Los Taboristas, Münzer, los anabaptistas, son los mejores capítulos logrados. He aprendido mucho de este libro. Es un precioso trabajo de introducción a mi nueva versión de la **Las Guerras campesinas**. Sólo noto dos grandes defectos:*

1. *El estudio es por completo insuficiente en cuanto al desarrollo y papel de los elementos desclasados que están absolutamente marginados de la jerarquía feudal y cuya situación era cercana a la de los parias, que formaban la capa más baja, la más desprovista de derechos de la población urbana del medioevo, y que no tienen ningún lugar común con la comunidad rural, la feudalidad y las corporaciones; este estudio es complicado, pero constituye la **base fundamental**, porque, en tanto se disgregan las vinculaciones feudales, el proletariado, que hizo en 1789 la revolución en los suburbios de París, nace de aquellos elementos. Tú hablas de proletario esta expresión no es en absoluto exacta y clasificas entre ellos a los tejedores, cuya importancia destacas muy*

*justamente, pero **no es sino a partir** del momento que aparecieron los compañeros tejedores desclasados, excluidos de la corporación y, solamente **en la medida** en que ellos existieron puedes hablar de «proletariado». Aún hay mucho por hacer sobre este tema.*

- 2. No has estudiado suficientemente la situación del mercado mundial, en la medida que para entonces se podía considerar, y en relación a la situación económica internacional de Alemania a fines del siglo XV. Ahora bien, esta particular situación explica por qué el movimiento burgués-plebeyo que, bajo la forma religiosa, fue vencido en Inglaterra, en los Países Bajos y en Bohemia, en cambio, pudo tener en Alemania un determinado éxito en el siglo XVI: el éxito del **enmascaramiento** religioso, mientras tanto que, el resultado de su **contenido** burgués estaba reservado para el siglo siguiente y en los otros países que tomaron parte, en ese período, de las nuevas orientaciones del mercado mundial, a saber Holanda e Inglaterra. Es un tema importante que espero exponer de manera sumaria en la nueva **Las Guerras Campesinas**, sólo para el caso de que logre poder ponerme a hacerlo.*

La muerte de Engels, ocurrida el 5 de agosto de 1895, le impidió concretar la ejecución de ese trabajo.

*Para esta edición se ha tenido en cuenta la de 1874, las indicaciones de Franz Mehring y de Domingo Riazanov, y las notas del historiador Z. Friedlander, agregándose algunas que se consideraron necesarias. Como Apéndice se incluyen los **Doce Artículos**, redactado en 1525, como reivindicación de los campesinos, casi desconocidos para los lectores del habla castellana.*

Finalmente, se completa con un índice de nombres citados y una sumaria indicación bibliográfica.

L. PAZ

Mendoza, junio de 1970.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN (1850)

También el pueblo alemán tiene su tradición revolucionaria. Hubo un tiempo en el que Alemania producía hombres que se pueden comparar con los mejores revolucionarios de otros países, en el que el pueblo alemán mostraba una perseverancia y energía que en una nación centralizada hubieran dado los resultados más grandiosos, cuando los campesinos y plebeyos alemanes acariciaban proyectos que tantas veces causaron espanto, aún a sus actuales descendientes.

Frente al cansancio momentáneo que casi en todas partes se manifiesta al cabo de dos años de lucha, es oportuno presentar de nuevo al pueblo alemán las figuras recias, fuertes y tenaces de la gran guerra campesina.

Transcurrieron tres siglos y han cambiado muchas cosas, sin embargo, la guerra de los campesinos no se halla tan lejos de nuestras luchas actuales y muchas veces tenemos que combatir a los mismos adversarios de entonces. Las propias clases y fracciones de clases que traicionaron el movimiento de 1848 y 1849, son las que encontramos como traidoras en 1875, aunque en una etapa inferior de su desarrollo, y si en el movimiento de los últimos años el vandalismo vigoroso de la guerra campesina no se manifestó más que en algunos sitios del Odenwald, de la Selva Negra y de Silesia, no es precisamente patrimonio de la insurrección moderna.

PROLOGO A LA EDICION DE 1870

I

*La presente obra fue escrita en Londres, durante el verano de 1850, bajo la impresión directa de la contrarrevolución que acababa de consumarse; apareció en los números 5 y 6 de la **Nueva Gaceta del Rin, Revista de Política y Economía** dirigida por Carlos Marx, Hamburgo, 1850. Mis correligionarios de Alemania me piden su reedición, y atiendo a su deseo ya que con gran sentimiento mío, la obra no ha perdido aún actualidad.*

La obra no pretende dar un material nuevo, fruto de mis propias investigaciones. Por el contrario, todo el material que se refiere a las insurrecciones campesinas y a Tomás Müünzer ha sido tomado de Zimmermann. A pesar de sus lagunas, el libro de este autor constituye la mejor recopilación de datos aparecida hasta la fecha. Además, el viejo Zimmermann trata la materia con mucho cariño. El mismo instinto revolucionario que le obliga a lo largo de todo el libro a erigirse en campeón de las clases oprimidas, le convirtió más tarde en uno de los mejores representantes de la extrema izquierda de Fráncfort. Bien es verdad, que sus puntos de vista ya resultan hoy día algo anticuados.

Y a pesar de que a la exposición que nos ofrece Zimmermann le falta cohesión interna; de que no logra presentarnos las cuestiones religiosas y políticas que se debatían en aquella época como un reflejo de la lucha de clases del momento: de que no ve en esa lucha de clases más que opresores y oprimidos, malos y buenos, con el triunfo final de los malos; de que su comprensión de las relaciones sociales que determinan el origen y el desenlace de la lucha es muy incompleta, todo esto no son más que defectos propios de la época en que apareció el libro. Por el contrario, en medio de las obras históricas idealistas alemanas de aquellos tiempos, el libro constituye una excepción digna de elogio y está

escrito de un modo muy realista.

*En mi exposición, en la que me limito a describir a grandes rasgos el curso histórico de la lucha, trato de explicar el origen de la guerra campesina, la posición ocupada por los diferentes partidos que intervienen en ella, las teorías políticas y religiosas con que estos partidos procuraban explicarse ellos mismos su posición y, por último, el propio desenlace de la lucha como una consecuencia necesaria de las condiciones históricas de la vida social de estas clases en aquella época. En otros términos, trato de demostrar que el régimen político de Alemania, las sublevaciones contra este régimen y las teorías políticas y religiosas de la época no eran la causa, sino la consecuencia del grado de desarrollo en que se encontraban entonces en Alemania la agricultura, la industria, las vías de comunicación terrestres, fluviales y marítimas, el comercio y la circulación del dinero. Esta concepción de la Historia, la única concepción materialista, no ha sido creada por mí, sino que pertenece a Marx y forma asimismo la base de sus trabajos sobre la revolución francesa de 1848-1849, publicados en la misma revista, y de **El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte**.*

El paralelo entre la revolución alemana de 1525 y la revolución de 1848-1849 saltaba demasiado a la vista para que yo pudiese renunciar por completo a él Sin embargo, al lado de la semejanza en el curso general de los acontecimientos, cuando tanto en un caso como en otro el mismo ejército de un príncipe iba aplastando una tras otra las diversas insurrecciones locales, y a pesar de la semejanza, muchas veces cómica, que presenta la conducta observada en ambos casos por los villanos de la ciudad, las diferencias entre ambas revoluciones son claras y patentes.

*«¿Quién se aprovechó de la revolución de 1525? **Los príncipes**. ¿Quién se aprovechó de la revolución de 1848? **Los grandes monarcas**. Austria y Prusia. Detrás de los pequeños príncipes de 1525 estaban los pequeños villanos, a quienes aquéllos estaban atados por los impuestos: detrás de*

los grandes soberanos de 1850, detrás de Austria y Prusia está, sometiéndolos rápidamente por medio de la Deuda pública, la gran burguesía moderna. Y detrás de la gran burguesía está el proletariado».

Por desgracia, debo decir que con esta afirmación hice demasiado honor a la burguesía alemana, la cual tanto en Austria como en Prusia había tenido la ocasión de «someter rápidamente» a la monarquía «a través de la Deuda pública», pero que nunca ni en ninguna parte aprovechó esta oportunidad.

*Como consecuencia de la guerra de 1866, Austria cayó como un regalo en manos de la burguesía. Pero ésta no sabe dominar, es impotente e incapaz de hacer nada. Lo único que sabe hacer es vomitar furia contra los obreros en cuanto éstos se ponen en movimiento. Y si sigue empuñando el timón del Poder, es únicamente porque los **húngaros** lo necesitan.*

*¿Y en Prusia? Ciertamente es que la Deuda pública ha subido vertiginosamente, que el déficit es un fenómeno crónico, que los gastos del Estado crecen de año en año, que la burguesía tiene la mayoría en la Dieta, que sin su consentimiento no se pueden elevar los impuestos ni contratar empréstitos, pero, ¿dónde está, a pesar de todo, su poder sobre el Estado? Apenas hace unos cuantos meses, cuando el Estado se hallaba otra vez en déficit, su posición era de lo más ventajosa. De haber mostrado tan sólo **un** poco de firmeza hubiese podido lograr grandes concesiones. Pero, ¿qué hizo? Consideró como una concesión suficiente el que el gobierno **le permitiese** poner a sus pies cerca de nueve millones, y no por **un** solo año, sino como aportación **anual** para todos los años futuros.*

*No quiero fustigar a los pobres nacional-liberales de la Dieta más de lo que se merecen. Ya sé que han sido abandonados por los que están detrás de ellos, por la masa de la burguesía. Esta masa no **quiere** gobernar. Los recuerdos de 1848 están demasiado frescos en su memoria.*

Más adelante diremos por qué la burguesía alemana manifiesta tanta cobardía.

La afirmación que hemos hecho más arriba se confirmó plenamente en otros aspectos. Como vemos, a partir de 1850 los pequeños Estados van pasando más y más decididamente a segundo plano, y ya no sirven más que de palancas para las intrigas prusianas y austríacas. La lucha entre Austria y Prusia por la hegemonía es cada vez más encarnizada, y finalmente, en 1866, llega la solución violenta, por la que Austria conserva sus propias provincias, Prusia sojuzga directa o indirectamente todo el Norte, mientras que los tres Estados suroccidentales quedan por el momento de puertas afuera.

En toda esta representación pública, lo único que tiene importancia para la clase obrera alemana es lo siguiente:

En primer lugar, que gracias al sufragio universal los obreros obtuvieron la posibilidad de estar directamente representados en la asamblea legislativa.

*En segundo lugar, que Prusia dio un buen ejemplo al tragarse tres coronas por la gracia de Dios. Ni siquiera los nacional-liberales creen ahora que **después** de esta operación Prusia conserva aún por la gracia de Dios aquella inmaculada corona que se atribuía antes.*

*En tercer lugar, que en Alemania no existe más que **un** adversario serio de la revolución: el gobierno prusiano.*

Y en cuarto lugar, que los germano-austríacos deben plantearse y decidir de una vez para siempre qué es lo que quieren ser: alemanes o austríacos; qué es lo que prefieren: Alemania o sus apéndices extra-alemanes transleitanos. Era evidente desde hacía tiempo que debían renunciar a una o a los otros, pero este hecho siempre había sido velado por la democracia pequeñoburguesa.

Por lo que respecta a las demás cuestiones importantes en litigio y relacionadas con 1866, cuestiones discutidas desde entonces hasta la saciedad entre los nacional-liberales y el «partido del pueblo», la historia

de los años siguientes demostró palmariamente que estos dos puntos de vista habían combatido entre sí con tanta violencia únicamente por representar los dos polos opuestos de una misma mediocridad.

El año 1866 no modificó casi nada las condiciones sociales de Alemania. Las escasas reformas burguesas —el sistema único de pesas y medidas, la libertad de residencia, la libertad de industria, etc.—, todas ellas limitadas a los marcos señalados por la burocracia, no llegan aún a lo alcanzado desde hace tiempo por la burguesía de los otros países de la Europa occidental y dejan en pie el mal principal: el sistema de la tutela burocrática. Por lo demás, la práctica policíaca al uso hizo completamente ilusorias para el proletariado todas esas leyes sobre la libertad de residencia, el derecho de ciudadanía, la supresión de los pasaportes, etc.

Mucha mayor importancia que toda esta representación pública de 1866 fue la que tuvo el desarrollo que a partir de 1848, adquieren en Alemania la industria, el comercio, los ferrocarriles, el telégrafo y la navegación transoceánica. Por mucho que estos éxitos quedasen a la zaga de los logrados durante este mismo tiempo por Inglaterra e incluso por Francia, no tenían, sin embargo, precedentes en la historia de Alemania, y dieron a este país en veinte años mucho más de lo que antes le había dado un siglo entero. Ahora es cuando Alemania se incorpora resuelta y decididamente al **comercio mundial**. Multiplíquense rápidamente los capitales de los industriales y sube en consonancia la posición social de la burguesía. El síntoma más seguro de la prosperidad industrial, la **especulación**, florece esplendorosamente y encadena a duques y condes a su carro triunfal. Ahora, el capital alemán —¡que la tierra le sea leve!— está construyendo ferrocarriles en Rusia y en Rumanía, mientras que hace tan sólo quince años los ferrocarriles alemanes tenían que implorar la ayuda de los empresarios ingleses. ¿Cómo ha podido ocurrir, pues, que la burguesía no haya conquistado también el Poder político, que su conducta frente al gobierno sea tan pusilánime?

La desgracia de la burguesía alemana consiste en que siguiendo la costumbre favorita alemana, ha llegado demasiado tarde. Su florecimiento ha coincidido con el período en que la burguesía de los otros países de la Europa occidental se halla políticamente en declive. En Inglaterra, la burguesía no pudo llevar a su verdadero representante Bright al gobierno más que ampliando el derecho electoral, medida que por sus consecuencias debe poner fin a toda la dominación burguesa. En Francia, donde la burguesía como tal, como clase, no pudo dominar más que dos años bajo la república, 1849 y 1850, sólo logró prolongar su existencia social cediendo su dominación política a Luis Bonaparte y al ejército. Dado el extraordinario desarrollo alcanzado por las influencias recíprocas de los tres países más avanzados de Europa, es ya completamente imposible que la burguesía pueda instalarse cómodamente en el Poder en Alemania cuando en Inglaterra y en Francia ese Poder ya ha caducado.

*La particularidad que distingue a la burguesía de todas las demás clases dominantes que la han precedido consiste precisamente en que en su desarrollo existe un punto de viraje, tras el cual todo aumento de sus medios de poder, y por tanto de sus capitales en primer término, tan sólo contribuye a hacerla cada vez más incapaz para la dominación política. **«Tras la gran burguesía está el proletariado».** En la medida en que la burguesía desarrolla su industria, su comercio y sus medios de comunicación, en la misma medida engendra el proletariado. Y al llegar a un determinado momento, que no es el mismo en todas partes ni tampoco es obligatorio para una determinada fase del desarrollo, la burguesía comienza a darse cuenta de que su inseparable acompañante, el proletariado, empieza a sobrepasarla. Desde ese momento pierde la capacidad de ejercer la dominación política exclusiva, y busca en torno suyo aliados, con quienes comparte su dominación, o a quienes, según las circunstancias, se la cede por completo.*

En Alemania, ese punto de viraje ya había llegado para la burguesía en 1848. Aunque bien es cierto que en aquel entonces la

burguesía alemana no se asustó tanto del proletariado alemán como del proletariado francés. Los combates de Junio de 1848 en París le enseñaron qué era lo que la esperaba. La agitación del proletariado alemán era suficiente para demostrarle que en Alemania habían sido arrojadas las semillas capaces de dar la misma cosecha. Y a partir de ese momento quedó embotado el filo de la acción política de la burguesía alemana. Ésta empezó a buscar aliados y a venderse por cualquier precio; y de entonces acá no ha avanzado un sólo paso.

Todos esos aliados son esencialmente reaccionarios: el Poder real, con su ejército y su burocracia; la gran nobleza feudal; los junkers provincianos de medio pelo y, finalmente, los curas. Con todos ellos pactó y concertó acuerdos la burguesía con tal de salvar su preciada existencia, hasta que, por último, no le quedó ya nada con qué traficar. Y cuanto más se desarrollaba el proletariado, cuanto más conciencia tenía de su condición de clase y cuanto más actuaba en calidad de tal, más cobarde se hacía la burguesía. Cuando la estrategia asombrosamente mala de los prusianos venció en Sadowa a la estrategia asombrosamente aún peor de los austríacos, difícilmente podría decirse quién lanzó un suspiro de alivio más grande: el burgués prusiano, que también había sido derrotado en Sadowa, o el burgués austríaco.

Nuestros grandes burgueses obran en 1870 exactamente igual como obraron en 1525 los villanos medios. En lo que atañe a los pequeños burgueses, a los maestros artesanos y a los tenderos, éstos siguen siendo siempre los mismos. Esperan poder trepar a las filas de la gran burguesía y temen ser precipitados a las del proletariado. Fluctuando entre la esperanza y el temor, tratarán de salvar su precioso pellejo durante la lucha, y después de la victoria se incorporarán al vencedor. Tal es su naturaleza.

El desarrollo de la actividad social y política del proletariado ha marchado a la par con el auge industrial que siguió a 1848. El papel desempeñado hoy día por los obreros alemanes en sus sindicatos, cooperativas, organizaciones y asambleas políticas, en las elecciones y en

el llamado Reichstag, demuestra perfectamente por sí sola cuál ha sido la transformación experimentada de un modo imperceptible por Alemania en estos últimos veinte años. Es un gran mérito de los obreros alemanes el haber sido los **únicos** que han logrado enviar obreros y representantes de los obreros al parlamento, cosa que ni los franceses ni los ingleses han logrado hasta ahora.

Pero tampoco el proletariado ha salido aún de ese estado que permite establecer un paralelo con 1525. La clase que depende exclusivamente del salario toda su vida se halla aún lejos de constituir la mayoría del pueblo alemán. Por eso, también tiene que buscarse aliados. Y sólo los puede buscar entre los pequeños burgueses, el **lumpemproletariado** de las ciudades, los pequeños campesinos y los obreros agrícolas.

Ya hemos hablado de los **pequeños burgueses**. Son muy poco de fiar, excepto cuando ya ha sido lograda la victoria. Entonces arman un alboroto infernal en las tabernas. A pesar de esto, entre ellos se encuentran excelentes elementos que se unen espontáneamente a los obreros.

El **lumpemproletariado**, esa escoria integrada por los elementos desclasados de todas las capas sociales y concentrada en las grandes ciudades, es el peor de los aliados posibles. Ese desecho es absolutamente venal y de lo más molesto. Cuando los obreros franceses escribían en los muros de las casas durante cada una de las revoluciones: **Mort aux voleurs!**, **¡Fusilad a los ladrones!**, y en efecto fusilaban a más de uno, no lo hacían en un arrebato de entusiasmo por la propiedad, sino plenamente conscientes de que ante todo era preciso desembarazarse de esta banda. Todo líder obrero que utiliza a elementos del lumpemproletariado para su guardia personal y que se apoya en ellos, demuestra con este sólo hecho que es un traidor al movimiento.

Los pequeños campesinos —pues los grandes pertenecen a la burguesía— son de composición heterogénea.

O bien, son **campesinos feudales**, obligados todavía a realizar determinadas prestaciones para sus señores. Después que la burguesía dejó pasar la oportunidad de liberarles de la servidumbre, como era su deber, no cuesta trabajo convencerles de que sólo pueden esperar la liberación de manos de la clase obrera.

O bien, son **arrendatarios**. En este caso tenemos por lo común las mismas relaciones que en Irlanda. El arriendo es tan elevado que cuando la cosecha es mediana el campesino y su familia apenas pueden mantenerse, y cuando la cosecha es mala casi se mueren de hambre, no pueden pagar el arriendo y quedan, por consiguiente, completamente a merced del terrateniente. Para esta gente la burguesía sólo hace algo cuando se la obliga a ello. ¿De quién, si no es de los obreros, pueden esperar la salvación?

Quedan los campesinos que cultivan **su propio pedazo de tierra**. En la mayoría de los casos están tan cargados de hipotecas que dependen del usurero tanto como el arrendatario del terrateniente. Tampoco a ellos les queda más que un mísero salario, muy inestable por lo demás, ya que depende de los altibajos de la cosecha. Menos que nadie pueden esperar algo de la burguesía, pues son explotados precisamente por los burgueses, por los capitalistas usureros. A pesar de ello, las más de las veces están muy apegados a su propiedad, aunque en realidad ésta no les pertenece a ellos sino al usurero. Sin embargo, es preciso convencerles de que sólo podrán liberarse del prestamista cuando un gobierno dependiente del pueblo convierta todas las deudas hipotecarias en una deuda única al Estado y rebaje así el tipo del interés. Y esto sólo puede hacerlo la clase obrera.

En todas partes donde predomina la gran propiedad y la mediana propiedad, la clase más numerosa del campo está integrada por los **obreros agrícolas**. Tal es el caso en todo el Norte y en el Este de Alemania, y en este grupo es donde los obreros industriales de la ciudad encuentran su **aliado más natural y más numeroso**.

El terrateniente o gran arrendador se opone al obrero agrícola de la

misma manera que el capitalista se opone al obrero industrial. Las mismas medidas que ayudan a uno deben ayudar al otro. Los obreros industriales sólo pueden liberarse transformando los capitales de la burguesía, es decir, las materias primas; las máquinas, los instrumentos y los medios de vida necesarios para la producción en propiedad social, o sea, en propiedad suya y utilizada por ellos en común. De la misma manera, los obreros agrícolas sólo pueden liberarse de su espantosa miseria si, en primer término, la tierra —su principal objeto de trabajo— es arrancada a la propiedad privada de los grandes campesinos y de los aún más grandes señores feudales y convertida en propiedad social, cultivada colectivamente por cooperativas de obreros agrícolas. Y aquí nos encontramos con la célebre resolución del Congreso de Basilea de la Internacional^[1], en la que se dice que en interés de la sociedad es preciso convertir la propiedad de la tierra en propiedad colectiva, en propiedad nacional. Esta resolución se refería principalmente a los países donde existe la gran propiedad de la tierra, con grandes explotaciones agrícolas en manos de un solo amo y con numerosos obreros asalariados. Y como en términos generales esta situación sigue predominando en Alemania, dicha resolución era **particularmente oportuna para Alemania a la vez que para Inglaterra**. El proletariado agrícola, los jornaleros del campo, constituyen la clase que proporciona más reclutas para los ejércitos de los monarcas. Es la clase que, gracias al sufragio universal, envía hoy día al parlamento a la mayoría de los feudales y de los junkers. Pero, al mismo tiempo, es la clase que está más cerca de los obreros industriales de la ciudad, la que comparte con ellos las mismas condiciones de existencia, la que se encuentra en una situación de miseria aún mayor que la de ellos. Esta clase es impotente, pues está fraccionada y dispersa, pero el gobierno y la nobleza conocen tan bien su fuerza latente, que con toda intención dejan desmoronarse las escuelas para mantenerla en la ignorancia. La tarea inmediata más urgente de los obreros alemanes es despertar a esta clase e incorporarla al movimiento. El día en que la masa de obreros agrícolas aprenda a tener conciencia de sus propios intereses, ese día será imposible en

Alemania un gobierno reaccionario, ya sea feudal, burocrático o burgués.

II^[2]

Las líneas que anteceden fueron escritas hace más de cuatro años, pero siguen conservando hoy día toda su significación. Lo que era cierto después de Sadowa y de la división de Alemania, se ha confirmado después de Sedán y de la fundación del Sacro Imperio alemán de la nación prusiana. ¡Tan pequeños son los cambios que pueden introducir en el curso del movimiento histórico esas representaciones públicas de la llamada alta política que «commueven al mundo»!

Lo único que pueden hacer es acelerar el curso de ese movimiento. A este respecto, los causantes de estos acontecimientos que «commueven al mundo» han logrado, a pesar suyo, unos éxitos que seguramente les resultan muy desagradables, pero que, quiéranlo o no, tienen que aceptar.

La guerra de 1866 ya había sacudido los cimientos de la vieja Prusia. Después de 1848 costó mucho trabajo reducir de nuevo a la vieja disciplina a los elementos rebeldes, tanto burgueses como proletarios, de las provincias occidentales; sin embargo, se logró, y los intereses de los junkers de las provincias orientales volvieron a ser los dominantes en el Estado a la par con los intereses del ejército. En 1866 casi toda la Alemania noroccidental era prusiana. Sin hablar ya del irreparable daño moral que la corona prusiana por la gracia de Dios había experimentado al tragarse otras tres coronas por la gracia de Dios, el centro de gravedad de la monarquía se había desplazado sensiblemente hacia el occidente. Los cinco millones de renanos y de westfalianos recibieron en un principio el refuerzo de cuatro millones de alemanes anexionados directamente y, después, el de seis millones de alemanes indirectamente anexionados a través de la Confederación de la Alemania del Norte. Y en 1870 se les añadieron además ocho millones de alemanes del suroeste, de modo que en el «nuevo Imperio», a los

catorce millones y medio de viejos prusianos (de las seis provincias del Este del Elba y entre los que figuran además dos millones de polacos) se oponen unos veinticinco millones que ya hace tiempo han dejado atrás al feudalismo viejo-prusiano de los junkers. Así pues, fueron precisamente las victorias del ejército prusiano las que desplazaron radicalmente todos los cimientos del edificio estatal prusiano; la dominación de los junkers se hizo cada vez más insoportable hasta para el propio gobierno. Pero, al mismo tiempo, el vertiginoso desarrollo de la industria relegó a segundo plano la lucha entre los junkers y la burguesía, destacando la lucha entre la burguesía y los obreros, de suerte que las bases sociales del viejo Estado sufrieron también desde dentro una transformación radical. La premisa fundamental de la monarquía, que se iba descomponiendo lentamente desde 1840, era la lucha entre la nobleza y la burguesía, lucha en la que la monarquía mantenía el equilibrio. Pero desde el momento en que ya no se trataba de defender a la nobleza del empuje de la burguesía, sino de la protección de todas las clases poseedoras frente al empuje de la clase obrera, la vieja monarquía absoluta hubo de transformarse por completo **en monarquía bonapartista**, la forma de Estado especialmente elaborada para ese fin. En otro lugar (**Contribución al problema de la vivienda**, 2.^a parte), examiné ya este paso de Prusia al bonapartismo, aunque allí pude dejar sin destacar un punto que aquí es muy esencial; a saber, que este paso fue el **avance más grande** hecho por Prusia desde 1848. Hasta tal punto había quedado a la zaga del desarrollo moderno. Prusia seguía siendo un Estado semifeudal, mientras que el bonapartismo es en todo caso una forma moderna de Estado que presupone la eliminación del feudalismo. Prusia debe, pues, decidirse a terminar con sus numerosos vestigios del feudalismo y a sacrificar a sus junkers como tales. Todo esto se va haciendo, naturalmente, de la manera más suave y al compás de la melodía favorita: **Immer langsam voran** (Siempre adelante, sin apresurarse). Así ha ocurrido, por ejemplo, con la célebre ordenanza sobre los distritos, que suprime los privilegios de cada junker en sus

tierras, pero únicamente para restablecerlos en forma de privilegios del conjunto de los grandes terratenientes en el territorio de todo el distrito. La esencia de la cuestión sigue siendo la misma; lo único que se hace es traducirla del lenguaje feudal al lenguaje burgués. El junker viejo-prusiano es convertido a la fuerza en algo parecido al **squire** inglés, y aquél no tiene por qué ofrecer mucha resistencia, pues ambos son igualmente estúpidos.

De este modo, a Prusia le ha correspondido el peculiar destino de culminar a fines de este siglo, y en la forma agradable del bonapartismo, su revolución burguesa que se inició en 1808-1813 y que dio un paso de avance en 1848. Y si todo marcha bien, si el mundo permanece quieto y tranquilo y nosotros llegamos a viejos, tal vez en 1900 veamos que el gobierno prusiano ha acabado realmente con todas las instituciones feudales y que Prusia alcanzó por fin la situación en que se encontraba Francia en 1792.

La abolición del feudalismo, expresada de un modo positivo, significa el establecimiento del régimen burgués. A medida que desaparecen los privilegios de la nobleza, la legislación se va haciendo más burguesa. Y aquí llegamos a la médula de las relaciones entre la burguesía y el gobierno. Ya hemos visto que el gobierno **tiene forzosamente** que introducir estas reformas lentas y mezquinas. Pero cada una de esas míseras concesiones la presenta a los ojos de la burguesía como un **sacrificio** que hace por ella, como una concesión arrancada a la corona con gran esfuerzo, y a cambio de la cual los burgueses deben hacer a su vez concesiones al gobierno. Y los burgueses aceptan el engaño, aunque saben perfectamente de qué se trata. Éste es el origen del acuerdo tácito que preside en Berlín todos los debates del Reichstag y de la Dieta prusiana: por una parte, el gobierno, a paso de tortuga, reforma las leyes en interés de la burguesía, elimina las trabas feudales y los obstáculos creados por el particularismo de los pequeños Estados, que impiden el desarrollo de la industria; introduce la unidad de moneda, de pesas y medidas; establece la libertad de industria, etc.;

implanta la libertad de residencia, poniendo así a disposición del capital y en forma ilimitada la mano de obra de Alemania; fomenta el comercio y especulación; por otra parte, la burguesía cede al gobierno todo el Poder político efectivo, aprueba los impuestos, los empréstitos y la recluta de soldados y ayuda a formular todas las nuevas leyes de reforma de modo que el viejo poder policiaco sobre los elementos indeseables conserve toda su fuerza. La burguesía adquiere su paulatina emancipación social al precio de su renuncia inmediata a un Poder político propio. El principal motivo que hace aceptable para la burguesía semejante acuerdo no es, naturalmente, su miedo al gobierno, sino su miedo al proletariado.

Por lamentable que sea el papel desempeñado por nuestra burguesía en el campo político, no se puede negar que en la industria y en el comercio ya ha empezado a cumplir con su deber. El ascenso de la industria y del comercio señalado ya por nosotros en el prólogo a la segunda edición, se ha desarrollado desde entonces con nuevos bríos. Lo ocurrido en este aspecto en la región industrial renano-westfaliana a partir de 1869 constituye algo realmente insólito para Alemania, y nos recuerda el florecimiento de los distritos fabriles ingleses a principios de siglo. Lo mismo ocurrirá en Sajonia y en la Alta Silesia, en Berlín, en Hannover y en las ciudades marítimas. Por fin tenemos un comercio mundial, una verdadera gran industria y una auténtica burguesía moderna; pero, al mismo tiempo, también hemos sufrido una verdadera crisis y hemos obtenido un verdadero y poderoso proletariado.

Para los futuros historiadores el tronar de los cañones en Spichern, Mars-la-Tour y Sedán y todo lo relacionado con esto tendrá mucha menos importancia para la historia de Alemania de los años 1869-1874 que el desarrollo sin ostentación, reposado, pero siempre progresivo del proletariado alemán. En 1870, los obreros alemanes ya tuvieron que pasar por una dura prueba: la provocación bélica bonapartista y su consecuencia lógica, el entusiasmo nacional general en Alemania. Los obreros socialistas alemanes no se dejaron despistar ni

un solo momento. No manifestaron ni un ápice de chovinismo nacionalista. Conservaron su sangre fría en medio del más furioso delirio provocado por las victorias, y exigieron que se concertase con la «República Francesa una paz justa sin anexiones»; ni siquiera el estado de sitio pudo reducirles al silencio. Ni el entusiasmo por la gloria militar ni las chácharas sobre la «magnificencia del Imperio alemán» hallaron eco entre ellos; su único objetivo era la emancipación de todo el proletariado europeo. Se puede afirmar con todo fundamento que en ningún país los obreros han salido tan airosos de una prueba tan difícil.

*Al estado de sitio del período bélico siguieron los procesos por delitos de alta traición, de lesa majestad y de ofensas a los funcionarios y las persecuciones policíacas cada vez mayores de los tiempos de paz. Por lo menos tres o cuatro miembros de la redacción del **Volksstaat**^[3] se hallaban habitualmente al mismo tiempo en la cárcel; lo mismo les ocurría a los demás periódicos. Cualquier orador del partido, que fuese algo conocido, debía comparecer ante los tribunales por lo menos una vez al año, y casi siempre era condenado. Llovían los destierros, las confiscaciones y las disoluciones de asambleas. Pero todo era en vano. Cada persona detenida o desterrada era sustituida inmediatamente por otra; por cada asamblea disuelta se convocaban otras dos; la firmeza y el estricto cumplimiento de las leyes iban derrotando a la arbitrariedad policíaca. Todas las persecuciones producían un efecto contrario: lejos de romper o siquiera doblar al partido obrero, no hicieron más que proporcionarle nuevos afiliados y fortalecer su organización. En su lucha, lo mismo contra las autoridades que contra los burgueses aislados, los obreros dieron pruebas en todas partes de su superioridad intelectual y moral, y demostraron, sobre todo en sus choques con los llamados «patronos», que ellos, los obreros, eran ahora unas personas cultas, y los capitalistas, unos ignorantes. Al propio tiempo, en la mayoría de los casos luchan con un profundo sentido del humor, prueba de que tienen confianza en su causa y conciencia de su superioridad. La lucha así llevada, sobre un terreno preparado por la historia, debe producir grandes resultados. El éxito logrado en las elecciones de enero^[4]*

constituye un caso sin precedentes en la historia del movimiento obrero moderno, y se comprende perfectamente el asombro que provocó en toda Europa.

Los obreros alemanes tienen dos ventajas esenciales sobre los obreros del resto de Europa. La primera es la de que pertenecen al pueblo más teórico de Europa y que han conservado en sí ese sentido teórico, casi completamente perdido por las clases llamadas «cultas» de Alemania. Sin la filosofía alemana que le ha precedido, sobre todo sin la filosofía de Hegel, jamás se habría creado el socialismo científico alemán, el único socialismo científico que ha existido. De haber carecido los obreros de sentido teórico, este socialismo científico nunca hubiera sido, en la medida que lo es hoy, carne de su carne y sangre de su sangre. Y lo inmenso de esta ventaja lo demuestra, por una parte, la indiferencia por toda teoría, que es una de las causas principales de que el movimiento obrero inglés avance tan lentamente, a pesar de la excelente organización de algunos oficios, y, por otra, lo demuestran el desconcierto y la confusión sembrados por el proudhonismo, en su forma primitiva, entre los franceses y los belgas, y, en la forma caricaturesca que le ha dado Bakunin, entre los españoles y los italianos.

La segunda ventaja consiste en que los alemanes han sido casi los últimos en incorporarse al movimiento obrero. Así como el socialismo teórico alemán jamás olvidará que se sostiene sobre los hombros de Saint-Simon, Fourier y Owen —tres pensadores que, a pesar del carácter fantástico y de todo el utopismo de sus doctrinas, pertenecen a las mentes más grandes de todos los tiempos, habiéndose anticipado genialmente a una infinidad de verdades cuya exactitud estamos demostrando ahora de un modo científico—, así también el movimiento obrero práctico alemán nunca debe olvidar que se ha desarrollado sobre los hombros del movimiento inglés y francés, que ha tenido la posibilidad de sacar simplemente partido de su experiencia costosa, de evitar en el presente los errores que entonces no había sido posible evitar en la mayoría de los casos. ¿Dónde estaríamos ahora sin el precedente de

las tradeuniones inglesas y de la lucha política de los obreros franceses, sin ese impulso colosal que ha dado particularmente la Comuna de París?

Hay que hacer justicia a los obreros alemanes por haber aprovechado con rara inteligencia las ventajas de su situación. Por primera vez desde que existe el movimiento obrero, la lucha se desarrolla en forma metódica en sus tres direcciones concertadas y relacionadas entre sí: teórica, política y económico-práctica (resistencia a los capitalistas). En este ataque concéntrico, por decirlo, así, reside precisamente la fuerza y la invencibilidad del movimiento alemán.

Esta situación ventajosa, por una parte, por otra, peculiaridades insulares del movimiento inglés y la represión violenta del francés hacen que los obreros alemanes se encuentren ahora a la cabeza de la lucha proletaria. No es posible pronosticar cuánto tiempo les permitirán los acontecimientos ocupar este puesto de honor. Pero, mientras lo sigan ocupando, es de esperar que cumplirán como es debido las obligaciones que les impone. Para esto, tendrán que redoblar sus esfuerzos en todos los aspectos de la lucha y de la agitación. Sobre todo los jefes deberán instruirse cada vez más en todas las cuestiones teóricas, desembarazarse cada vez más de la influencia de la fraseología tradicional, propia de la vieja concepción del mundo, y tener siempre presente que el socialismo, desde que se ha hecho ciencia, exige que se le grate como tal, es decir, que se le estudie. La conciencia así lograda y cada vez más lúcida, debe ser difundida entre las masas obreras con celo cada vez mayor, y se debe cimentar cada vez más fuertemente la organización del partido, así como la de los sindicatos. Aunque los votos reunidos en enero por los socialistas representan va un ejército bastante considerable, aún se hallan lejos de constituir la mayoría de la clase obrera alemana; y por muy alentadores que sean los éxitos logrados por la propaganda entre la población rural, aquí precisamente es donde aún queda muchísimo por hacer. No hay, pues, que cejar en la lucha; es preciso ir arrebatando al enemigo ciudad tras ciudad y distrito electoral tras distrito electoral.

Pero, es preciso ante todo mantener el verdadero espíritu internacional, que no admite ningún chovinismo patriótico y que acoge con alegría todo progreso del movimiento proletario, cualquiera que sea la nación donde se produzca. Si los obreros alemanes siguen avanzando de este modo, no es que marcharán al frente del movimiento —y no conviene tampoco al movimiento que los obreros de una nación cualquiera marchen al frente del mismo—, sino que ocuparán un puesto de honor en la línea de combate; y estarán bien pertrechados para ello si, de pronto, duras pruebas o grandes acontecimientos reclaman de ellos mayor valor, mayor decisión y energía.

Federico ENGELS

Londres, 1 de julio de 1874.

I

SITUACIÓN ECONÓMICA Y ESTRUCTURA SOCIAL DE ALEMANIA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI

Examinemos brevemente la situación de Alemania a *principios del siglo XVI*.

La industria alemana había adquirido notable desarrollo en los siglos XIV y XV. Los gremios de las ciudades habían substituido la industria feudal del campo que no tenía más que una importancia local; producían para un círculo más amplio e incluso para mercados lejanos. El arte de tejer paños gruesos y telas de lino se había generalizado y en Augsburgo se elaboraban hasta paños y telas de mayor finura. Al lado de los telares había crecido aquella industria vecina del arte que hallaba su sostén en el lujo eclesiástico y secular de fines de la Edad Media: la de los plateros, joyeros, escultores, tallistas, grabadores, armeros, medallistas, torneros, etc. Una serie de inventos más o menos importantes, entre los que los más brillantes fueron el de la pólvora y el de la imprenta, había contribuido al aumento de la producción.

Con la industria se desarrollaba el comercio. Gracias al monopolio secular de la navegación ejercido por la Liga hanseática, toda la Alemania del Norte había logrado emanciparse de la barbarie medieval, si bien tuvo que retroceder desde fines del siglo XV ante la competencia de los ingleses y holandeses; la gran vía comercial de la India al Norte seguía atravesando Alemania. A pesar de los

descubrimientos de Vasco de Gama aún era Augsburgo el gran emporio de las telas de seda italianas, de las especies indias y de todos los productos del Oriente. Las ciudades del Sur, principalmente Augsburgo y Nuremberg, ostentaban una riqueza y un lujo considerable por entonces. También en la producción de materias primas se habían realizado grandes progresos. En el siglo XV los mineros alemanes tenían fama de ser los más hábiles del mundo, y el florecimiento de las ciudades había sacado a la agricultura de su primitiva torpeza medieval. Se habían roturado grandes extensiones de terreno, se criaban plantas tintóreas y otras plantas importadas, cuyo cultivo diligente surtió buen efecto sobre la agricultura en general.

A pesar de todo, el aumento de la producción nacional de Alemania no había podido alcanzar el nivel de otros países. La agricultura era muy inferior a la de Inglaterra y Países Bajos; la industria a la de Italia, Flandes e Inglaterra; la competencia de los navegantes ingleses y sobre todo holandeses empezaba a hacer sentir sus efectos. La población era todavía muy escasa. En Alemania la civilización no existía más que en estado esporádico, agrupada en derredor de algunos centros industriales y comerciales; los intereses de estos centros eran divergentes, faltaban los puntos de contacto. El sur tenía vías de comunicación y mercados, muy diferentes de los del norte; el este y oeste apenas comunicaban. Ninguna de las ciudades hubiera podido llegar a ser el centro económico del país como ya lo era Londres en Inglaterra. El tráfico interior disponía tan sólo de la navegación costera y fluvial y de unas cuantas vías comerciales que de Augsburgo y Nuremberg iban por Colonia a los Países Bajos y por Erfurt hacia el Norte.

Lejos de los ríos y rutas comerciales había un gran número de pequeñas ciudades que excluidas de las grandes comunicaciones seguían vegetando en las condiciones de vida de la Edad Media, sin consumir mercancías de fuera y sin exportar sus productos. Entre la población rural sólo la aristocracia tenía algún conocimiento del mundo exterior y de las nuevas costumbres y necesidades, la masa campesina no poseía más que relaciones puramente locales y tenía, por consiguiente, un horizonte bastante limitado.

Mientras en Francia e Inglaterra el desarrollo del comercio y de la industria tuvo como consecuencia la creación de intereses generales en el país entero y con esto la centralización política, Alemania no pasó de la agrupación de intereses por provincias, alrededor de centros puramente locales que llevó aneja la fragmentación política, esta fragmentación que luego se estabilizó por la exclusión de Alemania del comercio mundial. A medida que decaía el Imperio puramente feudal, se descompuso la unión de los países y los grandes vasallos se transformaron en príncipes casi independientes. Las ciudades libres, los caballeros del Imperio formaron alianzas y guerreaban entre sí o contra los príncipes y el emperador. El poder imperial empezó a dudar de su propia misión y vacilaba entre los diferentes elementos constitutivos del Imperio, perdiendo paulatinamente toda su autoridad; su intento de centralización a la manera de Luis XI por mucha intriga y violencia que empleasen, no pudo más que salvar la unidad de los dominios imperiales de Austria. Los que salieron ganando con esta confusión, en este sinnúmero de conflictos contradictorios, fueron los representantes de la centralización dentro de la fragmentación, es decir, los partidarios de la centralización local y provincial: los príncipes, en comparación con los cuales el mismo

emperador no era ya sino otro príncipe más.

En estas circunstancias la situación de las clases sociales de la Edad Media había cambiado por completo y nuevas clases se habían formado al lado de las antiguas.

Los príncipes habían salido de la alta nobleza. Eran casi independientes del emperador y disfrutaban todos los derechos de soberanía. Declaraban la guerra y concluían la paz a su antojo. Entretenían ejércitos permanentes, convocaban las dietas, decretaban los impuestos. Mandaban ya sobre una parte de la pequeña nobleza y de las ciudades y se valían de todos los medios para incorporarse las restantes ciudades y baronías que aún dependían del Imperio. Frente a éstos obraron como centralistas, mostrándose anticentralistas frente al poder imperial. Sus métodos de Gobierno eran bastante autoritarios. No convocaban los Estados sino cuando ya no les quedaba otra salida. Decretaban impuestos y negociaban empréstitos; raras veces reconocieron el derecho de los Estados a aprobar los impuestos y aún menos dejaban que se ejerciese. Aun así el príncipe casi siempre obtenía la mayoría gracias al apoyo de los dos Estados que, libres de tributos, disfrutaban del producto de los impuestos: los caballeros y los prelados. Las necesidades de los príncipes aumentaban con el lujo y la importancia de la vida cortesana, con los ejércitos permanentes y con los crecientes gastos de gobierno. La carga tributaria se hizo cada vez más abrumadora. Una gran parte de las ciudades estaban protegidas por sus privilegios; y toda la carga recaía de lleno sobre los campesinos, tanto sobre los dominiales de los propios soberanos como sobre los siervos de sus caballeros. Cuando no bastaba la imposición directa se añadió la indirecta; recurrieron a las maniobras más ingeniosas del

arte financiero para llenar los vacíos del erario. Cuando ya no quedaba otro camino, habiendo empeñado lo que era posible empeñar, cuando todas las ciudades libres se negaban a conceder más crédito, los príncipes procedían a operaciones monetarias de las más sucias; acuñaban moneda mala e imponían un curso forzado, alto o bajo, según convenía al fisco. El tráfico con toda clase de privilegios, que se anulaban después de vendidos para volver a venderlos más caros. El aprovechamiento de todo intento de oposición como pretexto para toda clase de incendios y saqueos, etc., constituían otras tantas fuentes de ingreso seguras y cómodas para los príncipes de aquella época. También la justicia era un negocio permanente y muy lucrativo.

Los súbditos de entonces, que además de todo esto tenían que satisfacer la codicia personal de los corregidores y funcionarios de los príncipes, gozaban de todos los beneficios de aquel sistema de gobierno «paternal».

La nobleza media había desaparecido por completo de la jerarquía feudal de la Edad Media; sus representantes, si no habían conquistado la independencia de los pequeños príncipes, habían tenido que engrosar las filas de la pequeña nobleza. La pequeña nobleza, los caballeros, decaían rápidamente. Una gran parte estaba ya completamente empobrecida. Sus miembros vivían al servicio de los príncipes como funcionarios civiles o militares; otros subsistían como vasallos sometidos a los príncipes y sólo una minoría dependían directamente del poder imperial. El desarrollo de la técnica militar, la importancia creciente de la infantería, el perfeccionamiento de las armas de fuego aniquilaron su poder guerrero reduciendo la eficacia de la caballería pesada y acabando con la fortaleza inexpugnable

de sus castillos. El progreso de la industria hacía inútiles a los caballeros, lo mismo que a los artesanos de Nuremberg, Sus pretensiones y necesidades económicas contribuyeron a su ruina. El lujo que en sus castillos reinaba, la suntuosidad de los torneos y fiestas, el precio de las armas y caballos aumentaban con los progresos de la civilización, mientras que los ingresos de los caballeros y barones apenas variaron. Andando el tiempo las guerrillas seguidas del indispensable saqueo e incendio, los asaltos y otras ocupaciones aristocráticas se hicieron demasiado peligrosas. Las contribuciones y servicios de los súbditos no producían más que antes. Para cubrir sus gastos crecientes los señores tuvieron que recurrir a, los mismos expedientes que los príncipes. La opresión que ejercía la nobleza crecía de año en año. Los siervos eran explotados hasta la última gota de sangre, los nobles se valían de todos los pretextos para imponer nuevos tributos y servicios a sus vasallos. En contra de todo lo estipulado aumentaban la servidumbre personal, los pechos, censos, laudemios, derechos en caso de muerte, tributos de domicilio, etc. Se negaba o se vendía la justicia y cuando los caballeros no podían de este modo hacerse con el dinero de los campesinos, los echaban sin más ni más al calabozo exigiéndoles un rescate por su libertad.

Las demás clases tampoco simpatizaban con la pequeña nobleza. Los nobles sujetos a vasallaje querían depender directamente del imperio mientras la nobleza independiente buscaba conservar su libertad. Menudeaban los litigios con los príncipes. El clero, cargado de riquezas, parecía a los caballeros una clase inútil; le envidiaban su enorme cantidad de bienes, sus tesoros acumulados gracias al celibato y a la constitución eclesiástica. Peleaban continuamente con las ciudades; les adeudaban dinero y se sostenían saqueando su territorio, despojando a sus

mercaderes y exigiendo rescate a los prisioneros. La lucha de la nobleza contra todas las clases tomó mayor violencia a medidas que sus apuros financieros se hicieron más apremiantes.

El clero, como representante ideológico del feudalismo medioeval, sufrió a su vez las consecuencias del cambio histórico. La imprenta y las necesidades de un comercio más intenso habían acabado con su monopolio del leer y escribir e incluso con el de la instrucción superior. También en el terreno intelectual se produjo la división del trabajo. Los juristas —oficio recién creado— quitaron al clero una serie de posiciones de gran importancia. La mayor parte de éste se hizo inútil y lo reconoció y demostró con su pereza e ignorancia creciente. Pero al par que su inutilidad creció el número de clérigos atraídos por las enormes riquezas de la Iglesia, que aumentaban continuamente gracias a toda suerte de maniobras.

El clero se componía de dos clases completamente distintas. Su jerarquía feudal formaba la aristocracia de los obispos, arzobispos, abates, priores y demás preladados. Estos altos dignatarios de la Iglesia cuando no eran al mismo tiempo príncipes del Imperio dominaban como señores feudales bajo la soberanía de otros príncipes, grandes territorios con numerosos siervos y vasallos. No sólo explotaban a sus súbditos con tanta y más saña que la nobleza y los príncipes, sino que obraban de manera aún más desvergonzada. A la violencia añadieron todas las sutilizas de la religión, al horror de las torturas, los horrores de la excomunión, valiéndose de todas las intrigas del confesionario para arrancar a los súbditos hasta el último pfenning y aumentar la parte de la Iglesia en las herencias. La falsificación de documentos era el medio preferido que

empleaban estos dignos hombres en sus estafas. Pero a pesar de percibir el diezmo además de los derechos feudales y censos corrientes, no les bastaban todos estos ingresos. Para arrancar más tributos al pueblo recurrieron a la fabricación de imágenes y reliquias milagrosas, a la comercialización de las peregrinaciones, a la venta de bulas, lo que con bastante éxito consiguieron durante algún tiempo.

En estos prelados y en su numerosa policía de monjes fortalecida por las continuadas campañas de excitación política y religiosa, se objetivó la ira popular así como el odio de la nobleza. Cuando eran soberanos independientes su presencia molestaba a los príncipes. La vida alegre de los ventripotentes obispos y abades y de su ejército de frailes despertaba la envidia de la nobleza y la indignación del pueblo que tenía que soportar los gastos; tanto mayor era esta indignación cuanto más la vida de estos señores estaba en contradicción manifiesta con sus predicaciones.

Los predicadores del campo y de las ciudades constituían la fracción plebeya del clero. Se hallaban al margen de la jerarquía feudal de la Iglesia y estaban excluidos del goce de sus riquezas. Su trabajo estaba menos controlado y a pesar de su importancia para la Iglesia era menos indispensable en aquel momento que los servicios policíacos de los monjes acuartelados. Eran, por lo tanto, bastante peor pagados; en su mayoría con prebendas exiguas. Gracias a su origen burgués o plebeyo habían conservado contacto con las masas y el conocimiento de sus condiciones de vida, a pesar de su oficio, les hacía simpatizar con la causa burguesa y plebeya. Los monjes, salvo contadas excepciones, no tomaron parte en los movimientos de la época; aquéllos en cambio les dieron teóricos e ideólogos y no pocos murieron en el cadalso. El

odio popular hacia los frailes raras veces se volvía contra ellos.

Si el emperador era el jefe de los príncipes y de la nobleza, el papa lo era de todos los curas. El emperador cobraba el «céntimo común», los impuestos imperiales, el papa los impuestos eclesiásticos, con los que subvenía a los gastos de la suntuosa corte romana. En ningún país estos impuestos se recaudaban tan escrupulosamente y con tanta severidad como en Alemania gracias al número y a la influencia de los frailes. Se mostraba un interés especial en cobrar las anatas al traspasar un obispado. Con las necesidades crecientes se encontraron nuevos medios para sacar dinero: el comercio de reliquias, de absoluciones, la organización de jubileos, etc. Todos los años grandes sumas de dinero salían de Alemania camino de Roma; la opresión creciente impulsó el odio contra los frailes, despertando el sentimiento patriótico, sobre todo de la nobleza, que era la clase más nacional. Al iniciarse el florecimiento comercial e industrial los habitantes de las primitivas ciudades medievales se habían dividido en tres ramas enteramente distintas.

Las familias patricias, los llamados «honorables» (*Ehrbarkeit*), mandaban en las ciudades. Eran los más ricos. Ellos solos formaban el ayuntamiento y desempeñaban los cargos públicos. No se contentaron, pues, con administrar los caudales públicos, sino que los consumían. Fuertes por su riqueza y por su condición aristocrática, reconocida desde antiguo por el poder imperial, podían despojar a sus conciudadanos como a los campesinos que dependían de la ciudad. Practicaban el acaparamiento del trigo y la usura, apropiándose toda clase de monopolios y paulatinamente llegaron a privar a la comunidad de todos sus derechos

sobre los montes municipales, explotándolos en su propio provecho; imponían arbitrariamente nuevos peajes y portazgos y traficaban con los privilegios corporativos y derechos de maestría y de ciudadanía, vendiendo la justicia. A los campesinos que vivían bajo su jurisdicción los trataban peor que la misma nobleza y los curas; los corregidores y funcionarios patricios en las aldeas añadieron a la dureza y a la codicia de los aristócratas cierta pedantería y rigor burocrático en la recaudación. La hacienda municipal así unida era administrada con suma arbitrariedad; la contabilidad era de pura fórmula y llevada a cabo con el mayor descuido y confusión posibles; las malversaciones eran frecuentísimas. La facilidad con que una casta fortalecida por sus privilegios y vinculada por el parentesco y el interés pudo enriquecerse con los caudales públicos, se comprende cuando se tienen en cuenta las numerosas defraudaciones que reveló el año 1848.

Los patricios habían procurado desvanecer poco a poco los derechos de la comunidad, sobre todo en lo que tocaba a la hacienda. Más tarde, cuando las estafas de estos señores se hicieron intolerables, las comunidades se movilizaron por fin para reconquistar el control sobre la administración municipal, lo que efectivamente lograron en las demás ciudades. Pero, gracias a las constantes luchas entre las corporaciones, gracias a la obstinación de los patricios y a la protección que hallaron cerca del poder imperial y en los gobiernos de las ciudades amigas, los concejales patricios pudieron, muy pronto, restaurar su régimen, ya por astucia, ya por violencia. Al principio del siglo XVI las comunidades se hallaban otra vez en la oposición.

Esta oposición se dividía en dos ramas que se manifiestan claramente en la guerra campesina.

La *Oposición burguesa*, precursora del liberalismo de nuestros días, abarcaba a los burgueses ricos y medios como también a una parte de la pequeña burguesía que, según las circunstancias locales, era más o menos numerosa. Sus reivindicaciones no rebasaban lo estrictamente constitucional. Pedían el control de la administración municipal y una representación en el poder legislativo por medio de la asamblea comunal o de la representación municipal (Ayuntamiento, comisión gestora) querían limitar el favoritismo practicado con creciente desenfado por unas familias patricias en perjuicio del mismo patriciado. A lo sumo reivindicaban algunas concejalías para sus hombres de confianza. Este partido, reforzado de vez en cuando por la fracción descontenta de los patricios venidos a menos, tenía una mayoría abrumadora en todas las asambleas comunales ordinarias y en las corporaciones.

Los partidarios del Ayuntamiento junto a la oposición extrema no constituían más que una ínfima minoría de la *verdadera burguesía*.

Veremos cómo en el curso del movimiento del siglo XVI esta oposición moderada, «legal» de «gente acomodada» e «inteligente» desempeña el mismo papel con igual resultado que su heredero, el partido constitucional en 1848 y 1849.

Por otra parte, esta oposición burguesa polemizaba violentamente contra los frailes cuyas costumbres disolutas la escandalizaban. Exigía medidas contra la vida escandalosa de estos dignos hombres. Quería acabar con la jurisdicción propia y la exención tributaria de los curas y pedía la restricción del número de monjas.

La oposición plebeya se componía de burgueses venidos a menos y de una multitud de vecinos excluidos del derecho de ciudadanía: oficiales, jornaleros de numerosos elementos

sin profesión definida, germen del «lumpen-proletariat», que se encuentran hasta en las etapas inferiores del desarrollo urbano. El «lumpen-proletariat», en sus formas más o menos desarrolladas, es un fenómeno común a todas las etapas de la civilización. En aquel tiempo el número de gentes sin profesión definida ni residencia fija estaba en aumento, pues, al descomponerse el feudalismo, aún reinaba una sociedad que dificultaba el acceso a todas las profesiones y esferas de actividad con un sinnúmero de privilegios. En los países civilizados jamás el número de vagos había sido mayor que en la primera mitad del siglo XVI. Una parte de estos vagabundos se alistaban en el ejército en tiempos de guerra, otros pedían limosna por las carreteras, los restantes se ganaban su vida mísera realizando trabajos como jornaleros y en otros oficios que no estaban reglamentados por los gremios. Estas tres partes intervinieron en la guerra campesina: la primera, en los ejércitos de los príncipes que aniquilaron a los campesinos, la segunda, en las conjuraciones y en los grupos de campesinos armados donde su influencia desmoralizadora se manifiesta en cada momento, la tercera, en las luchas entre partidos en el interior de las ciudades. Por lo demás, no se debe olvidar que una gran parte de esta clase, y sobre todo los que vivían en las ciudades, habían guardado un fondo de robustez campesina y se hallaban muy lejos de la venalidad y degeneración del «lumpen-proletariat» moderno.

Se ha visto que la oposición plebeya en las ciudades reunía los elementos más diversos. Al lado de los restos desclasados de la vieja sociedad feudal, corporativa, empezó a manifestarse el elemento proletario —aun poco desarrollado— de la naciente sociedad burguesa. Unos eran compañeros de gremio empobrecidos a los que solamente el

privilegio ligaba al orden vigente, otros eran campesinos desahuciados y criados despedidos que aún no podían ser proletarios. Entre ambos se hallaban los oficiales que, excluidos de la sociedad de entonces, se encontraban en una situación comparable a la del proletariado actual, teniendo en cuenta la diferencia entre la industria de hoy y la regida por el privilegio gremial. Pero al mismo tiempo y en virtud de este privilegio casi todos se consideraban como los futuros maestros burgueses. La posición política de esta mezcla de elementos había de ser muy vacilante, variando según el lugar. Antes de la guerra campesina la oposición plebeya no toma parte en las luchas políticas como un partido autónomo. Aparece como un apéndice de la oposición burguesa, como un tropel de alborotadores aficionados al pillaje, cuya actuación o silencio se compra con algunas cubas de vino. Durante las insurrecciones campesinas por fin se formó un partido, pero entonces depende de los campesinos en sus reivindicaciones y en su actuación, lo que muestra hasta qué punto la ciudad aún dependía del campo. Cuando actúa en su propio nombre lo hace para pedir la creación en el campo del monopolio industrial de la ciudad; se opone a toda disminución de los ingresos de la municipalidad, por la abolición de cargas feudales en su territorio, en todo esto se muestra reaccionaria y se somete a sus propios elementos pequeño burgueses, lo que constituye un preludio característico de la tragi-comedia que bajo el nombre de democracia viene representando desde hace tres años la actual pequeña burguesía.

Únicamente en Turingia, bajo la influencia directa de Münzer y en otros sitios gracias a sus discípulos, la fracción plebeya fue arrastrada por la tempestad general y el proletariado embrionario pudo momentáneamente

imponerse a todos los demás elementos en lucha. Este episodio que constituye el punto culminante de la guerra campesina, simbolizado por la figura más gloriosa, Tomás Münzer, es también el más corto. Se comprende el pronto fracaso de este movimiento, las formas algo fantásticas que revistió, lo impreciso de sus reivindicaciones: no pudo encontrar una base firme en aquella época.

Todas estas clases, excepto la última, oprimían a la gran masa de la nación: los campesinos. El campesino soportaba el peso íntegro de todo el edificio social: príncipes, funcionarios, nobleza, frailes, patricios y burgueses. El príncipe como el barón, el monasterio como la ciudad, todos le trataban como mero objeto, peor que a las bestias de carga. Como siervo, estaba entregado a su señor atado de pies y manos. Siendo vasallo los servicios a que le obligaba la ley y el contrato eran ya suficientes para aplastarlo; pero todavía se les aumentaban continuamente. Durante la mayor parte de tiempo, debía trabajar en las fincas del señor; con lo que ganaba en sus ratos libres tenía que pagar los diezmos, censos, pechos, tributos de guerra e impuestos regional e imperial. No podía casarse ni morir sin que cobrase algo su señor. Además de los servicios regulares, tenía que recoger paja, fresas, bayas, conchas de caracol, ayudar en la caza, cortar leña, etc., todo para el señor. La pesca y la caza pertenecían al señor; el campesino tenía que callar y resignarse mientras que la caza del amo destruía su cosecha. Los señores se habían apropiado de casi todos los montes comunales, pertenecientes a los campesinos. Lo mismo que de la propiedad, el señor disponía arbitrariamente de la persona del campesino y de la de su mujer e hijas. Tenía el derecho de pernada. Cuando quería mandaba encerrar a sus siervos en el calabozo donde los esperaba la tortura con la misma seguridad que el juez de

instrucción les espera en nuestros días. Los mataba o los mandaba degollar cuando quería. No hay capítulo de aquella edificante *Carolina* que trate del «desorejamiento», de la «abscisión de narices», del «vaciamiento de los ojos», de la «cortadura de dedos y manos», de la «decapitación», del «suplicio de la rueda», de la «hoguera», del «atenazamiento», del «descuartizamiento» etc., que los señores protectores no hayan aplicado a sus campesinos. ¿Quién los iba a defender? Los tribunales estaban compuestos por barones, frailes, patricios o juristas que no ignoraban la razón por la cual se les pagaba; pues todas las clases altas del imperio vivían de la explotación de los campesinos.

Sin embargo, bajo tan intolerable opresión éstos rechinaban los dientes, y era difícil decidirse a la insurrección. Su división dificultaba en extremo todo acuerdo entre ellos. La costumbre secular de la sumisión transmitida de generación en generación y en muchas regiones la pérdida del hábito de usar armas, la dureza más o menos grande de la explotación que variaba según la persona del señor, contribuyeron a mantenerlos inmóviles. Durante la Edad Media nos encontramos con una multitud de insurrecciones locales, pero por lo menos en Alemania antes de la guerra campesina no hubo ninguna insurrección general de todos los campesinos. Mientras se les oponía el poder organizado de los príncipes, de la nobleza y de las ciudades unidas los campesinos no fueron capaces de lanzarse a una revolución por sí solos. Su única oportunidad de vencer hubiese sido mediante una alianza con otras clases; pero ¿cómo unirse con ellas, si todas las explotaban con igual saña?

Hemos visto que al comienzo del siglo XVI las diferentes

ciases del imperio, los príncipes, la nobleza, los prelados, los patricios, los burgueses, los plebeyos y los campesinos formaban una masa sumamente confusa con intereses divergentes y en todo contradictorios. Cada clase era un estorbo para la otra y se hallaba en lucha continua contra las demás. Aquella división de una nación entera en dos campos que existió en Francia al estallar la primera revolución y que hoy se manifiesta en una etapa superior en los países avanzados era completamente imposible en estas circunstancias; semejante división no se podía producir sino por la sublevación de la capa inferior de la nación, explotada por todas las demás clases: los campesinos y los plebeyos. La confusión que reinaba en los intereses, opiniones y tendencias de aquella época se comprenderá fácilmente recordando la confusión que en los últimos dos años resultó de la división actual, mucho más sencilla, de la nación alemana en aristocracia, burguesía, pequeña burguesía, campesinado y proletariado.

II

LOS PRINCIPALES GRUPOS DE OPOSICIÓN Y SUS IDEÓLOGOS: LUTERO Y MÜNZER

La descentralización, la autonomía local y regional, la diversidad comercial e industrial de las provincias, la insuficiencia de las comunicaciones hacían imposible el agrupamiento en un conjunto de estas clases tan diversas. Ese agrupamiento no se realiza hasta difundirse las ideas revolucionarias político-religiosas de la Reforma. Las diferentes clases que adoptan estas ideas y las que se oponen a ellas logran, aunque lenta y penosamente, la concentración de la nación entera en tres grandes campos: el católico o reaccionario, el luterano, burgués-reformista y el revolucionario. El hecho de que esta división fuese poco consecuente hallándose en los dos primeros campos elementos en parte parecidos, se explica por el estado de descomposición en que se encontraban las clases feudales y por la descentralización que en regiones diferentes hizo reaccionar a la misma clase de distintas maneras. Durante los últimos años hemos podido ver en Alemania tantos hechos parecidos que no nos puede sorprender la aparente confusión de clases y subclases, en las condiciones mucho más embrolladas del siglo XVI.

A pesar de las experiencias de fecha reciente, la ideología alemana no quiere ver en las luchas que dieron al traste con la Edad Media sino una vehemente disputa teológica. Según dicen nuestros historiadores patrios y nuestros sabios de cátedra, las gentes de aquella época no hubiesen tenido motivo para reñir por las cosas de este

mundo si se hubiesen podido poner de acuerdo sobre los asuntos celestiales. Estos ideólogos son bastante crédulos para tomar como buena moneda todas las ilusiones que una época tiene sobre sí misma o que los ideólogos de una época se hacen sobre ella. En la revolución de 1789 esta misma gente no ve más que una discusión un tanto acalorada sobre las ventajas de la monarquía constitucional respecto a la monarquía absoluta; en la revolución de julio una controversia práctica sobre lo insostenible del derecho divino; en la de febrero un ensayo de resolver la cuestión: ¿república o monarquía?, etc. Nuestros ideólogos no quieren saber nada de la *lucha de clases* que se decide en aquellos movimientos y que no hace más que expresarse superficialmente en la frase política que sirve de bandera. Lo siguen ignorando hoy día, cuando la noticia de tal lucha nos llega clara y distinta, no solamente del extranjero, sino también por el conducto de millares de voces proletarias en nuestro país.

También en las llamadas guerras religiosas del siglo XVI se trataba sobre todo de intereses materiales y de clase muy positivos y estas guerras fueron luchas de clase, lo mismo que más tarde los conflictos interiores en Inglaterra y Francia. El hecho de que estas luchas de clase se realizasen bajo el signo religioso, que los intereses, necesidad y reivindicaciones de las diferentes clases se escondiesen bajo la manta religiosa no cambia en nada sus fundamentos y se explica fácilmente teniendo en cuenta las circunstancias de la época.

La edad media se había desarrollado sobre la barbarie, había hecho tabla rasa de la civilización antigua, con su filosofía, política y jurisprudencia para empezar de nuevo. Del mundo antiguo no había recibido más que el cristianismo y una serie de ciudades en ruinas, despojadas

de toda su civilización. La consecuencia fue que los curas obtuvieron el monopolio de la instrucción, como suele pasar en toda civilización primitiva y que la misma instrucción tenía un marcado carácter teológico. En manos de los curas la política, la jurisprudencia y todas las demás ciencias no pasaron de ser meras ramas de la teología a las que se aplicaban los principios de aquélla. El dogma de la Iglesia era al mismo tiempo axioma político y los textos sagrados tenían fuerza de ley en todos los tribunales. Aun después de crearse el oficio independiente de los juristas, la jurisprudencia permaneció bajo la tutela de la teología. Esta supremacía de la teología en todas las ramas de la actividad intelectual era debida también a la posición singular de la Iglesia como símbolo y sanción de la dominación feudal.

Es evidente que todo ataque general contra el feudalismo debía primeramente dirigirse contra la Iglesia, y que todas las doctrinas revolucionarias, sociales y políticas debían ser en primer lugar herejías teológicas. Para poder tocar el orden social existente había que despojarle de su carácter sagrado.

La oposición revolucionaria contra el feudalismo se manifiesta a través de toda la Edad Media. Según las circunstancias aparece como misticismo, herejía abierta o insurrección armada. En cuanto al primero se conoce hasta qué punto los reformadores del siglo XVI dependían de él También Münzer le debe mucho.

Por otra parte las herejías expresaban la reacción de los pastores patriarcales de los Alpes contra el feudalismo invasor (los Valdenses); por otra, la oposición de las ciudades emancipadas del feudalismo (los Albigenses, Arnaldo de Brescia, etcétera); finalmente, la insurrección directa de los campesinos (Juan Ball, la Jacquería, etc.). Prescindamos de

la herejía patriarcal de los valdenses y de la insurrección de los cantones suizos como de un intento de forma y contenido reaccionarios para cerrar el paso a la evolución histórica y que sólo tuvo una importancia local.

En las dos restantes herejías medievales encontramos desde el siglo XII la huella de las divergencias que separan la oposición burguesa de la campesina y plebeya y que motivaron el fracaso de la guerra campesina. Estas divergencias subsistieron durante toda la segunda parte de la Edad Media.

La herejía de las ciudades —que es de cierto modo la herejía oficial de la Edad Media— se dirigía principalmente contra los curas, atacándolos por su riqueza y su influencia política. De igual modo que la burguesía de nuestros días pide un «gouvernement à bon marché» (un gobierno barato), los burgueses de la Edad Media pedían una «église à bon marché» (una iglesia barata). La herejía burguesa tenía la forma reaccionaria de toda herejía que en la evolución de la Iglesia y de su doctrina no quiere ver sino una degeneración. Exigía la restauración del cristianismo primitivo con su aparato eclesiástico simplificado y la supresión del sacerdocio profesional. Esta institución barata hubiera acabado con los monjes, los prelados, la curia romana, en una palabra con todo lo que la Iglesia tenía de costoso. Aunque protegidas por monarcas, las ciudades eran republicanas; en sus ataques contra el papado expresaron por primera vez que la república es la forma normal de la dominación burguesa. Su enemistad contra una serie de dogmas y preceptos de la Iglesia se explica por los hechos que ya hemos enumerado y por sus condiciones de vida en general. El mismo Boccaccio nos da a conocer las razones que movieron a las ciudades a impugnar el celibato en tonos

tan vehementes. Arnaldo de Brescia en Italia y Alemania, los Albigenses en el sur de Francia, Juan Wyclef en Inglaterra, Juan Hus y los calixtinos en Bohemia fueron los principales representantes de esta tendencia. El hecho de que en estos casos la oposición contra el feudalismo no se manifestase sino como oposición al feudalismo eclesiástico, tiene su explicación en la independencia que ya habían logrado las ciudades, en tanto que el estado reconocido, que gozaba de privilegios y podía muy bien resistir al feudalismo secular por medio de las armas, por la decisión de sus asambleas.

Aquí, como en el sur de Francia, como en Inglaterra y Bohemia la mayor parte de la pequeña nobleza se solidariza con la herejía de las ciudades en la lucha contra los curas, lo que pone de manifiesto la dependencia en que las ciudades tenían a la pequeña nobleza y a su comunidad de intereses frente a los príncipes y prelados. Esta alianza resurgirá en la guerra campesina.

La herejía que expresaba los anhelos de plebeyos y campesinos y que casi siempre daba origen a alguna sublevación, tenía un carácter muy diferente. Hacía suyas todas las reivindicaciones de la herejía burguesa que se referían a los curas, al papado y a la restauración de la iglesia primitiva, pero al mismo tiempo iba mucho más allá. Pedía la instauración de la igualdad cristiana entre los miembros de la comunidad y su reconocimiento como norma para la sociedad entera. La igualdad de los hijos de Dios debía traducirse por la igualdad de los ciudadanos y hasta por la de sus haciendas; la nobleza debía ponerse al mismo nivel que los campesinos, los patricios y burgueses privilegiados al de los plebeyos. La supresión de los servicios personales, censos, tributos, privilegios, la nivelación de las

diferencias más escandalosas en la propiedad eran reivindicaciones formuladas con más o menos energía y consideradas como consecuencia necesaria de la doctrina cristiana, cuando el feudalismo estaba en su auge, lista herejía plebeya y campesina (p. e. la de los Albigenses) no se separaba de la burguesa, pero durante los siglos XIV y XV se transforma en ideario de un partido bien definido, independiente de la herejía burguesa. Así Juan Ball, el predicador de la sublevación de Wat-Tyler en Inglaterra, aparece al margen del movimiento de Wyclef, como los *Taboritas* al lado de los calixtinos en Bohemia. Ya en el movimiento Taborita se manifiesta bajo el ropaje teocrático esa tendencia republicana que a fines del siglo XV y al principio del XVI adquirió tanta importancia entre los representantes de los plebeyos alemanes.

Junto a esta forma de herejía existe la exaltación de las sectas místicas, los flagelantes, Lollards, etc., que en los tiempos de opresión mantienen viva la tradición revolucionaria.

Los plebeyos constituían la única clase que entonces se hallaba enteramente al margen de la sociedad existente. Se hallaban fuera de la comunidad feudal y de la comunidad burguesa. No tenían privilegios ni propiedad; no la tenían ni siquiera gravada con cargas abrumadoras, como los campesinos y pequeños burgueses. Estaban desposeídos y sin derecho, en su vida normal ni siquiera entraban en contacto con las instituciones de un Estado que ignoraba hasta su existencia. Eran un símbolo viviente de la disolución de la sociedad feudal y corporativa y al mismo tiempo los primeros precursores de la moderna sociedad burguesa.

Así se explica que ya entonces la fracción plebeya no

podiera contentarse con combatir tan sólo al feudalismo y a la burguesía privilegiada de los gremios, sino que debía ir, por lo menos en su imaginación, más allá de la propia sociedad burguesa apenas naciente. Ello explica igualmente, y por qué esta fracción desposeída tuvo que renegar de ideas y conceptos que son comunes a todas las sociedades basadas en el antagonismo de clases. Las fantasías quiliásticas del cristianismo primitivo ofrecían el punto de referencia oportuno. Pero la superación, no sólo del presente, sino también del porvenir, no podía ser más que forzada e imaginaria; al primer intento de realización tenía que volver a encerrarse en los estrechos límites que permitían las circunstancias de entonces. El ataque contra la propiedad privada, la reivindicación de la comunidad de bienes no podían dar más resultados que una simple organización de la caridad. La confusa igualdad cristiana podía a lo sumo traducirse por la burguesa igualdad ante la ley; la supresión de toda autoridad por fin se transforma en el establecimiento de gobiernos republicanos elegidos por el pueblo. La anticipación del comunismo en la imaginación condujo, en realidad, a una anticipación de la sociedad burguesa moderna.

Esta anticipación forzada de la historia posterior es muy explicable por las condiciones de vida de la fracción plebeya, en *Alemania* fue *Tomás Münzer* con su partido, quien primero la llevó a cabo. Los Taboritas habían tenido cierta comunidad de bienes quiliástica, pero tan sólo como medida puramente militar. Pero en el caso de Münzer estos brotes de comunismo expresan los anhelos de toda una fracción de la sociedad. Desde que él los formuló por primera vez con cierta claridad, los encontramos en todos los grandes movimientos populares hasta que por fin se unieron en el movimiento obrero moderno; tal como en la Edad Media

las luchas de los campesinos libres contra la dominación feudal, cada vez más amenazante, se unió con la lucha de los vasallos y siervos por la destrucción total de esta dominación.

Mientras que el primero de las tres grandes fracciones entre las que se dividía la nación en el *campo católico conservador* se juntaron todos los elementos interesados en la conservación de lo existente, es decir, el poder imperial, los príncipes eclesiásticos y parte de los seculares, los nobles ricos, los prelados y el patriciado de las ciudades, el partido de la *reforma luterana burguesa moderada* agrupa a los elementos pudientes de la oposición, la masa de la pequeña nobleza, la burguesía y hasta una parte de los príncipes seculares que querían enriquecerse incautándose de los bienes del clero y que aprovecharon esta oportunidad para lograr una mayor independencia frente al poder imperial. Los campesinos y plebeyos, finalmente, formaron el partido *revolucionario*, cuyo portavoz más ardiente fue Tomás Münzer.

Por sus doctrinas, su carácter y su conducta Lutero y Münzer fueron los perfectos representantes de sus respectivos partidos.

De 1517 a 1525, Lutero cambió de igual modo que los constitucionalistas alemanes de 1846 a 1849, sufriendo la misma evolución de todos los partidos burgueses que colocados en un momento a la cabeza del movimiento se ven desplazados por el partido proletario o plebeyo que forma en su retaguardia.

Cuando en 1517^[5], Lutero atacó por primera vez los dogmas y las instituciones de la Iglesia católica, su oposición no tenía un carácter bien definido. Sin ir más allá de la antigua herejía burguesa no excluía tampoco ni podía excluir las tendencias más radicales. En el primer momento

había que reunir todos los elementos de la oposición, había que demostrar la energía revolucionaria más decidida, había que representar a la totalidad de las herejías frente a la ortodoxia católica. En esto se parece a nuestros burgueses liberales, que en 1847 eran revolucionarios, se decían socialistas y comunistas y se entusiasmaban por la emancipación de la clase trabajadora. En este primer período de su actividad, Lutero dio libre curso a toda la vehemencia de su temperamento de campesino: «Si su furia (la de los curas romanos) debiese seguir, me parece sería el mejor consejo y remedio atajarla por la violencia, armándose reyes y príncipes para atacar a esta gente dañosa que al mundo entero envenena, y acabar con ella *por las armas, no con palabras*. ¿No castigamos a los ladrones con espada, a los asesinos con garrote, a los herejes con el fuego? ¿Por qué no atacamos pues a estos maestros de perdición cual son papas, cardenales, obispos y toda la gentuza de la Sodoma romana? ¿Por qué no los atacamos con toda clase de armas y lavamos nuestras manos en su sangre?».

Pero esta furia revolucionaria del principio terminó pronto. El rayo que Lutero había lanzado cayó en el polvorín. El pueblo alemán se puso en movimiento. De un lado los campesinos y plebeyos vieron en sus proclamas contra los curas, en su sermón sobre la libertad cristiana, la señal de la sublevación; del otro lado los burgueses moderados y una gran parte de la pequeña nobleza se unieron a él; y hasta algunos príncipes fueron arrastrados por la tormenta.

Unos creyeron que había llegado el día de ajustar las cuentas a sus opresores, otros sólo querían destruir el poder de los curas, la hegemonía romana y enriquecerse por la incautación de los bienes eclesiásticos. Los partidos se

separaron y eligieron sus representantes. Lutero tuvo que escoger. El protegido del elector de Sajonia, el respetable profesor de la Universidad de Wittenberg que del día a la mañana se hizo célebre y poderoso, el gran hombre rodeado de lacayos y aduladores no vaciló ni un momento. Dejó caer a los elementos populares del movimiento para unirse al séquito burgués, aristocrático y monárquico. Enmudecieron los llamamientos a la guerra de exterminio contra Roma. Ahora Lutero recomendaba la *evolución pacífica* y la *resistencia pasiva*. (Véase p. e. «A la nobleza de la nación alemana» 1520, etc.). Cuando Hutten lo invitó a visitarle a él y a Sickingen en el castillo de Ebernburg que era el centro de la conspiración de la nobleza contra los curas y príncipes, Lutero le contestó:

«No quiero que el Evangelio se imponga *por la violencia* y *vertiendo sangre*. El mundo fue ganado por la palabra, la Iglesia por la palabra fue instituida y por la palabra renacerá y el Anticristo, habiéndolo conseguido todo sin violencia, caerá sin necesidad de emplear la violencia».

Desde que se realizó este cambio o mejor dicho desde que se definió la tendencia de Lutero, empezó el regateo de si se debían conservar o reformar tales y cuales dogmas e instituciones, principiaron aquellos repugnantes conciliábulos, concesiones, intrigas y convenios que dieron como resultado la «confesión de Augsburgo», el estatuto de la iglesia burguesa reformada, logrado después de mucho intrigar. Es exactamente el mismo tráfico sórdido que últimamente se ha repetido en las asambleas nacionales alemanas, las asambleas de convenio, cámaras de revisión y parlamentos de Erfurt. En el curso de estas negociaciones se manifestó el carácter cerrilmente burgués de la Reforma

oficial.

Lutero, como representante declarado de la reforma burguesa, tenía razones muy serias para predicar el progreso legal. La mayoría de las ciudades habían aceptado la Reforma; también cundía entre la pequeña nobleza, una parte de los príncipes la aceptó, los demás estaban indecisos. El éxito estaba casi asegurado, por lo menos en una gran parte de Alemania. Si seguía el desarrollo pacífico, las demás regiones no podían resistir a la larga el empuje de la oposición moderada. Pero toda agitación violenta hubiese hecho estallar el conflicto entre el partido moderado y los extremistas plebeyos y campesinos; los príncipes, la nobleza y muchas ciudades se apartarían del movimiento y el partido burgués sería desplazado por los campesinos y plebeyos o la reacción católica aplastaría a todos los partidos del movimiento. Últimamente hemos tenido bastantes ejemplos de cómo los partidos burgueses cuando han conseguido algún pequeño éxito se empeñan en conservar por medio del progreso legal el equilibrio entre el Escita de la revolución y el Caribdis de la restauración.

Dadas las circunstancias políticas y sociales de aquella época, todo cambio debía necesariamente redundar en provecho de los príncipes y aumentar su poder; la Reforma burguesa, cuanto más se separaba de los elementos plebeyos y campesinos, más debía de caer bajo el dominio de los príncipes conformes con ella. El mismo Lutero terminó por ser su lacayo y el pueblo supo perfectamente lo que hacía cuando dijo que Lutero se había convertido en servidor de los príncipes como los demás y cuando lo apedreó en Orlamünde.

Al estallar la guerra de campesinos en regiones donde los príncipes y la nobleza eran en su mayoría católicos,

Lutero trató de adoptar una actitud conciliadora. Arremetió contra los Gobiernos atribuyéndoles la culpa de la insurrección por la opresión que ejercían. Según él los campesinos no eran los que oponían la resistencia, sino el mismo Dios. De otra parte, la sublevación era también impía y contraria al Evangelio. Finalmente aconsejó a ambos bandos que se hicieran mutuas concesiones y se reconciliaran.

Pero a pesar de esta mediación benévola la insurrección se extendió rápidamente; en las regiones protestantes gobernadas por príncipes, señores o ciudades luteranas la sublevación arrolló a la Reforma burguesa «razonable». En la misma Turingia, donde vivía Lutero, establecieron su cuartel general los más decididos insurgentes capitaneados por Münzer. Algunos éxitos más y Alemania entera ardía en llamas, Lutero era apresado, y tal vez pasado por las baquetas como traidor, y la Reforma burguesa arrastrada por la marea de la revolución campesina y plebeya, No había tiempo para vacilar. Frente a la revolución se olvidaron los viejos rencores; en comparación con las bandas de campesinos, los servidores de la Sodoma romana eran mansos corderos, inocentes hijos de Dios; burgueses y príncipes, nobles y curas, Lutero y el Papa se aliaron «contra las bandas asesinas de campesinos ladrones».

«Hay que *despedazarlos, degollarlos y apuñalarlos, en secreto y en público: ¡Como se mata a un perro rabioso!*», gritaba Lutero. «Por esto, queridos señores, oídme y matad, degolladlos sin piedad; y aunque muráis ¡cuán dichosos seréis! pues jamás podrías recibir una más feliz muerte. ¡Nada de falsa piedad con los campesinos! Son como los insurgentes los que de ellos se apiaden, porque Dios no les tiene

misericordia sino antes quiere verlos castigados y perdidos. Luego los mismos campesinos darán las gracias al Señor cuando tengan que entregar una vaca para poder disfrutar en paz de la que queda; por esta rebeldía los príncipes conocerán el espíritu de la plebe a la que no pueden gobernar sino por la violencia.

»Dice el sabio: *Cibus, onus et virgam asino* (Al asno, la cebada, la carga y el azote), al campesino corresponde paja de avena; si son insensatos y no quieren obedecer a la palabra que obedezcan a la “virga”, al arcabuz, y será para el bien de ellos. Deberíamos rezar para que obedezcan; y sino nada de conmiseración. *Dejad que les hablen los arcabuces*, sino será mil veces peor».

Exactamente igual hablaban nuestros filántropos burgueses y ex socialistas cuando el proletariado les fue a reclamar su parte después de la victoria.

Con su traducción de la Biblia, Lutero había dado un instrumento poderoso al movimiento plebeyo. En la Biblia había opuesto el cristianismo sencillo de los primeros siglos al cristianismo feudal de la época; frente a la sociedad feudal en descomposición, había descrito una sociedad que desconocía la jerarquía feudal, compleja y artificiosa. Este instrumento, los campesinos lo habían empleado a fondo contra los príncipes, la nobleza y los curas. Ahora Lutero lo volvió contra ellos y sacó de la misma Biblia la alabanza de las autoridades instituidas por la gracia de Dios, como ningún lacayo de la monarquía absoluta lo hizo jamás. La Biblia sirvió para justificar la monarquía por la gracia de Dios, la obediencia pasiva y hasta la servidumbre. Fue la negación no sólo de la sublevación campesina sino de la

rebeldía del mismo Lutero contra la autoridad espiritual y secular; la traición en beneficio de los príncipes no sólo de la rebeldía popular sino del movimiento burgués.

¿Hará falta nombrar a la burguesía que últimamente nos ha dado nuevos ejemplos de esta traición a su propio pasado?

A Lutero, reformador burgués, opongamos a Münzer, revolucionario plebeyo.

Tomás Münzer nació en Stolberg, en la montaña del Harz, hacia el año 1498^[6]. Parece que su padre murió ahorcado, víctima de la arbitrariedad de los condes de Stolberg. A la edad de 15 años, siendo alumno de la escuela de Halle, fundó una liga secreta contra el arzobispo de Magdeburgo y la Iglesia romana.

Su erudición teológica le valió pronto el título de doctor y un puesto de capellán en un convento de monjas en Halle. Ya entonces trataba con el mayor desprecio los dogmas y los ritos de la Iglesia, diciendo misa omitía las palabras de la transustanciación y como refiere Lutero, se comía los Dioses no consagrados. Estudiaba, sobre todo, los místicos medievales y particularmente los escritos quiliásticos de Joaquín de Calabrés^[7]. En la Reforma y en la inquietud de la época Münzer veía el principio del nuevo reino milenarismo, el juicio de Dios sobre la Iglesia degenerada y el mundo corrompido que había descrito el Calabrés.

Sus sermones lograron gran repercusión en la región. En 1520 fue nombrado Zwickau como primer predicador evangélico. Allí se encontró con una de aquellas sectas de quiliastas exaltados que seguían existiendo en muchas regiones y bajo cuya humildad y retrainimiento momentáneo se escondía la creciente oposición de las capas inferiores de la sociedad contra el vigente estado de cosas; ahora, al

aumentar la agitación, salieron a la luz manifestándose con mayor firmeza. Eran la secta de los anabaptistas a cuya cabeza iba Nicolás Storch. Anunciaban el juicio final y el reino milenario; tenían «visiones, arrobamientos y el don de la profecía». Pronto entraron en conflicto con el ayuntamiento de Zwickau; Münzer lo defendió a pesar de no identificarse con ellos y logró tenerlos bajo su influencia. El Ayuntamiento inició una represión enérgica; los anabaptistas y Münzer con ellos tuvieron que abandonar la ciudad. Esto sucedió a fines de 1521.

Marchó a Praga donde intentó ganar terreno en contacto con los restos del movimiento husita. Pero sus proclamas no tuvieron más efectos que obligarle a huir también de Bohemia. En 1522 se hizo predicador en Altstedt. Allí empezó a reformar el culto. Suprimió totalmente el uso del latín, antes de que Lulero se atreviese a hacerlo, dejando que se leyese la Biblia entera y no tan sólo las epístolas y evangelios de rigor en el culto dominical. Al mismo tiempo organizaba la propaganda en la región. El pueblo acudía de todas partes y Altstedt vino a ser el centro para Turingia entera del movimiento anticlerical popular.

Münzer seguía siendo el teólogo; sus ataques se dirigían casi exclusivamente contra los curas. Pero no propugnaba la discusión pacífica y el progreso legal como ya lo hacía Lulero, sino que siguió predicando la violencia, llamando a los príncipes sajones y al pueblo a la intervención armada contra los curas romanos.

«¿No dijo Cristo: he venido, no a traeros la paz, sino la espada? ¿Y qué debéis hacer con aquélla? Nada, sino alejar y separar a la gente ruin que se opone al Evangelio. Cristo ordenó con gran severidad (Luc. 19, 27): Apresad a mis enemigos y

matadlos ante mis ojos... No os valgáis del vano pretexto de que el brazo de Dios lo debe hacer sin la ayuda de vuestra espada, que bien pudiera aquélla enmohecerse en su vaina. Los que se opongan a la revelación divina, sean aniquilados sin piedad, como Hisquias, Ciro, Josías, Daniel y Elías destruyeron a los pontífices de Baal, la Iglesia cristiana no puede de otro modo volver a su origen. En tiempo de vendimia hay que arrancar las malas hierbas de la viña del Señor. Dios ha dicho (S. Moisés. 5, 7): “No tengáis compasión con los idólatras. ¡Destruid sus altares, destrozad sus imágenes y quemadlos para que no me enoje!”».

Pero estos llamamientos a los príncipes no tuvieron éxito; mientras tanto la agitación revolucionaria crecía continuamente. Las ideas de Münzer se hicieron más precisas y más audaces, Münzer se separó de la Reforma burguesa y se hizo agitador político.

Su doctrina teológica y filosófica no sólo atacaba los principios fundamentales del Catolicismo sino que se volvió contra el cristianismo en general. Bajo las formas cristianas Münzer enseñaba un panteísmo que tiene un parecido extraño con las teorías especulativas modernas, acercándose algunas veces al ateísmo. Desechaba la Biblia en tanto que revelación única e infalible. La verdadera revelación, la revelación viviente es la razón humana que ha existido y existe en todos los pueblos. Oponer la Biblia a la razón significa matar el espíritu por la letra. El Espíritu Santo de que tanto habla la Biblia, no existe fuera de nosotros; el Espíritu Santo es la misma razón. La fe no es más que el despertar de la razón en el hombre; por eso también los paganos pueden tener la fe. La fe, la razón

llamada a la vida, diviniza y santifica al hombre. El cielo no es de ultratumba, hay que buscarlo en esta vida; al creyente incumbe la misión de establecer este cielo, el reino de Dios, aquí sobre la tierra. Asimismo no hay cielo en el más allá, tampoco existe un infierno o condenación eterna. Y no hay más diablo que la codicia y concupiscencia de los hombres. Cristo fue un hombre como nosotros, un profeta y maestro cuya cena no es más que una comida conmemorativa donde se toma pan y vino sin ningún adorno místico.

Ésta fue la doctrina que Münzer disimulaba debajo de la fraseología cristiana detrás de la cual la nueva filosofía tuvo que esconderse durante algún tiempo. Pero a través de sus escritos aparecen sus principios archi-heréticos, y se ve que el adorno bíblico le importaba mucho menos que a ciertos discípulos de Hegel en tiempos recientes; y sin embargo, los separaban tres siglos.

Su doctrina política procede directamente de su pensamiento religioso revolucionario y se adelantaba a la situación social y política de su época lo mismo que su teología a las ideas y conceptos corrientes. Si la filosofía religiosa de Münzer se acercaba al ateísmo, su programa político tenía afinidad con el comunismo; muchas sectas comunistas modernas en vísperas de la revolución de febrero no disponían de un arsenal teórico tan rico como «los de Münzer» en el siglo XVI. En su programa el resumen de las reivindicaciones plebeyas aparece menos notable que la anticipación genial de las condiciones de emancipación del elemento proletario que apenas acababa de hacer su aparición entre los plebeyos. Este programa exigía el establecimiento inmediato del reino de Dios, de la era milenaria de felicidad tantas veces anunciada, por la reducción de la Iglesia a su origen y la supresión de todas las

instituciones que se hallasen en contradicción con este cristianismo que se decía primitivo y que en realidad era sumamente moderno. Pero según Münzer este reino de Dios no significaba otra cosa que una sociedad sin diferencias de clase, sin propiedad privada y sin poder estatal independiente y ajeno frente a los miembros de la sociedad. Todos los poderes existentes que no se conformen sumándose a la revolución serán destruidos, los trabajos y los bienes serán comunes y se establecerá la igualdad completa. Para estos fines se fundará una liga que abarcará no sólo toda Alemania, sino la cristiandad entera; a los príncipes y grandes señores se les invitará a sumarse y cuando se negaren a ello la liga con las armas en la mano los destinará o los matará a la primera ocasión.

Inmediatamente Münzer se puso a organizar esta liga. Sus predicaciones tomaron un carácter todavía más violento y revolucionario; con la misma pasión que mostraba en condenar a los curas, tronaba contra los príncipes, la nobleza y el patriciado y describía con colores sombríos la opresión presente comparándola con el cuadro fantástico de su reino milenario de igualdad social republicana. Además, publicaba un panfleto revolucionario tras otro y enviaba emisarios a todas partes, mientras él mismo organizaba la liga de Altstedt y sus alrededores.

El primer resultado de esta propaganda fue la destrucción de la capilla de Santa María de Mellerbach, cerca de Altstedt, con lo que se consiguió el mandamiento: «Destrozad sus altares, romped sus columnas y quemad sus ídolos por el fuego, porque sois un pueblo santo» (Deut. 7, 5). Los príncipes se trasladaron personalmente a Altstedt y llamaron a Münzer al castillo. Allí pronunció un sermón como nunca había oído Lutero, esta «carne plácida de

Wittenberg» como le llamaba Münzer. Basándose en el Nuevo Testamento insistió en que se debía matar a los gobernantes despiadados y especialmente a los frailes y curas que trataban el Evangelio como una herejía. Los impíos no tienen derecho a vivir, si no fuera por la misericordia de los elegidos. Si los príncipes no destruyen a los impíos, Dios les quitará la espada, pues *el poder sobre la espada pertenece a la comunidad*. Los príncipes y grandes señores son la hez de la usura, del robo y del bandidaje; se apropian toda la creación; los peces en el agua, las aves en el aire y las plantas sobre la tierra les pertenecen. Y además de todo esto predicán a los pobres: «no robarás», mientras ellos roban lo que pueden y explotan al campesino y al artesano; cuando cometen la menor falta los mandan colgar, y a la postre vendrá el doctor Mentiras^[8] para dar su bendición y decir: Amén.

«Los mismos señores hacen que les odie el pobre. Si quieren quitar la causa de la rebeldía, ¿cómo podrían suprimirla? ¡Ay, señores, qué bien estará esto cuando el Señor ande entre los viejos jarros con una barra de hierro! Y como digo, seré rebelde. Y así estará bien» (Ver Zimmermann: *Historia de la gran guerra II*, pág. 75).

Münzer hizo imprimir este sermón. El duque Juan de Sajonia desterró al impresor e impuso la censura del gobierno ducal de Weimar a todos los escritos de Münzer. Pero Münzer ni hizo caso a esta orden. En la ciudad libre de Mühlhausen mandó imprimir un panfleto sumamente violento. Pidió al pueblo se manifestase «para que vean y entiendan todos cómo son nuestros caciques, aquellos sacrílegos que de Dios han hecho un hombrezuelo pintado»; y terminaba con las siguientes palabras: «El mundo entero

tendrá que sufrir un gran trastorno; empezará tal revuelo que los sacrílegos serán precipitados de sus sitios y los humildes enaltecidos». Como lema puso sobre la portada: «Tomás Münzer con el martillo» y escribió: «Escuchad: he puesto mis palabras en tu boca y te he colocado hoy por encima de las gentes y de los imperios, para que arranques, rompas, disperses y destruyas y para que plantes y construyas. Una muralla de hierro está levantada entre los reyes, príncipes, curas y el pueblo. Que vayan a pelear aquéllos, la victoria milagrosa será el ocaso de los tiranos impíos y brutales».

Desde tiempo atrás la ruptura con Lutero y su partido era un hecho consumado. El mismo Lutero había tenido que aceptar muchas reformas eclesiásticas que Münzer había introducido sin consultarle. Observaba la actividad de Münzer con el recelo airado que siente un reformador moderado frente al empuje de un partido revolucionario. En la primavera de 1524 Münzer había escrito a Melanchton, a este prototipo de filisteo y burócrata tísico, que él y Lutero no entendían nada del movimiento, que buscaban ahogarlo en la beatería y pedantería bíblica y que toda su doctrina estaba podrida.

«Queridos hermanos, dejad la espera y las dudas, el tiempo urge, el verano está en la puerta. No hagáis amistad con los impíos, pues ellos impiden que la palabra obre con toda su fuerza. No aduléis a vuestros príncipes, si no queréis perecer con ellos. ¡Oh, sutiles doctores!, no os enfadéis, que no puedo obrar de otra manera».

Varias veces Lutero desafió a Münzer a discutir con él en pública controversia; pero si éste se encontraba dispuesto a la lucha abierta ante el pueblo, no tenía en cambio, el

menor deseo de iniciar una lucha teológica ante el público parcial de la Universidad de Wittenberg. No quería «reservar el producto espiritual exclusivamente para la alta escuela». Si Lutero era sincero ¿por qué no empleaba su influencia en hacer cesar las medidas arbitrarias contra el impresor y la censura de sus escritos, para poder decidir la lucha libremente por medio de la prensa?

Ahora, después de publicado aquel folleto revolucionario de Münzer, Lutero lo denunció públicamente. En su *Carta a los príncipes de Sajonia contra el espíritu rebelde*, declaró a Münzer instrumento de Satán e invitó a los príncipes, interviniesen y expulsasen a los instigadores de la rebelión que no se contentaban con propagar sus malas doctrinas, sino que predicaban la insurrección y la resistencia violenta contra las autoridades.

El primero de agosto Münzer, acusado de fomentar manejos subversivos, tuvo que justificarse ante los príncipes reunidos en el palacio de Weimar. Se habían comprobado hechos sumamente graves; habían descubierto su liga secreta, conocían su intervención en las asociaciones de mineros y campesinos. Le amenazaron con el destierro. De regreso en Altstedt, supo que el duque Jorge de Sajonia pedía su extradición; se habían interceptado cartas escritas por él y en las que llamaba a los súbditos de Jorge a la resistencia armada contra los enemigos del Evangelio. Si no hubiese abandonado a tiempo la ciudad, el Ayuntamiento lo hubiera entregado.

Entre tanto, la agitación creciente que reinaba entre los campesinos y plebeyos, había facilitado enormemente la propaganda de Münzer. Había encontrado agentes inestimables en la persona de los anabaptistas. Esta secta no tenía un dogma positivo bien definido, pero aglutinaba la

oposición contra todas las clases dominantes y el símbolo común del segundo bautismo. Hacían una vida severa y ascética; incansables, fanáticos e impávidos en la agitación, se habían agrupado más y más en derredor de Münzer. Excluidos por las persecuciones de toda residencia fija; corrían por Alemania, propaganda en todas partes la nueva doctrina de Münzer, en la que encontraban la explicación de sus propias necesidades y deseos. Muchos fueron torturados, quemados o ejecutados, pero la valentía y la perseverancia de estos emisarios no conocían límites; y dada la creciente excitación del pueblo, su actuación tuvo un éxito inmenso. Al huir de Turingia, Münzer encontró el terreno preparado cualquiera que fuese su ruta.

Cerca de Nuremberg, a donde se dirigió inmediatamente, donde un mes antes se acababa de ahogar en sus gérmenes una revuelta campesina. Münzer hizo una agitación solapada; y pronto aparecieron hombres que defendieron sus teorías más atrevidas sobre la intranscendencia de la Biblia y la vanidad de los sacramentos y declaraban que Cristo no era más que un hombre y que la autoridad secular era contraria a Dios. «¡Allí anda el Satanás, el espíritu de Altstedt!», exclamó Lutero. En Nuremberg, Münzer dio a la imprenta su respuesta a Lutero. No vaciló en acusarlo de adular a los príncipes y de apoyar a la reacción con su actitud ambigua. Sin embargo, el pueblo conquistará su libertad y al doctor Lutero le pasará lo que a un zorro capturado. El Ayuntamiento mandó recoger el panfleto y Münzer tuvo que abandonar la ciudad.

Atravesando Suabia se trasladó a Alsacia y a Suiza; regresando luego a la Selva Negra, donde la insurrección ya había estallado desde hacía algunos meses, acelerada en

gran parte por la labor de sus emisarios anabaptistas. Este viaje de propaganda efectuado por Münzer merece haber contribuido en gran medida a la organización del partido popular, a la clara definición de sus reivindicaciones y a la insurrección general en abril de 1525. Entonces se manifiesta claramente la doble eficacia de Münzer frente al pueblo al que animaba empleando las frases del profetismo religioso que eran las únicas comprensibles para todos, y frente a los iniciados con los que podía hablar abiertamente de su tendencia final. Antes, en Turingia, había reunido un grupo de hombres decididos que pertenecían al pueblo a las capas inferiores del clero y los había colocado al frente de las asociaciones clandestinas, pero luego, en la Alemania del Suroeste, él mismo se transforma en eje de todo el movimiento revolucionario. Establece relaciones entre Sajonia, Turingia y Franconia y Suabia hasta Alsacia y la frontera suiza; entre sus discípulos y jefes de su liga se encuentran agitadores como Hubmaier en Waldshut, Conrado Grebe en Zúrich, Francisco Rabmann de Griessen, Schappeler en Memmingen, Jacobo Wehe en Leipheim, el doctor Mantel en Stuttgart, que en su mayoría eran sacerdotes revolucionarios.

Münzer permanecía en Griessen cerca de la frontera suiza y desde allí corría a través del Hégau y Klettgau, etc. Las persecuciones sangrientas de que los príncipes y señores asustados hicieron víctimas a esta nueva herejía plebeya, contribuyeron mucho a encender el espíritu de rebeldía y a fortalecer la unión. Después de cinco meses de agitación en la Alemania del Sur, cuando la insurrección era inminente, Münzer regresó a Turingia, donde quería dirigir personalmente las operaciones y donde lo encontraremos más tarde.

Veremos cómo el carácter y la actuación de ambos jefes reflejará fielmente la actitud de sus respectivos partidos. Si la indecisión, el miedo ante la potencia, cada vez mayor, del movimiento, el servilismo cobarde de Lutero correspondió exactamente a la política vacilante y ambigua de la burguesía, la decisión, la energía revolucionaria de Münzer se refleja en la fracción más avanzada de los plebeyos y campesinos. Pero mientras Lutero se contentaba con expresar el pensamiento y los anhelos de la mayoría de su clase para conquistar una popularidad sumamente barata, Münzer, en cambio, se adelantó en todo a las ideas y reivindicaciones que en su época abrigaban los plebeyos y campesinos y con la élite de los elementos revolucionarios existentes constituyó un partido que en la medida en que estaba a la altura de sus ideas y de su energía no formaba sino una ínfima minoría de la masa sublevada.

III

LOS MOVIMIENTOS PRECURSORES DE LA GRAN GUERRA CAMPESINA ENTRE 1476 y 1517

A cincuenta años de haber sido aplastado el movimiento husita empezaron a manifestarse los primeros síntomas del naciente espíritu revolucionario de los campesinos alemanes.

La primera conspiración de campesinos se originó en 1476, en el obispado de Witsburgo, país empobrecido a consecuencia de las guerras husitas y «por el mal gobierno, los numerosos tributos y prestaciones, las enemistades, guerras, incendios, matanzas, prisiones, etcétera» y que continuaba siendo víctima del pillaje más vergonzoso por parte de los obispos, curas y nobles. Un joven pastor y músico, *Juan Böheim de Niklashausen* llamado también *Pauker* (timbalero) y *Pfeiferhänslein* (Juanito de la flauta), entra rápidamente en escena, como profeta en el valle del Tauber. Contaba que la virgen María se le había aparecido y que le había ordenado quemase el timbal y dejase el baile y los placeres sensuales para exhortar al pueblo a la penitencia. Cada uno debía renunciar a sus pecados y al vano placer de este mundo, deshacerse de joyas y adornos y emprender una peregrinación a la virgen de Niklashausen para obtener el perdón de los pecados.

En este primer precursor del movimiento nos encontramos con el mismo ascetismo que caracteriza todas las insurrecciones medievales de tipo religioso, como también en tiempos recientes el comienzo de todo

movimiento proletario. Esta austeridad ascética, este postulado del renunciamiento de todos los placeres y diversiones, establece frente a la clase dominante el principio de la igualdad espartana y constituye una etapa de transición necesaria, sin la cual la capa inferior de la sociedad nunca se podrá poner en marcha. Para desplazar su energía revolucionaria, para tener la conciencia de su posición hostil frente a los demás elementos de la sociedad, para concentrarse como tal clase, debe empezar por deshacerse de todo lo que pudiera reconciliarla con el orden establecido y renunciar a los pocos placeres que todavía le hacen soportable su vida mísera y que ni la presión más fuerte le podrá arrebatarse. Por su forma fanática y violenta así como por su contenido, este *ascetismo plebeyo y proletario* se distingue por su fanatismo y por su contenido del *ascetismo burgués*, tal como lo predicaban la moral burguesa, luterana y los puritanos ingleses (que difieren de los «independientes» y otras sectas más revolucionarias), y que en el fondo no es más que la *parsimonia burguesa*. Claro está que este ascetismo plebeyo proletario pierde su carácter revolucionario en la medida en que el desarrollo de las fuerzas productivas modernas incrementen hasta el infinito los objetos disfrutables haciendo innecesaria la igualdad espartana, y al mismo tiempo, la posición del proletariado en la vida social así como su carácter será más y más revolucionario. Este ascetismo desaparece poco a poco de entre las masas para refugiarse entre los sectarios que se obstinaban en predicar, ya sea de manera directa la forma de avaricia burguesa, ya sea mediante un «virtuosismo» glorioso que, en la realidad, no conducía igualmente más que a la mezquina roñería pequeño burguesa. No era necesario predicar el desprendimiento a las masas pues ya no les quedaba nada de que desprenderse.

La exhortación a la penitencia que hizo Pfeiferhäslein logró gran repercusión. Todos los profetas de la insurrección empezaban recitándola y en efecto, únicamente el esfuerzo violento, la renunciación repentina y total al género de vida acostumbrado eran capaces de galvanizar a esta masa campesina dividida y dispersa que había crecido en un ambiente de obediencia ciega. Empezaron las peregrinaciones a Niklashausen y aumentaron rápidamente, y mientras más acudía el pueblo, más abiertamente el joven rebelde se pronunciaba sobre sus proyectos. La Virgen de Niklashausen le había anunciado que desde entonces en adelante no debía haber emperador ni príncipe ni papa, ni otra autoridad espiritual o secular. Todos los hombres debían considerarse como hermanos. Todos ganarían el pan con el trabajo de sus propias manos y nadie debía poseer más que el otro. Había que suprimir radicalmente los censos, corveas, servicios, peajes y otros tributos y garantizar en todas partes el libre disfruta de los bosques, del agua y de los pastos.

El pueblo acogió con simpatía este nuevo Evangelio, la fama del profeta del «mensajero de Nuestra Señora» se extendió rápidamente. Los peregrinos afluyeron del Odenwald, del Mein, del Kocher y del Jaxt y hasta de Baviera, de Suabia y del Rin. Relataban los milagros que decían habían hecho, se arrodillaban ante él y lo veneraban como a un santo; peleaban para obtener las franjas arrancadas de su gorro, como si fueran reliquias y amuletos. Los curas se volvieron en balde contra él calificando su historia como una fantasmagoría diabólica y sus milagros como un engaño infernal. La masa de los creyentes aumentaba rápidamente. La secta revolucionaria empezó a formarse. Los sermones dominicales del pastor rebelde congregaban 40 000 personas y aún más.

Durante varios meses Pfeiferhänslein adoctrinó a las masas. Pero no pensaba limitarse a predicar. Tenía relaciones secretas con el cura de Niklashausen y con dos caballeros, Kunz de Thunfeld y su hijo, partidarios de la nueva doctrina y futuros jefes militares de la insurrección proyectada. Por fin, el domingo que precedió a la fiesta de San Kiliano y cuando creía tener las fuerzas suficientes dio la señal esperada. Terminado su sermón declaró:

«Y ahora id a vuestras casas y pensad en lo que os anunció la santísima Madre de Dios: el próximo domingo dejad que mujeres, niños y ancianos permanezcan en casa, pero vosotros, los hombres, vendréis a Niklashausen, el día de Santa Margarita, que es el próximo sábado, y traed a vuestros hermanos y amigos, cualquiera que sea su número. Pero no vengáis con el bastón de los peregrinos, sino con las armas, la vela de los peregrinos en una mano, en la otra la espada o la alabarda. Y entonces, la Santa Virgen os comunicará lo que debéis hacer».

Pero antes de que llegasen las masas de campesinos, los jinetes del obispo fueron de noche a buscar al profeta insurrecto y lo llevaron al castillo de Wurtzbourg. El día convenido llegaron cerca de 34 000 campesinos armado, pero la prisión de su jefe, les desanimó. La mayor parte se dispersó; los iniciados, capitaneados por Kunz de Thunfeld y su hijo Miguel, reunieron cerca de 16 000 hombres y con ellos marcharon al castillo. El obispo les intimó a retirarse haciéndoles grandes promesas; pero apenas empezaron a separarse cuando les sorprendieron los jinetes del obispo, haciendo varios prisioneros. Dos de ellos fueron decapitados y Pfeiferhänslein fue quemado en la hoguera. Kunz de Thunfeld huyó y no fue readmitido en el país hasta después

de haber cedido todos sus bienes al obispado. Las peregrinaciones a Niklashausen continuaron durante algún tiempo hasta que finalmente desaparecieron.

Después de este primer intento Alemania permaneció tranquila durante largo tiempo. Únicamente al final del siglo empezaron otra vez las conspiraciones e insurrecciones campesinas.

No hablaremos aquí de la insurrección de los campesinos holandeses en 1491-92, que finalmente fueron aplastados por el duque Alberto de Sajonia en la batalla de Heemskerk, tampoco nos ocuparemos de la sublevación de los campesinos en la abadía de Kempten en la Alta Suabia, ni de la insurrección de 1497 en Frisia encabezada por Syaard Aylva y que fue reprimida por el mismo Alberto de Sajonia. Estas sublevaciones ya se producen en regiones muy apartadas del teatro de la verdadera guerra campesina, o bien no son sino luchas de campesinos libres que resisten al intento de imponerles la dominación feudal. Pasaremos directamente a las dos grandes conspiraciones que fueron el preludio de la guerra campesina: el *Bundschuh* (Botas con correas), y el *pobre Conrado*.

La misma carestía que había provocado la insurrección de los campesinos en los Países Bajos fue el motivo para que en 1493 se formara en Alsacia una liga secreta de campesinos y plebeyos a la que perteneció también gente de la oposición burguesa y que fue vista con simpatía hasta por una parte de la pequeña nobleza. El centro de la conspiración estaba en la región de Schlettstadt, Sulz, Dambach, Rossheim, Scherweiler, etc. Los conjurados planearon el pillaje y el exterminio de los judíos, cuya práctica de la usura arruinaba, que ya entonces, como aún en la actualidad, a los campesinos alsacianos; introduciendo

un jubileo anual, haciendo que todas las deudas fueran anuladas; la supresión de los derechos de aduana y otras cargas fiscales, como así de la justicia eclesiástica e imperial; el derecho de votar los impuestos; la reducción de los beneficios de los sacerdotes a 50 y 60 florines; la supresión de la confesión, y el derecho para cada comunidad de elegir su propio tribunal. El plan de la conspiración era tomar por sorpresa la fortaleza de Schlettstadt en cuanto tuvieran la fuerza suficiente, y pensaban incautarse de los caudales del municipio y de los conventos organizando desde allí la insurrección en, Alsacia entera. La bandera que iban a desplegar en el momento de la insurrección llevaba bordada una bota de campesino con correas largas, el *Bundschuh*; que durante los siguientes 20 años iba a ser el símbolo de las conspiraciones campesinas.

Los conspiradores celebraban sus reuniones de noche, sobre el monte Hungerberg desierto. La admisión de nuevos miembros se acompañaba de ceremonias misteriosas, amenazando a los traidores con penas severísimas. Sin embargo, el plan fue descubierto precisamente cuando se iba a dar el golpe contra la fortaleza de Schlettstadt, en la semana santa de 1493. Las autoridades intervinieron rápidamente, deteniendo a muchos conjurados que fueron torturados. Otros descuartizados o decapitados, los restantes fueron desterrados del territorio después de cortarles los dedos o las manos. Muchos huyeron a Suiza.

Pero esta primera dispersión no había liquidado al *Bundschuh*. Al contrario, siguió existiendo en secreto y los numerosos fugitivos que corrían a través de Suiza y Alemania del Sur fueron otros tantos emisarios que hallando en todas partes la misma opresión y el mismo afán de sublevarse popularizaron la asociación en todo el actual país

de Baden.

No se puede dejar de admirar la fortaleza y perseverancia que mostraron los campesinos de la Alemania del sur conspirando desde 1493 durante cerca de 30 años y removiendo todos los obstáculos que la vida de los campos oponía a una mayor centralización, la constancia que los movió a seguir conspirando después de tantas dispersiones, derrotas y ejecuciones de sus jefes, hasta que por fin llegó el momento de la insurrección general.

En 1502 hubo indicios de agitación clandestina entre los campesinos del obispado de Espira que entonces comprendía también la región de Bruchsal Allí el *Bundschuh* se había reorganizado con notable éxito. Había 7000 hombres en la liga cuyo centro se hallaba en Untergrombach, entre Bruchsal y Weingarten y cuyas ramificaciones se extendían hasta orillas del Mein y del Rin, por todo el margravisto de Baden. Su programa exigía los siguientes puntos: que no se pagara censo ni diezmo, ni tributo ni peaje a los príncipes, nobles y curas; que se suprimiera la servidumbre; que se confiscaran los conventos y otros bienes eclesiásticos para repartirlos entre el pueblo y que no se reconociera a otro señor que al Emperador.

Encontramos aquí por primera vez que los campesinos exigen la secularización de los bienes eclesiásticos en beneficio del pueblo y el establecimiento de una monarquía alemana única e indivisible; dos reivindicaciones que la fracción avanzada de los campesinos y plebeyos reproducirán periódicamente desde aquel momento, hasta que Tomás Münzer transforme el reparto de los bienes eclesiásticos en su incautación en beneficio de la comunidad y la monarquía alemana en república una e indivisible.

Igual que el antiguo *Bundschuh* el nuevo tenía su sitio

para celebrar las reuniones clandestinas, su juramento de guardar el secreto, su ceremonial de admisión y su bandera donde al lado de la bota figuraba la inscripción: «¡No pedimos sino la justicia de Dios!». El plan de acción se parecía al *Bundschuh* de los alsacianos; en un golpe de sorpresa se iba a tomar la ciudad de Bruchsal donde la mayoría de los habitantes pertenecía a la liga; allí se organizaría un ejército ligero que se enviaría a los principados vecinos formando un centro de reclutamiento ambulante.

El plan fue denunciado por un sacerdote al que uno de los conspiradores lo había revelado en secreto de confesión. Inmediatamente los gobiernos tomaron sus medidas. Se concentraron tropas y se procedió a efectuar detenciones en masa. El emperador Maximiliano, el «último caballero» dictó los decretos más sanguinarios contra los «manejos criminales» de los campesinos. En algunos sitios hubo alborotos y conatos de resistencia armada; pero los grupos aislados de campesinos no resistieron mucho tiempo. Algunos conspiradores fueron ejecutados, otros huyeron; pero el secreto fue guardado con tanto celo que la mayoría hasta de los mismos jefes pudo con toda tranquilidad permanecer en sus propias aldeas o por lo menos en los territorios vecinos.

Después de esta nueva derrota hubo otro período de tranquilidad aparente en la lucha de clases. Pero el trabajo se continuaba secretamente. En los primeros años del siglo XVI se formó en Suabia una nueva asociación llamada del «*Pobre Conrado*»; probablemente en relación con los dispersos miembros del *Bundschuh*. En la Selva Negra el *Bundschuh* subsistió en algunos círculos pequeños; pasaron diez años hasta que un jefe campesino enérgico logró reunir

los hilos dispersos en una gran conspiración. Ambos movimientos se produjeron sucesivamente durante los años 1513 a 1515, al mismo tiempo que la serie de las grandes insurrecciones de los campesinos suizos, húngaros y eslovenos.

Fue José Fritz, de Untergrombach, fugitivo de la conspiración de 1502, antiguo soldado y carácter a todas luces eminente, quien restableció el *Bundschuh* en la región de la alta Renania.

Después de su fuga había vivido en varios lugares entre el lago de Constanza y la Selva Negra y finalmente se había establecido en Lehen cerca de Friburgo en Brisgovia, donde se había hecho guarda forestal. Las actas de la instrucción contienen detalles interesantísimos sobre la actividad que desarrolló reorganizando la liga desde allí, obrando con gran acierto para hacer ingresar la gente más diversa. Gracias a sus talentos diplomáticos y a la extraordinaria perseverancia de este conspirador ejemplar le fue posible ganar a un sinnúmero de gentes de todas clases; caballeros, curas, burgueses, plebeyos y campesinos; y parece seguro que organizó al mismo tiempo varias conspiraciones.

Todos los elementos aprovechables los utilizaba con gran habilidad y acierto. Además de los emisarios iniciados empleaba a los vagabundos y mendigos para las misiones de menor importancia. José Fritz estaba en relación directa con los reyes de los mendigos y a través de ellos era dueño de toda la masa de vagabundos. Estos reyes de los mendigos desempeñan un papel importante en su conspiración. Fueron tipos sumamente originales. Uno corría por el país acompañándole una muchacha que decía tener heridas en los pies; pedía limosna para ella. En su sombrero llevaba más de ocho medallas, los catorce apotropeanos, Santa

Odilia, Nuestra Señora, etc.; tenía gran barba roja y un enorme bastón con puñal y puntilla. Otro que pedía en nombre de San Valentín, vendía especias y sanguijuelas y llevaba un gabán largo, color de hierro, boina roja con el Niño de Trento, una espada y en el cinturón gran número de navajas y un puñal. Otros tenían heridas que conservaban abiertas artificialmente y vestían las correspondientes prendas extravagantes. Había por lo menos diez de ellos; por una remuneración de 2000 florines iban a encender las llamas de la insurrección simultáneamente en Alsacia, en el margraviato de Baden y en Brisgovia. El día de la feria de Saverna se iban a encontrar en Rosen con 2000 hombres de los suyos, para colocarse bajo el mando de Jorge Schneider, ex capitán de mercenarios, que iba a dirigir la toma de la ciudad. Entre los verdaderos miembros de la liga se organizó un servicio de estafetas de un lugar a otro; José Fritz y Cristóbal de Friburgo, su principal emisario, iban a caballo de un sitio a otro y de noche pasaban revista a los nuevos reclutas. Las actas de instrucción dan una prueba más que suficiente de la enorme difusión de la liga a orillas del Rin superior y en la Selva Negra; contienen un sinnúmero de los lugares más diversos de aquella región. En su mayoría son oficiales artesanos; los demás son campesinos y también hay taberneros, algunos nobles, curas (como el de Lehen) y soldados licenciados. Esta composición muestra el gran desarrollo que había adquirido el *Bundschuh* bajo la dirección de José Fritz. El elemento plebeyo de las ciudades empezaba a imponerse cada vez más. Las ramificaciones de la conspiración se extendían por toda Alsacia y el Baden actual hasta Wurtemberg y hasta orillas del Mein. De vez en cuando se convocaban grandes asambleas sobre los montes apartados como el Kniebis, etc., para deliberar sobre los

asuntos de la liga. Los jefes se reunían en el campo de Hartmatte, cerca de Lehen, asistiendo a la reunión los afiliados del lugar así como los delegados de otras aldeas; allí se aprobaron los diez artículos de la liga. No se reconocería a ningún soberano fuera del Emperador y (según querían algunos) del Papa; la supresión de la justicia imperial, la limitación de la jurisdicción eclesiástica a los asuntos eclesiásticos; la suspensión del pago de todos los intereses, cuando los pagos efectuados llegaran a cubrir el capital; la limitación del interés al cinco por ciento; la libertad de caza, pesca, pasto y corte de leña; la prohibición a los curas de tener más de una prebenda; la incautación de los bienes eclesiásticos y tesoros de los monasterios en beneficio de la caja militar de la liga; la supresión de todos los tributos y tasas injustas; la paz eterna en toda la cristiandad; la intervención enérgica contra todos los adversarios de la liga; el establecimiento de un impuesto en favor de la liga; la conquista de la plaza fuerte de Friburgo —para servir de centro a la liga—, la iniciación de negociaciones con el Emperador tan pronto como estuvieran reunidas las tropas de la liga y negociaciones con Suiza en caso de negarse a escucharles el Emperador. Éstos fueron los puntos convenidos. En ellos se manifiesta claramente la forma cada vez más precisa y concreta de las reivindicaciones campesinas y plebeyas y se nota cómo, al mismo tiempo, fue necesario hacer concesiones de igual importancia a los moderados y a los tímidos.

La ofensiva estaba anunciada para el otoño de 1513. No faltaba más que la bandera de la asociación y para encargarla Fritz marchó a Heilbronn. Al lado de toda clase de emblemas e imágenes la bandera mostraba el *Bundschuh*, con la siguiente inscripción: «Señor ayuda a tu justicia divina». Pero, durante su ausencia, se intentó

prematuramente tomar por sorpresa la ciudad de Friburgo; el intento se descubrió a tiempo; algunas indiscreciones en la propaganda ayudaron al Ayuntamiento de Friburgo y al margrave de Baden a descubrir la trama y la traición de dos de los conspiradores completó la serie de las revelaciones. El margrave, el Ayuntamiento y el gobierno imperial de Ensisheim movilizaron a sus esbirros y soldados; se detuvo a varios asociados que fueron sometidos al tormento y ejecutados; pero también esta vez escaparon los demás, entre ellos José Fritz. Los gobernantes suizos ahora persiguieron con gran violencia a los fugitivos y hasta ejecutaron a algunos; pero les sucedió lo que a sus vecinos. Pero no pudieron impedir que la mayoría de los fugitivos permaneciesen cerca de su antigua residencia y volviese a ella pasando algún tiempo. El que más se ensañó fue el Gobierno alsaciano de Ensisheim, que mandó degollar, torturar en la rueda y descuartizar a un gran número de jurados.

José Fritz se estableció en la orilla suiza del Rin, haciendo frecuentes incursiones a la Selva Negra sin que fuese posible capturarlo.

Los suizos tuvieron razones serias para aliarse esta vez con los gobiernos vecinos en contra de los adherente del Bundschuh, lo demuestra la sublevación campesina que estalló el año siguiente, en 1514, en *Berna*, *Solura* y *Lucerna* y que tuvo como consecuencia la depuración de los gobiernos aristocráticos y del patriciado. Los campesinos lograron conquistar bastantes derechos. El éxito de estas insurrecciones locales fue debido únicamente a la falta de centralización, que en Suiza era aún más débil que en Alemania. También en 1525 los campesinos pudieron liquidar a sus señores locales, pero sucumbieron ante los

grandes ejércitos organizados de los príncipes que no existían en Suiza.

Al mismo tiempo que se organizaba el *Bundschuh* de Baden y, según parece en relación directa con él, se había tramado otra conspiración en Wurtemberg. Sus orígenes se remontan al año 1503, y cómo al disolverse el *Bundschuh* de Untergrombach este nombre se había hecho demasiado peligroso, tomaron el de «Pobre Conrado». Su sede central era el valle del Remstal en la falda del monte Hohenstaufen. Su existencia ya no era un secreto, por lo menos para el pueblo. Debido a la opresión vergonzosa que ejercía el gobierno del duque Ulrico y con motivo de los años de hambre que provocaron el estallido de 1513 y 1514 el número de asociados había crecido rápidamente. Las nuevas contribuciones sobre el vino, la carne y el pan y el impuesto sobre el capital que era de un pfenning anual por cada florín, hicieron estallar la insurrección. En primer lugar se iba a tomar la ciudad de Schorndorf donde los cabecillas del complot solían reunirse en casa del cuchillero Gaspar Prégizer. La insurrección estalló durante la primavera de 1514. Tres mil campesinos, cinco mil según algunos, cercaron la ciudad, pero los servidores del duque les hicieron toda clase de promesas y los decidieron a retirarse. El duque Ulrico acudió con ochenta jinetes y como había prometido suprimirlos nuevos impuestos encontró tranquilidad absoluta. Prometió asimismo convocar la dieta para que examinase todas las reclamaciones. Pero los jefes del movimiento sabían perfectamente que Ulrico no quería sino aprovecharse de la tranquilidad momentánea para levantar y concentrar las tropas suficientes para poder faltar a su palabra y recaudar los impuestos por la fuerza. En vista de esto, los jefes cursaron desde la casa de Gaspar Prégizer, «la cancillería

del Pobre Conrado», como se la llamaba, las invitaciones a un congreso de la liga, encontrando en todas partes el apoyo de los emisarios. El éxito de la primera sublevación en el valle del Remstal había contribuido a popularizar todavía más el movimiento. Al congreso que se celebró el 28 de mayo, en Untertürkheim acudieron numerosos delegados de todo Wurtemberg. Decidieron activar la agitación y en la primera ocasión, dar la batalla en el valle del Remstal para desde allí propagar la insurrección. Mientras tanto Juan Bantel, de Dettingen, antiguo soldado, de Juan Singer, de Würtingen, cultivador, muy estimado entre los suyos, llevaron a la liga la representación de la montaña de Suabia. La sublevación se desencadenó en todas partes. Si bien Juan Singer fue sorprendido y capturado, las ciudades de Backnang, Winnenden y Markgronningen cayeron entre las manos de los campesinos aliados con los plebeyos y el país entero, de Weinsberg hasta Blaubeuren y de allí hasta la frontera de Baden, se encontró en plena insurrección. Ulrico tuvo que ceder. Pero al mismo tiempo que convocó a la dieta para el día 25 de junio y escribió a las ciudades libres y príncipes vecinos pidiendo auxilio contra la insurrección que ponía en peligro a todos los príncipes, autoridades y patricios del Imperio y que tenía tan extraña semejanza con el *Bundschuh*.

Entre tanto la Dieta, es decir, los representantes de las ciudades y un gran número de campesinos que a su vez exigían una representación en ella, se fueron reuniendo en Stuttgart desde el día 18 de junio. Los prelados aún no habían llegado, los caballeros ni siquiera habían sido convocados. Los grupos de la oposición en la ciudad de Stuttgart y dos bandas de campesinos que amenazaban desde Leonberg y el valle del Remstal, apoyaron las reivindicaciones campesinas. Sus delegados fueron

admitidos; se acordó destituir y castigar a los odiados consejeros del duque, Lamparter, Thumb y Lorcher y se decidió poner al lado del duque un consejo compuesto por cuatro caballeros, cuatro ciudadanos y cuatro campesinos, concediéndose un presupuesto fijo a la casa ducal e incautándose la dieta de los conventos y monasterios en beneficio del erario público.

A estos acuerdos revolucionarios el duque Ulrico opuso un golpe de estado. El día 21 de junio marchó a Tübingen con sus caballeros y consejeros, le siguieron los prelados, ordenó a los ciudadanos le siguieran igualmente, lo que hicieron. Allí continuaron las sesiones de la Dieta pero sin los campesinos. Bajo la presión del terror militar los burgueses traicionaron a sus aliados los campesinos. El día 8 de julio se firmó el tratado de Tübingen que impuso al país el pago de cerca de un millón de deudas ducales y al duque unas cuantas restricciones de las que nunca hizo caso, mientras los campesinos debieron contentarse con varias promesas imprecisas y platónicas y una ley contra las asociaciones y la rebeldía que, éstas sí, era bastante positiva. Naturalmente ya no se volvió a hablar de la representación campesina en la Dieta. Las masas rurales se agitaron indignadísimas a causa de la traición. Pero el duque había reconquistado su crédito al encargarse los Estados del pago de sus deudas, ya pudo levantar tropas y también sus vecinos, sobre todo el elector del Palatinado, le enviaron cuerpos auxiliares. Antes de finalizar el mes de julio el tratado de Tübingen fue aceptado por todo el país, que no tardó en prestar juramente. Sólo en el valle de Remstal el «Pobre Conrado» resistió. Estuvieron a punto de matar al duque que había acudido otra vez personalmente, los campesinos continuando su oposición establecieron su campo sobre el monte Kappelberg.

Pero al prolongarse esta situación la mayoría de los insurgentes se dispersó por falta de víveres y los restantes también terminaron por marcharse a sus aldeas, engañados por un convenio ambiguo que firmaron con algunos delegados de la Dieta. A despecho del convenio, Ulrico, a cuyo ejército se habían incorporado las compañías voluntarias puestas a su disposición por las ciudades, que ahora después de conseguidas sus reivindicaciones se volvían fanáticamente contra los campesinos, atacó el valle de Remstal, saqueando ciudades y aldeas. Fueron detenidos 1600 campesinos, 16 fueron decapitados inmediatamente, a los demás se les impusieron grandes multas en beneficio de la hacienda ducal. Muchos tuvieron que permanecer en la cárcel durante largo tiempo. Se dictaron leyes severísimas para impedir la organización secreta y toda reunión de campesinos, y la nobleza de Suabia formó una liga con el solo fin de reprimir todo intento de sublevación. Sin embargo, los caudillos del «Pobre Conrado» habían podido refugiarse en Suiza de donde volvieron uno a uno, pasados algunos años.

Simultáneamente con el movimiento de Wurtemberg se mostraron síntomas de nuevas perturbaciones en Brisgovia y en el margraviato de Baden. En el mes de junio se intentó una sublevación cerca de Bühl que fue sofocada en el acto por el margrave Felipe; el jefe Sebastián Gugel fue detenido en Friburgo y decapitado.

En la misma primavera de 1514 estalló la guerra de los campesinos en toda Hungría. Se habían hecho llamamientos a la cruzada contra los turcos, y como era habitual, prometiendo la libertad de los siervos y vasallo que se ofrecieran. Se reunieron 60 000 poniéndole bajo las órdenes de Jorge Dosza que se había distinguido en las

guerras anteriores contra los turcos y al que se concedió un título de nobleza. Pero los caballeros y magnates húngaros vieron con muy malos ojos esta cruzada que los iba a despojar de su propiedad, es decir, de sus servidores. Persiguieron a las bandas de campesinos e hicieron volver a sus siervos a la fuerza, maltratándolos. Al enterarse los cruzados de lo sucedido, estalló la rabia de los campesinos oprimidos. Lorenzo y Bernabé, dos de los más ardientes predicadores de la cruzada, encendieron con sus discursos revolucionarios el odio del ejército contra la nobleza. El mismo Dosza se dejó llevar de la ira de sus tropas contra la nobleza traidora; los cruzados se constituyeron en ejército de la revolución y Dosza se colocó a la cabeza de este nuevo movimiento.

Los campesinos acamparon en el campo de Rakos cerca de Pest. Comenzaron las hostilidades produciéndose escaramuzas con los partidarios de la nobleza en las aldeas cercanas y en los suburbios de Pest; pronto se trabaron combates y finalmente sobrevino la matanza general de todos los nobles que cayeron en manos de los campesinos, quemándose gran número de castillos. La corte amenazó en balde. Después de haberse ejecutado los primeros fallos de la justicia popular contra los nobles al pie de las murallas de la misma capital, Dosza procedió a nuevas operaciones. Dividió su ejército en cinco columnas. Dos fueron enviadas a las montañas de la alta Hungría para sublevar al pueblo y exterminar a la nobleza. La tercera columna bajo las órdenes del ciudadano de Pest, Ambrosio de Szaleves se quedó en Rakos para vigilar la capital, la cuarta y quinta columna marcharon contra Szegedin conducidas por Dosza y su hermano Gregorio.

Entre tanto, la nobleza se reunió en Pest y pidió auxilio

a Juan Zapolya, voivoda de Transilvania. Unida a los ciudadanos de Budapest, la nobleza derrotó y aniquiló al cuerpo que acampaba sobre el Rakos después de que Szaleves se había pasado al enemigo con los elementos burgueses del ejército campesino. Un sinnúmero de prisioneros fue ejecutado de la manera más cruel, los restantes fueron enviados a sus pueblos, después de cortarles las narices y las orejas.

Dosza fracasó en Szegedin y marchó hacia Csanad ocupando la ciudad después de haber derrotado a un ejército de la nobleza bajo el mando de Batory Istvan y el obispo Csakyi. Por las crueldades de Rakos, tomó represalias sangrientas en los prisioneros entre los cuales se hallaban el obispo y el tesorero real Teleki. En Csanad proclamó la república, la supresión de la nobleza, la igualdad ciudadana y la soberanía del pueblo, luego marchó a Temesvar donde Batory se había hecho fuerte. Pero mientras sitiaba esta fortaleza durante dos meses, recibiendo como refuerzo un nuevo ejército mandado por Antonio Hosza, las dos columnas que operaban en la alta Hungría sucumbieron ante la nobleza en varias batallas y Juan Zapolya se aproximaba con las tropas de Transilvania. Zapolya atacó y dispersó a los campesinos; Dosza fue apresado y asado en un trono de hierro candente, sus propios hombres tuvieron que comerlo vivo; sólo bajo esta condición se les perdonó la vida. Los campesinos dispersos se rehicieron bajo el mando de Lorenzo y Hosza, pero sufrieron otra derrota y todos los que cayeron en manos de los enemigos fueron estacados o ahorcados. Millares de cadáveres de campesinos colgaban al lado de las carreteras y a la entrada de las aldeas quemadas. Se dice que fueron cerca de 60 000 los que cayeron en la lucha y más tarde en las matanzas. En la siguiente reunión de la Dieta la nobleza

tuvo especial cuidado en hacer reconocer una vez más la esclavitud de los campesinos como ley básica del país.

En el origen de la insurrección campesina de Carintia, Carniola y Estiria, que estalló al mismo tiempo, estaba una conspiración parecida a la del *Bundschuh* que surgió en el año 1503. Entonces ya se había provocado una insurrección en esta tierra expoliada por la nobleza y los funcionarios imperiales, devastada por las invasiones de los turcos y atormentada por el hambre. En 1513, los campesinos eslovenos unidos a los alemanes de la región, levantaron otra vez la bandera de la *stara prawa* (de los derechos antiguos), pero en este año aún fue posible apaciguarlos; en 1514 se congregaron ya grandes masas, y la promesa del emperador Maximiliano de restablecer los antiguos privilegios los movió a dispersarse otra vez. Más violento fue el estallido en la primavera de 1515, cuando el pueblo, tantas veces engañado, buscó su venganza por las armas. Como en Hungría, destruyeron todos los castillos y conventos y los jurados de campesinos juzgaron y ejecutaron a los nobles capturados. En Estiria y Carintia el capitán de las tropas imperiales Dietrichstein logró apaciguar a los sublevados. En Carniola no fue posible dominarlos, hasta la conquista de Krain, tomada por sorpresa y las numerosas atrocidades que luego sometieron los austríacos y que fueron el digno complemento de las infamias de la nobleza húngara.

Bien se comprende que después de una serie de derrotas decisivas y en vista de tantas atrocidades cometidas por la nobleza, los campesinos alemanes permanecieron tranquilos durante largo tiempo. Sin embargo, no cesaron las conspiraciones y las sublevaciones locales. En 1516 volvió a Suabia y a los territorios del alto Rin la mayoría de los

fugitivos afiliados al *Bundschuh* y al «Pobre Conrado» y, en 1517, el *Bundschuh* se había extendido otra vez por la selva Negra. El propio José Fritz que aún llevaba la vieja bandera del *Bundschuh* de 1513 escondida sobre su pecho, corría por la Selva Negra desarrollando una gran actividad. La conspiración se organizó otra vez. Se volvieron a convocar las asambleas en el monte Kniebis. Pero no se guardó el secreto, se enteraron los gobiernos e intervinieron. Algunos, fueron capturados y ejecutados; los miembros más activos e inteligentes tuvieron que huir, entre ellos, José Fritz que logró escapar una vez más pero, según parece, murió en Suiza poco tiempo después, ya que su nombre no vuelve a aparecer posteriormente.

IV

SUBLEVACIÓN DE LA NOBLEZA

Mientras aún duraba en la Selva Negra la represión de la cuarta conspiración del *Bundschuh*, Lutero dio en Wittenberg la señal para el movimiento que iba a arrastrar a todas las clases, conmoviendo hasta los fundamentos del imperio. Las «tesis» del monje agustino de Turingia cayeron como la chispa en el polvorín. Las múltiples y divergentes tendencias de los caballeros y de los burgueses, de los campesinos y de los plebeyos, de los príncipes que anhelaban la plena soberanía y de las capas inferiores del clero, de las sectas místicas clandestinas y de la oposición que formaban los escritores eruditos y satírico-burlescos, hallaron en estas tesis una expresión común alrededor de la cual se agruparon con una rapidez sorprendente. Por poco que durara esta alianza de todos los elementos de oposición, formada del día a la mañana, reveló de un golpe la enorme pujanza del movimiento y lo ayudó a progresar rápidamente.

Pero fue justamente este rápido desarrollo el que trajo consigo los gérmenes de discordia latentes, dividiendo de nuevo a los elementos opuestos por su forma de vida que componían esta masa bulliciosa, haciéndoles adoptar otra vez su acostumbrada actitud hostil. La concentración de las abigarradas masas de oposición en derredor de dos figuras centrales, no tardó en producirse; la nobleza y los burgueses estaban incondicionalmente de parte de Lutero; los campesinos y los plebeyos sin considerar a Lutero como un enemigo directo, formaban como antes, su propio partido de oposición revolucionaria. Pero ahora el movimiento era general y mucho más potente que antes de Lutero; ya existía

la necesidad de una lucha directa entre ambos partidos que se enfrentaban abiertamente. Esta enemistad no tardó en manifestarse, Lutero y Münzer se combatían en la prensa y desde el púlpito, de igual modo que los ejércitos de los príncipes, caballeros y ciudades, compuestos en su mayoría por fuerzas luteranas o que por lo menos simpatizaban con el luteranismo, dispersaban las bandas de campesinos y plebeyos.

Hasta qué punto divergían los intereses y necesidades de los diferentes elementos que habían aceptado la Reforma lo demuestra, ya antes de la guerra campesina, la intentona de la nobleza que deseaba conseguir sus objetivos frente a los príncipes y los curas.

Ya nos es conocida la posición que ocupaba la nobleza alemana al comienzo del siglo XVI. Estaba a punto de perder su independencia frente a los príncipes de sangre y espirituales, cada día más poderosos. En la misma medida en que decaía, decaía también el poder imperial y el imperio se disolvía en varios principados autónomos. Según pensaba la nobleza, su decadencia iba a coincidir con el hundimiento de los alemanes en tanto que nación. La nobleza, especialmente la nobleza independiente, era la clase que más directamente representaba al imperio y al poder imperial tanto por su oficio militar como por su posición frente a los príncipes. Era la clase de mayor espíritu nacional, la más poderosa en cuanto lo era el imperio, y los príncipes fueran débiles y poco numerosos en un Estado alemán unido. Por esto la indignación de los caballeros ante la lamentable situación política de Alemania y ante la importancia del impuesto frente al extranjero, que se acentuaba en la medida en que la casa imperial incorporaba al imperio una tras otra las provincias que había heredado.

Las intrigas de las potencias extranjeras en el interior de Alemania, los complotos que los príncipes alemanes tramaban contra el poder imperial con ayuda del extranjero, todo esto indignaba grandemente a los caballeros. De ahí que la primera reivindicación de la nobleza tenía forzosamente que ser la reforma del Imperio, sacrificando a los príncipes y alto clero. Esta reivindicación fue formulada por *Ulrico de Hutten*, el representante teórico de la nobleza alemana, en unión de *Francisco Sickingen*, su representante militar y político.

Esta reforma del imperio que se exigía en nombre de la nobleza, Hutten la había formulado de manera muy enérgica y radical. Pedía nada menos que la supresión total de los príncipes, la secularización de todos los principados y bienes eclesiásticos y el establecimiento de una *democracia aristocrática*, poniendo a su cabeza un monarca; es decir, aproximadamente lo que había sido en sus mejores días la desgraciada república polaca. Hutten y Sickingen creían que el gobierno de la nobleza, la clase eminentemente militar, el apartamiento de los príncipes, representantes de la división, el aniquilamiento del poder sacerdotal y la liberación de Alemania del yugo espiritual de Roma devolverían a Alemania su unidad, su libertad y su fuerza.

La democracia de los nobles basada en la servidumbre, tal como existió en Polonia y bajo forma algo modificada, durante los primeros siglos en los reinos conquistados por los germanos, es una de las formas más primitivas de la sociedad, que en el curso normal de la evolución se transforma en jerarquía feudal perfecta que marca una etapa muy superior. Esta democracia aristocrática era pues imposible establecer en la Alemania del siglo XVI. Imposible porque ya existían en Alemania grandes y poderosas

ciudades. Por otra parte, no era posible aquella alianza de la pequeña nobleza con las ciudades, que en Inglaterra logró la transformación de la monarquía feudal jerárquica en monarquía burguesa constitucional. En Alemania subsistía la nobleza antigua, mientras en Inglaterra había sido exterminada en las guerras de las Dos Rosas y sustituida por una nueva nobleza de origen y tendencia burgueses. En Alemania subsistía la servidumbre, las fuentes de ingreso de la nobleza tenían carácter feudal, mientras en Inglaterra estaba casi abolida; la nobleza disfrutaba de la propiedad burguesa del suelo, su fuente de ingreso era la renta burguesa. Finalmente, la centralización de la monarquía absoluta que en Francia existía desde los tiempos de Luis XI acentuándose progresivamente gracias, sobre todo, al antagonismo entre la nobleza y la burguesía, era totalmente imposible en Alemania por no existir las condiciones para la centralización nacional o sólo en germen.

Mientras más se empeñaba Hutten en realizar su ideal más concesiones tenía que hacer y menos contenido podía dar a su reforma del Imperio. Por sí sola no era la nobleza lo suficientemente poderosa para conseguir sus fines, lo demostraba su creciente debilidad frente a los príncipes. Había que conseguir aliados, y los únicos posibles eran las ciudades, los campesinos y los teóricos influyentes de la Reforma. Pero las ciudades conocían a la nobleza lo suficiente para no fiarse de ella y para negarse a todo compromiso. Los campesinos con mucha razón consideraban como su mayor enemigo a la nobleza que los explotaba y maltrataba. Y los grandes teóricos estaban de parte de los burgueses, de los príncipes o de los campesinos. ¿Qué promesa positiva podía hacer la nobleza a los burgueses y campesinos respecto a una reforma del imperio, cuyo principal objeto consistía en mejorar las condiciones de

la propia nobleza? En sus escritos de propaganda Hutten no tuvo más remedio que hacer el silencio sobre todo lo que se refería a las relaciones entre la nobleza, las ciudades y los campesinos, echando la culpa de todos los males a los príncipes, a los curas y la influencia de Roma, tratando de convencer a los burgueses que les beneficiaría permanecer, por lo menos, neutrales en la lucha inminente entre los príncipes y la nobleza. Hutten no habla en absoluto de la abolición de la servidumbre y de los tributos que el campesino debía a la nobleza.

En aquel tiempo la posición de la nobleza alemana frente a los campesinos era idéntica a la de los nobles polacos frente a sus campesinos en las insurrecciones desde el año 1830. Igual que en las recientes insurrecciones polacas, en la Alemania de entonces el movimiento no podía vencer sino por una alianza de todos los partidos de la oposición y sobre todo, de la nobleza con los campesinos. Precisamente esta alianza no se veía precisada a renunciar a sus privilegios políticos, a sus fueros feudales y a su jurisdicción sobre los campesinos; y los campesinos no podían sobre la base de unas perspectivas tan poco seguras, aventurarse a concluir una alianza con la nobleza que era precisamente la más opresora. Lo mismo que en Polonia en 1830, en la Alemania de 1522, la nobleza no podía atraerse a los campesinos. Tan sólo la abolición completa de la servidumbre y del vasallaje y el renunciamiento a todos los privilegios feudales, hubiera hecho posible la unión de la población rural con la nobleza. Pero ésta, como toda clase privilegiada, no tenía el menor deseo de renunciar voluntariamente a sus ventajas, a su superioridad y a la mayor parte de sus ingresos. Es por ello que al comenzar la lucha, los nobles se encontraron solos frente a los príncipes. Era evidente que los príncipes que durante dos siglos había

ganado terreno continuamente, iban a aplastarlos también esta vez con gran facilidad.

El desarrollo de la lucha es conocido. Hutten y Sickingen que ya era el jefe militar y político reconocido de los nobles de la Alemania central, lograron constituir en el año 1522, en Landau, una alianza sexenal de la nobleza de Renania, Suabia y Franconia, para fines de autodefensa, como decían. Con sus propios medios y con la ayuda de los caballeros vecinos, Sickingen concentró un ejército y organizó el reclutamiento en Franconia, a orillas del bajo Rin, en los Países Bajos y en Westfalia, y, en setiembre de 1522, entabló las hostilidades desafiando al elector-arzobispo de Tréveris. Pero, mientras sitiaban esta ciudad, los príncipes intervinieron rápidamente interceptándole sus aprovisionamientos. El landgrave de Hessen y el elector del Palatinado acudieron en auxilio del arzobispo y Sickingen tuvo que refugiarse en su castillo de Landstuhl. A pesar de los esfuerzos de Hutten y de sus demás amigos, los nobles aliados lo abandonaron atemorizados por la acción rápida y eficaz de los príncipes. Sickingen, gravemente herido, entregó Landstuhl, muriendo poco después. Hutten tuvo que huir a Suiza y murió a los pocos meses en la isla de Ufnau, en el lago de Zúrich.

Esta derrota aniquiló el poder de la nobleza como corporación independiente de los príncipes. Desde entonces la nobleza no aparece sino al servicio y bajo la dirección de aquéllos. La guerra de los campesinos que estalló poco después, la obligó todavía más a colocarse bajo la protección de los príncipes y, al mismo tiempo, demostró que la nobleza alemana prefería seguir explotando a los campesinos siendo dependiente, que vencer a los príncipes y curas formando alianza abierta con los campesinos

emancipados.

V

GUERRAS CAMPESINAS EN SUABIA Y FRANCONIA

Desde que Lutero movilizó a todos los elementos de oposición de Alemania con su declaración de guerra contra la jerarquía católica, no hubo año en que los campesinos no reprodujesen sus antiguas reivindicaciones. Desde 1518 hasta 1523 menudearon las insurrecciones locales de los campesinos en la Selva Negra y en la alta Suabia.

A partir de la primavera de 1524, estas sublevaciones adquirieron un carácter sistemático. En abril de este año, los campesinos de la abadía de Marchthal se negaron a prestar los servicios personales y derechos feudales. En el mes de mayo, los campesinos de Saint-Blasier, suspendieron el pago de los tributos feudales. En junio, los campesinos de Steinheim cerca de Memmingen, declararon que no pagarían el diezmo ni los otros tributos. En julio y agosto, se sublevaron los campesinos de Turgovia y fueron pacificadas, en parte, gracias a la mediación de los ciudadanos de Zúrich, y en parte, por la brutalidad de la confederación suiza que mandó ejecutar a varios jefes. Por fin, se produjo una sublevación decisiva en el landgraviato de Stühlingen que puede ser considerada como el verdadero *principio de la guerra de campesinos*.

Del día a la mañana los campesinos de Stühlingen se negaron a prestar sus servicios al landgrave; se concentraron fuertes bandos que conducidos por *Juan Müller, de Bulgenbach*, marcharon a Waldshut, el día 24 de octubre de 1524, donde fundaron una hermandad evangélica en unión de los habitantes de la ciudad. Los ciudadanos no tardaron en

ingresar en la alianza, pues ya se encontraban en conflicto con el gobierno austríaco por la persecución religiosa de que hacía víctima a su predicador *Baltasar Hubmaier*, amigo y discípulo de Tomás Münzer. Seles impuso una contribución de tres *kreuzers* semanales, una suma enorme en aquellos tiempos. Se enviaron emisarios a Alsacia, a orillas del Mosela, a toda la Alta Renania y a Franconia, para hacer ingresar en la alianza a todos los campesinos, proclamándose como principal objetivo la supresión de la dominación feudal, la destrucción de todos los castillos y conventos y la supresión de toda soberanía fuera de la imperial. La bandera de la alianza era la *tricolor alemana*.

La insurrección se extendió rápidamente por toda la parte alta del actual país de Baden. El pánico se apoderó de la nobleza de Suabia, cuyas fuerzas militares se hallaban casi todas ocupadas en Italia, luchando contra Francisco I, de Francia. No le quedó otra salida que la de aplazar la decisión entablando largas negociaciones y procurarse entre tanto el dinero necesario para levantar tropas, aguardando tener la suficiente fuerza para poder castigar a los insolentes campesinos con «el saqueo, el fuego y la sangre». Entonces dio comienzo aquella traición sistemática, la falta continua a la palabra dada, la perfidia consecuente, por la cual los príncipes y la nobleza se distinguieron durante toda la guerra campesina, que fue su arma más eficaz frente a los campesinos descentralizados y de difícil organización. La Liga de Suabia, que agrupaba a los príncipes, a la nobleza y a las ciudades imperiales del suroeste de Alemania intervino, pero sin dar garantías positivas a los campesinos. Éstos siguieron con su movimiento. Del 30 de septiembre a mediados de octubre, Juan Müller atravesó la Selva Negra hasta Urach y Furtwangen, aumentando sus efectivos a 3500 hombres, con los que tomó posiciones cerca de

Eratingen (no lejos de Stühlingen). La nobleza sólo disponía de 1700 hombres y aún éstos se hallaban dispersos. Se vio forzada a negociar una tregua que por fin se concluyó en el campamento de Eratingen. Prometieron a los campesinos la conclusión de un tratado directamente entre ambas partes o por intervención de un árbitro y el examen de sus quejas por el tribunal de Stockach. Después de la promesa, las tropas de los nobles, como las de los campesinos, se dispersaron.

Los campesinos se pusieron de acuerdo sobre 16 artículos cuya sanción iban a pedir al tribunal de Stockach. Eran sumamente moderados. La supresión del derecho de caza, de los servicios personales, de los tributos más abrumadores y de los privilegios señoriales en general, la protección contra las detenciones arbitrarias y contra los tribunales parciales que condenaban a su arbitrio; era todo lo que reclamaron.

Pero, apenas los campesinos habían vuelto a sus hogares, la nobleza exigió el pago de todos los derechos objeto de litigio, hasta que el tribunal se hubiera pronunciado. Como era natural, los campesinos se negaron a efectuarlo remitiéndose al tribunal. El conflicto se reprodujo, los campesinos se reunieron de nuevo, los príncipes y señores concentraron sus tropas. Esta vez el movimiento se extendió a Brisgovia y hasta a una gran parte de Wurtemberg. Las tropas encabezadas por *Jorge Truchsess von Waldburg*, el duque de Alba de la guerra campesina, observaban a los campesinos y derrotaron a algunos grupos aislados que acudían como refuerzos, pero sin arriesgar un ataque de conjunto. Jorge Truchsess negoció con los jefes campesinos logrando se firmase aquí y allá algunos convenios.

A fines de diciembre dieron comienzo las deliberaciones

del tribunal de Stockach. Los campesinos protestaron contra la composición del tribunal, exclusivamente formado por nobles. Como contestación les leyeron el acta de nombramiento imperial. Las deliberaciones se prolongaron, mientras tanto, se armaban la nobleza, los príncipes y las autoridades de la Liga de Suabia. El archiduque Fernando, que además de sus reinos hereditarios de la Austria actual gobernaba a Wurtemberg, la Selva Negra y la Alsacia del Sur, ordenó se procediese con la mayor severidad contra los campesinos rebeldes. Había que capturarlos y matarlos sin piedad, había que prenderlos como fuera, quemando y devastando sus bienes, arrojando del país a sus hijos y mujeres. Ya se ve como los príncipes y señores guardaban la tregua y lo que ellos entendían por mediación amistosa y examen de las quejas. El archiduque Fernando al que la casa Welser de Augsburgo había otorgado un empréstito, se armó a toda prisa. La liga de Suabia decretó nuevos impuestos en dinero y alistamientos de tropas dando muy breves plazos para su cumplimiento.

Todas estas sublevaciones coinciden con la estancia de Tomás Münzer que permaneció cinco meses en el Sur. Aunque no existen pruebas directas de su intervención en el desencadenamiento y la marcha del movimiento, se puede comprobar indirectamente. Los más decididos de los revolucionarios campesinos eran en su mayoría sus discípulos y compartían sus ideas. Se les atribuían los *Doce Artículos*^[9] así como la carta de los campesinos del sur, aunque por cierto no fue él quien redactó los primeros. Cuando ya regresaba a Turingia, hizo público un folleto revolucionario dirigido a los campesinos rebeldes.

Al mismo tiempo el duque Ulrico, expulsado de Wurtemberg desde 1519, estaba intrigando para entrar otra

vez en posesión de su país con ayuda de los campesinos. Desde su expulsión trataba de utilizar el partido revolucionario al que ayudaba continuamente. Se halla su nombre en casi todas las revueltas locales que se produjeron entre 1520 y 1524 en la Selva Negra y en Wurtemberg; ahora se preparaba abiertamente a invadir Wurtemberg desde su castillo de Hohentwiel. Sin embargo los campesinos no hicieron sino aprovecharse de él, nunca tuvo influencia alguna sobre ellos y aún menos su confianza.

Así pasó el invierno sin que se registrasen hechos decisivos. Las tropas de los príncipes se escondieron y la sublevación de los campesinos ganó mayor extensión. En enero de 1525, el país entero, desde el Rin hasta el Danubio y el Lech estaba en plena efervescencia y en febrero se desencadenó la tormenta.

Mientras las *bandas de la Selva Negra y del Hégau*, capitaneadas por Juan Müller de Bulgenbach, conspiraban con Ulrico de Wurtemberg, participando algunas en su fracasada expedición contra Stuttgart (en febrero y marzo de 1525), los campesinos del Ried, cerca de Ulm, se sublevaron el 9 de febrero y se reunieron cerca de Baltringen en un campamento rodeado de terrenos pantanosos, izaron la *bandera roja* y formaron la columna de Baltringen, conducida por Ulrico Schmid, que tenía 10 a 12 000 hombres.

El día 25 de febrero, el destacamento del alto Allgäu, de 7000 hombres, se concentró al lado del monte Schusser, con motivo del rumor de que las tropas marchaban contra los descontentos que también allí se habían manifestado. El 26 se reunieron los ciudadanos de Kempten, que durante todo el invierno habían peleado con su arzobispo y se unieron a los rebeldes. Las ciudades de Memmingen y Kaufbeuren se

agregaron al movimiento bajo ciertas condiciones. Por primera vez se manifestó lo ambiguo de la posición que las ciudades ocupaban en esta lucha, El 7 de marzo fueron aprobados los «Doce Artículos de Memmingen», vigentes para todos los campesinos del Alto Allgäu.

En base a las demandas de los campesinos del Allgäu, se formó en Boden el *destacamento del Lago* bajo la dirección de Eitel Hans. También este destacamento se fortaleció rápidamente; tenía su cuartel general en Bermatingen.

Asimismo en los primeros días de marzo se levantaron los campesinos del bajo Allgäu, en la región de Ochsenhausen y Schellenberg, en Zeil y Waldburg, que formaban los dominios de Jorge Truchsess. Este destacamento del Bajo *Allgäu* que contaba con 7000 hombres, acampaba cerca de Wurzbach.

Los cuatro destacamentos aceptaron los artículos de Memmingen que, además de ser mucho más moderados que los del Hégau, denotaban una sorprendente falta de energía en todo lo que se refería al comportamiento de las bandas campesinas frente a la nobleza y a los gobiernos. La decisión y la energía cuando no faltaron por completo no aparecieron sino en pleno transcurso de la guerra, cuando los campesinos ya habían adquirido suficiente experiencia en cuanto a la actuación de sus enemigos.

Al mismo tiempo que se constituían estos destacamentos, se formó el sexto a orillas del Danubio. Todos los campesinos de la región, de Ulm y Donauwörth, de los valles del Iller, Roth y Biber, se congregaron en Leipheim, donde establecieron su campamento. De quince pueblos habían venido todos los hombres capaces de llevar armas, otros 117 habían enviado sus contingentes. Jefe del *destacamento de Leipheim* era Ulrico Schön, actuando como

predicador el cura de Leipheim, Jacobo Wehe.

A principios del mes de marzo, había en los seis campamentos de 30 a 40 000 campesinos armados, procedentes de la alta Suabia. Los destacamentos se componían de elementos muy diversos. En todas partes el partido revolucionario de Münzer era la minoría. Sin embargo, constituía el eje y el principal sostén de las bandas de campesinos. La gran masa estaba siempre dispuesta a aceptar compromisos con los señores, con tal de que les hicieran aquellas concesiones que esperaban obtener por coacción al adoptar su actitud amenazante. Al prolongarse la lucha y cuando se aproximaban los ejércitos de los príncipes, los campesinos estaban hartos de guerra y la mayor parte de los que aún tenían algo que perder se volvieron a su casa. Grandes masas de vagabundos se habían agregado a los destacamentos; su presencia hacía difícil el mantenimiento de la disciplina y sus frecuentes deserciones desmoralizaban a los campesinos. Así se explica que, al principio, los campesinos no saliesen de su actitud puramente defensiva, la desmoralización cundía entre ellos que, aun prescindiendo de su insuficiente táctica y de la escasez de buenos jefes, no hubieran podido estar a la altura de los ejércitos de los príncipes.

Aún antes de haberse concentrado los destacamentos, el duque Ulrico desde el Hohentwiel invadió Wurtemberg con tropas mercenarias y algunos campesinos del Hégau. La Liga de Suabia habría sido derrotada si del otro lado los campesinos hubiesen atacado a las tropas de Truchsess. Pero con la actitud puramente defensiva de las bandas campesinas, Truchsess logró concluir rápidamente un armisticio con los campesinos de Baltringen, del Allgäu y del Lago, entablando negociaciones y prometiendo someter el

litigio a los tribunales, y fijar el domingo 2 de abril, para la solución definitiva. Mientras tanto, pudo ocupar Stuttgart, marchar contra el duque Ulrico y obligarlo a abandonar de nuevo el territorio de Wurtemberg, el día 17 de marzo. Luego se volvió contra los campesinos, pero los mercenarios de su propio ejército se insubordinaron, negándose a marchar contra ellos. Por fin, consiguió pacificar a los amotinados y trasladarse a Ulm, donde se concentraron nuevos refuerzos, no sin haber establecido un puesto de observación cerca de Kirchheim-Teck.

La Liga de Suabia, que por fin tenía las manos libres después de concentrar las primeras tropas, se quitó la careta declarando estar decidida a «resistir por las armas y con la ayuda de Dios a los intentos arbitrarios de los campesinos».

Mientras tanto, los campesinos observaban escrupulosamente el armisticio. Para la sesión del tribunal anunciada para el domingo de *Pasión*, habían redactado los famosos *Doce Artículos* que contenían sus reivindicaciones. Pedían la libre elección y destitución de los sacerdotes por la comunidad, la supresión del pequeño diezmo y la utilización del gran diezmo para fines públicos, después de pagados los haberes de los curas; además pedían la restricción de los servicios personales, tributos e hipotecas, la restitución de los montes comunales y particulares ocupados arbitrariamente, el restablecimiento de sus privilegios suprimidos y el cese de las arbitrariedades de la justicia y administración. Se ve que en los campesinos prevalecía el criterio conciliador del partido moderado.

El partido revolucionario ya había establecido su programa en la *Carta-artículos*. En esta carta abierta, dirigida a todos los campesinos los invitaba a «ingresar en la asociación y hermandad cristiana», para acabar con todas

las opresiones sea por las buenas, lo que no parece posible, sea por la violencia y, al mismo tiempo, amenazaba a los recalcitrantes con la *excomuni3n secular*, es decir, con excluirlos de la sociedad y de todo trato con los miembros de la uni3n. Tambi3n haba que incluir todos los castillos, conventos y fundaciones religiosas en la excomuni3n secular, en caso, que los nobles, curas y frailes no las abandonaran voluntariamente, para vivir en casas ordinarias como los otros hombres, ingresando en la uni3n cristiana. Este manifiesto tan radical, redactado seguramente *antes* de la insurrecci3n que estall3 en la primavera de 1525, trata, sobre todo, de la revoluci3n, del aniquilamiento de las clases hasta entonces dominantes; la excomuni3n secular marca a los opresores y traidores a los que hay que matar, los castillos que han de ser quemados, los conventos y fundaciones que se han de confiscar y cuyos tesoros deben ser vendidos.

Pero, antes de que los campesinos pudiesen someter sus Doce Art3culos a los 3rbitros, recibieron la noticia de la traici3n de la Liga de Suabia y de la pr3xima llegada de las tropas. Sin tardar tomaron sus medidas. En Geisbeuren celebraron una asamblea general los campesinos del Allgäu, de Baltringen y del Lago. Los cuatro destacamentos se entremezclaron organizándose cuatro columnas nuevas y se acord3 la incautaci3n de los bienes eclesi3sticos, la venta de las joyas en beneficio de la caja militar de la asociaci3n y la quema de los castillos. As3 se impuso al lado de los Doce Art3culos, la *Carta-art3culos*, como regla de conducta de los beligerantes y el domingo de *Pasi3n*, el d3a en que se iba a firmar la paz, fue la fecha de la *sublevaci3n general*.

La excitaci3n creciente, los incesantes conflictos locales entre los campesinos y la nobleza, las noticias de la

insurrección en la Selva Negra que crecía continuamente, extendiéndose hasta el Danubio y el Lech, bastan ampliamente para explicar la rapidez con que se sucedieron las sublevaciones campesinas en las dos terceras partes de Alemania. Pero la simultaneidad de todas estas sublevaciones parciales es prueba de que a la cabeza de los movimientos se hallaban personas que lo habían organizado por medio de emisarios anabaptistas u otros. En los últimos días de marzo se produjeron disturbios en Wurtemberg, a orillas del Neckar inferior, en el Odenwald y en la Franconia Media, pero ya antes se había fijado en todas partes la fecha el domingo del 2 de abril, para llevar a cabo el levantamiento general y el golpe decisivo; la insurrección de las masas se produjo en la primera semana de abril. El día 1.º de este mes, los campesinos del Allgäu, Hégau y los del Lago tocaron las campanas a rebato convocando asambleas de masa y llamando al campamento a todos los hombres capaces de llevar armas, al mismo tiempo que los de Baltringen comenzaron las hostilidades contra los castillos y conventos.

En Franconia, donde el movimiento se agrupaba alrededor de seis centros, la insurrección estalló unánimemente en los primeros días de abril. Cerca de *Nördlingen* los campesinos constituyeron dos campamentos; con su ayuda triunfó en la ciudad el partido revolucionario, cuyo jefe era *Antonio Former* que fue nombrado alcalde y Nördlingen pasó al lado de los campesinos. En el territorio de Anspach, los campesinos se sublevaron entre los días 1 y 7 de abril, desde allí la insurrección se extendió a Babiera. Cerca de *Rottenburg* los campesinos estaban en armas desde el 22 de marzo; en la ciudad de Rottenburg los pequeños burgueses y plebeyos acaudillados por *Esteban de Menzingen*, derribaron al gobierno de los honorables el 27 de marzo.

Pero, como las prestaciones de los campesinos constituían el principal ingreso de la ciudad, el nuevo gobierno, a su vez, adoptó frente a ellos una actitud vacilante y ambigua. En el obispado de Wurtzbourg todos los campesinos y las pequeñas ciudades se sublevaron al principio del mes y, en el obispado de Bamberg, la insurrección general fue tan potente que a los cinco días el obispo se vio obligado a transigir. Y en el Norte, en la frontera de Turingia se formó el gran campamento de *Bildhauser*.

En el *Odenwald*, donde el aristócrata, ex canciller de los Condes de Hohenlohe, *Wendel Hipler* y el tabernero de Ballenberg, cerca de Krautheim, *Jorge Metzler*, se habían puesto a la cabeza del partido revolucionario, el movimiento comenzó el 26 de marzo. De todas partes los campesinos afluyeron a orillas del Tauber, a ellos se unieron 2000 hombres que procedían del campamento de Rottenburg. Jorge Metzler asumió el mando y, el 4 de abril, después de llegar los refuerzos, marchó al monasterio de Schöntal donde se le unieron los campesinos del *Neckar*. Su jefe era *Jäcklein Rohrbach*, tabernero de Böeckingen, cerca de Heilbronn. El domingo de Pasión habían proclamado la insurrección en Fleim, Sontheim, etc., mientras Wendel Hipler con algunos conjurados tomaba por sorpresa la aldea de Oehringen, arrastrando al movimiento a los campesinos de la región. En Schöntal, ambas columnas, reunidas en el *destacamento blanco*, aceptaron los Doce Artículos, organizando expediciones contra los castillos y conventos. El destacamento blanco tenía 8000 hombres y disponía de cañones y de 3000 arcabuces. Florián Geyer, un caballero de Franconia se agregó y formó la «cuadrilla negra», cuerpo de élite que se reclutaba, sobre todo, entre las milicias de Rottenburg y Oehringen.

El conde Luis de Helfenstein, gobernador de Neckarsulm, comenzó la lucha. Mandó pasar por las armas a todos los campesinos que cayeron en sus manos. El destacamento blanco marchó contra él. Estas matanzas, como también la noticia de haber sido derrotados los de Leipheim y la ejecución de Jacobo Wehe, víctima de las numerosas crueldades de Truchsess, exacerbó a los campesinos. El conde de Helfenstein se había hecho fuerte en Weinsberg y allí fue atacado. Florián Geyer asaltó el castillo, la ciudad fue ocupada tras larga lucha y el conde Luis, con varios caballeros, fue hecho prisionero. Al día siguiente, 17 de abril, Jäcklein Rohrbach y los más decididos de entre sus hombres juzgaron a los prisioneros, y el conde y catorce de los suyos fueron sentenciados a ser «pasados por las baquetas», la muerte más ignominiosa que se les podía dar. La toma de Weinsberg y la venganza terrorista de Jäcklein sobre el conde ejercieron el debido efecto sobre la nobleza. Los condes de Löwenstein ingresaron en la unión campesina y los de Hohenlohe que ya lo habían hecho, pero sin prestar los auxilios prometidos, enviaron inmediatamente la artillería y la pólvora exigida.

Los cabecillas campesinos deliberaron sobre la oportunidad de nombrar jefe a Göetz de Berlichingen que podía ganar el apoyo de la nobleza. La proposición fue adoptada. Pero Florián Geyer, que veía en este estado de ánimo de los jefes y campesinos el comienzo de la reacción, se separó del destacamento y con su «cuadrilla negra» corrió por la región del Neckar y luego por la de Wurtzbourg quemando todos los castillos y destruyendo los nidos de los frailes.

El resto del destacamento marchó hacia Heilbronn. En esta poderosa ciudad libre, existía, como en todas partes,

frente a los honorables, una oposición burguesa y otra revolucionaria. En cumplimiento de un acuerdo secreto con los campesinos, esta última abrió en medio del tumulto las puertas de la ciudad a J. Metzler y Jäcklein Rohrbach. Los jefes campesinos la ocuparon con sus hombres y la hicieron miembro de la hermandad que les pagó 1200 florines en dinero y puso a su disposición una compañía de voluntarios.

Sólo saquearon las propiedades del clero y las de la orden teutónica. El día 22, los campesinos se marcharon otra vez dejando una pequeña guarnición. Heilbronn iba a ser el centro de los diferentes destacamentos que enviaron sus delegados para deliberar sobre la acción y las reivindicaciones comunes de los campesinos. Pero la oposición burguesa, que desde la entrada de los campesinos se había aliado con los honorables, predominaba otra vez en la ciudad, impidiendo se tomasen medidas enérgicas y aguardando la llegada de los ejércitos monárquicos para traicionar definitivamente a los campesinos.

Los campesinos se acercaron al Odenwald. El 24 de abril, Göetz de Berlichingen que, pocos días antes, se había ofrecido al elector del Palatinado y luego a los campesinos para volver a ofrecerse al elector, tuvo que ingresar en la hermandad evangélica y asumir el mando del «destacamento *blanco*» (en oposición al *negro* de Florián Geyer). Pero al mismo tiempo era prisionero de los campesinos que desconfiaban de él, lo vigilaban y no le dejaban tomar decisiones sin la previa autorización de los cabecillas. Pasando por Buchen, Göetz y Metzler marcharon a Amorbach, donde permanecieron del 30 de abril hasta el 5 de mayo, propagando la insurrección por toda la región de Maguncia. Obligaron a la nobleza a seguir el movimiento, con lo cual salvaron sus castillos.

Únicamente los conventos fueron saqueados y quemados. El destacamento se había desmoralizado progresivamente. Los elementos más enérgicos se habían marchado con Florián Geyer o con Jäcklein Rohrbach, que también se había separado después de la toma de Heibronn, probablemente porque el juzgador del conde de Helfenstein no podía ya formar parte de un destacamento que quería llegar a un acuerdo con la nobleza. Este afán de reconciliarse con la nobleza era ya en sí una prueba de desmoralización.

Poco después, Wendel Hipler propuso una reorganización muy conveniente: había que alistar a los mercenarios que se ofrecían diariamente y renunciar a renovar los efectivos, como se venía haciendo hasta entonces, reclutando nuevos contingentes todos los meses y licenciando los antiguos. Al contrario, había que guardar los hombres bastante expertos que ya estaban haciendo su servicio. Pero la asamblea comunal desechó ambas proposiciones. Los campesinos envanecidos por los éxitos, consideraban la guerra como una mera expedición de pillaje y la competencia de los mercenarios no era como para agradarles, en cambio, querían reservarse el derecho de volver a casa cuando se hubieran llenado los bolsillos. En Amorbach, el alcalde de Heilbronn, Juan Berlín, llegó incluso a hacer aprobar por los cabecillas y consejeros del destacamento la llamada «declaración de los Doce Artículos», un documento en el cual se habían suavizado hasta las últimas asperezas de los Doce Artículos de los campesinos, atribuyendo a éstos un lenguaje de humilde súplica. Pero, esta vez, la cosa fue demasiado lejos, en medio de un gran escándalo los campesinos desearon la declaración, conservando sus primitivos artículos.

Mientras tanto, se había producido un cambio decisivo

en el obispado de Wurtzbourg.

El obispo, que después de la primera insurrección de los campesinos, a principios de abril, se había encerrado en su fortaleza de Frauenberg, cerca de Wurtzbourg, pedía auxilio, aunque en balde, a todos sus vecinos. Por fin, se había visto forzado a transigir momentáneamente. El 2 de mayo, se reunió la Dieta, en la que tenían representación los campesinos; pero, antes de llegar a ningún acuerdo, se interceptaron algunas cartas que revelaron los manejos y la traición episcopal. La Dieta se disolvió inmediatamente y se entabló la lucha entre las ciudades sublevadas, los campesinos y la gente del obispo. El 5 de mayo, el obispo huyó a Heidelberg; al día siguiente, Florián Geyer con el «destacamento negro» llegó a Wurtzbourg, y con él el *destacamento de Franconia venido del Tauber*, formado por los campesinos de Mergentheim, Rottenburg y Anspach. El día 7, llegó Göetz de Berlichingen, con el «destacamento blanco»; en seguida empezó el sitio de Frauenberg.

Desde fines de marzo y comienzos de abril se había formado otro destacamento en la región de Limpurg. Ellwangen y Hall, el de Gaildorf, o *destacamento blanco, común*. Se inició con gran violencia, sublevando la región entera y quemando muchos conventos y castillos, entre ellos el castillo de Hohenstaufen. Obligó a todos los campesinos a unirse y forzó a todos los nobles a ingresar en la hermandad cristiana.

A principios de mayo, hizo una incursión en Wurtemberg, siendo rechazado. Entonces, como en 1848, el particularismo de los pequeños estados de Alemania no permitía una acción coordinada de revolucionarios que pertenecían a diferentes estados. Limitados a un territorio reducido, los campesinos de Gaildorf tuvieron forzosamente

que disgregarse, una vez vencidos todos los obstáculos en este territorio. Se pusieron de acuerdo con la ciudad de Gmünd y se dispersaron, dejando tan sólo 500 hombres armados.

A fines de abril se habían formado bandas de campesinos en el Palatinado, a ambas orillas del Rin. Destruyeron muchos castillos y conventos; el 1.º de mayo tomaron Neustadt del Hardt; los de Buchrain, que habían atravesado el Rin, habían ya impuesto un tratado a la ciudad de Espira. Con las escasas tropas del elector, el mariscal de Saverna no pudo nada contra ellos y, el 10 de mayo, el elector tuvo que firmar un tratado con los insurgentes, en el cual les prometía que la Dieta acabaría con los motivos de sus quejas.

En algunas regiones de Wurtemberg, la insurrección había estallado muy pronto. En febrero, los campesinos de los Alpes de Urach, habían formado una alianza contra los curas y grandes señores; a fines de marzo se sublevaron los campesinos de Blaubeuren, Urach, Münsingen, Balingen y Rosenfeld. Los campesinos de Gaildorf invadieron el territorio de Wurtemberg, cerca de Göppingen, Jäcklein Rohrbach, Brackenheim, y los restos del destacamento de Leipheim, derrotados por los ejércitos de los príncipes de Pfullingen, penetraron en territorio wurtemburgués, sublevando a la población campesina. En otras regiones se produjeron también serios disturbios. El 5 de abril, Pfullingen tuvo que capitular ante los campesinos. El gobierno del archiduque austríaco estaba en situación muy comprometida. Carecía en absoluto de dinero y sus tropas eran escasas. Las ciudades y aldeas se hallaban en condiciones malísimas, no tenían guarnición ni municiones. La misma fortaleza de Asperg estaba casi sin defensa.

El intento del gobierno de movilizar los contingentes de las ciudades contra los campesinos fue la causa de su derrota momentánea. El 16 de abril, el contingente de Bottwar se negó a salir y, en vez de ir a Stuttgart, marchó al monte Wunnenstein, cerca de Bottwar, donde formó el núcleo de un campamento de campesinos y ciudadanos que creció rápidamente. El mismo día estalló la sublevación del Zabergau. El monasterio de Maulbronn fue saqueado y un gran número de conventos y castillos quedaron totalmente destrozados. Los campesinos del Zabergau recibieron refuerzos del pueblo cercano de Bruchrain.

A la cabeza de las bandas del Wunnenstein se puso *Matern Feuerbacher*, concejal de Bottwar, uno de los jefes de la oposición burguesa que estaba lo suficientemente comprometido como para verse obligado a ir con los campesinos. Sin embargo, nunca depuso su actitud sumamente moderada, impidiendo la aplicación de la «Carta-artículos», en lo que se refería a los castillos, y buscando siempre la conciliación de los campesinos con la burguesía moderada. Impidió la unión de los campesinos de Wurtemberg con el destacamento blanco; y más tarde decidió a los de Gaildorf a que abandonasen el territorio. El día 19 de abril fue destituido por sus tendencias burguesas; pero al día siguiente volvieron a nombrarle capitán. Era insustituible, y el mismo Jäcklein Rohrbach, cuando el día 22, con 2000 hombres decididos, se unió a los de Wurtemberg, no tuvo más remedio que dejarlo en su puesto, limitándose a vigilar estrechamente su actuación.

El 18 de abril, el gobierno intentó negociar con los campesinos del Wunnenstein. Los campesinos insistieron en hacerle aceptar los Doce Artículos, pero esto no lo podían consentir los delegados. El destacamento se puso en marcha.

El día 20, llegó a Laufen, donde rechazó por última vez las proposiciones del gobierno. El 22, los 6000 hombres habían llegado a Bietingheim, amenazando a Stuttgart. Casi todos los concejales que constituían el ayuntamiento de esta ciudad habían huido, siendo sustituidos por una comisión de ciudadanos. Entre éstos existían las divergencias de siempre entre los honorables, la oposición burguesa y los plebeyos revolucionarios. El 25 de abril, estos últimos abrieron las puertas de Stuttgart, que fue inmediatamente ocupado por los campesinos. Allí se llevó a cabo la organización *del destacamento blanco cristiano*, que fue el nombre que tomaron los campesinos, y se fijaron, de manera efectiva, las reglas para la paga de los combatientes y el reparto del botín y del rancho. También se incorporó una compañía de ciudadanos, compuesta por vecinos de Stuttgart, mandados por Theus Gerber.

El 29 de abril, Feuerbacher marchó con todo el destacamento contra los campesinos de Gaildorf, que habían penetrado por Wurtemberg a Schorndorf, hizo ingresar en sus huestes a todos los habitantes de la región y, así, obligó a la gente de Gaildorf a retirarse. De este modo impidió que los elementos revolucionarios de su destacamento, acaudillados por Rohrbach, se reforzasen por la incorporación de los peligrosos extremistas de Gaildorf. Habiendo recibido noticias que anunciaban la llegada de Truchsess, Feuerbacher marchó contra él, y el día 1.º de mayo acampa en Kirchheim del Teck.

Acabamos de referir el origen y el desarrollo de la sublevación en la parte de Alemania que debemos considerar como el terreno de acción del primer grupo de las bandas campesinas. Antes de pasar a los demás grupos (Turingia, Hessen, Alsacia, Austria y los Alpes), tendremos

que decir algo sobre la campaña de Truchsess, que al principio logró aplastar a este primer grupo de insurgentes, con sus propios medios y luego con el apoyo de varios príncipes y ciudades.

No nos hemos vuelto a ocupar de Truchsess, desde que llegó a Ulm, a fines de marzo, dejando en Kirchheim un puesto de observación, al mando de Dietrich Spät. Las tropas de Truchsess, después de haber recibido en Ulm los refuerzos enviados por la Liga Suaba, consistentes en poco menos de 10 000 hombres, entre los que se contaban 7200 de infantería, formaban el único ejército disponible para atacar a los campesinos. Los refuerzos llegaron muy lentamente a Ulm, sea por las dificultades con que tropezaba el reclutamiento en los países sublevados, sea por la falta de dinero de los gobiernos y porque en todas partes las escasas tropas que había eran absolutamente indispensables para guarnecer fortalezas y castillos. Ya sabemos cuán escasas eran las tropas de que disponían aquellos príncipes y ciudades que no pertenecían a la Liga Suaba. Todo dependía, pues, de las victorias que Jorge Truchsess alcanzara con su ejército.

Truchsess se volvió, primero, contra el *destacamento de Baltringen*, que, entretanto, había empezado a destruir castillos y conventos en las cercanías del Ried. Al acercarse las tropas de la Liga, los campesinos se retiraron al interior del Ried; pero, viéndose envueltos, tuvieron que abandonar los pantanos, pasaron el Danubio y se hicieron fuertes en los barrancos y selvas de la montaña suaba. Allí estaban a salvo de la artillería y caballería, que constituían la fuerza principal del ejército de la liga, y Truchsess cesó de perseguirles. Marchó contra los de Leipheim, que tenían 4000 hombres en el valle del Mindel y otros 6000 en

Illertissen, sublevando la región entera, destruyendo castillos y conventos y preparando sus tres columnas para emprender la marcha sobre Ulm. Parece que también allí existía cierta desmoralización entre los campesinos que disminuía el valor guerrero del destacamento, porque, desde los primeros momentos, hacia el 1.º de abril, Jacobo Wehe quiso entrar en negociaciones con Truchsess. Pero ahora éste no le hizo caso, ya que contaba con la suficiente fuerza militar y el 4 de abril atacó la columna principal, cerca de Leipheim, dispersándola completamente, Jacobo Wehe, Ulrico Schön y otros dos cabecillas fueron capturados y decapitados. La plaza de Leipheim se rindió y, después de dar algunas batidas por la región, quedó sometido todo el distrito.

Una nueva rebelión de sus mercenarios, que exigían mayor botín y el pago de un suplemento, detuvo a Truchsess hasta el 10 de abril. Luego volvió hacia el sudoeste, contra los campesinos de *Baltringen*, que, entretanto, habían invadido sus señoríos de Waldburg, Zeil y Wolfegg, sitiando sus castillos. Otra vez encontró a los campesinos divididos, y el 11 y 12 de abril, los venció separadamente en varios combates, dispersando también este destacamento. El resto, bajo el mando del cura Florián, se replegó hacia el Lago de Constanza.

Entretanto, el destacamento del. Lago había dado numerosas batidas y había hecho ingresar en la hermandad a las ciudades de Buchhom (hoy Friedrichshafen) y Wollmantingen. El 14 se celebró un gran consejo de guerra en el monasterio de Salem, acordando salir al encuentro de Truchsess. Inmediatamente se tocaron las campanas a rebato y 10 000 hombres, a los que luego se incorporaron los vencidos de Baltringen, se reunieron en el campamento

de Bermatingen. El 15 de abril, sostuvieron un combate favorable contra Truchsess, que aún no quería exponer su ejército en una batalla decisiva, porque, además, se había enterado de que, a su vez, se acercaban los del Hégau y del Allgäu. Por ello, el 17 de abril, firmó con los campesinos del Lago y de Baltringen el convenio de Weingarten, que encontraron ventajoso y que aceptaron sin vacilar. Además, consiguió de los delegados del alto y bajo Allgäu que aceptasen también el convenio, marchando luego a Wurtemberg.

Su astucia lo salvó de la catástrofe segura. Si no hubiese sabido engañar a estos campesinos débiles, cortos de entendimiento y en su mayoría ya desmoralizados, y a sus jefes incapaces, miedosos y corruptibles, él y su pequeño ejército se hubieran visto encerrados e irremediabilmente perdidos en medio de Cuatro columnas que, por lo menos, sumaban de 25 000 a 30 000 hombres. Pero, la poca inteligencia de sus enemigos, esto es, fatalmente, el defecto de las masas campesinas, le hizo posible deshacerse de ellos en el momento preciso en que hubiesen podido acabar con la guerra de un solo golpe, por lo menos en Suabia y Franconia. Los campesinos del Lago mostraron tal empeño en cumplir este convenio, que naturalmente resultó ser un engaño, que llegaron, incluso, a tomar las armas contra sus propios aliados del Hégau. Los campesinos del Allgäu, cuando supieron la traición de sus jefes, se declararon en contra del convenio; pero, entretanto, Truchsess se había salvado del peligro.

Los campesinos del Hégau, que no estaban incluidos en el convenio de Weingarten dieron, poco después, otra prueba de este particularismo estrecho, de este provincialismo testarudo que acabó por hundir todo el

movimiento. Cuando Truchsess se había marchado a Wurtemberg sin que hubiesen dado resultado las negociaciones con los del Hégau, éstos se fueron tras él, permaneciendo siempre a su retaguardia; pero no se les ocurrió unirse con el destacamento blanco cristiano de Wurtemberg, por la sencilla razón de que los de Wurtemberg, y los del valle de Neckar también se habían negado a auxiliarlos en cierta ocasión. Por eso, cuando Truchsess se había alejado lo suficiente, volvieron tranquilamente y marcharon a Friburgo.

Al entrar Matern Feuerbacher con los campesinos de Wurtemberg en Kirchheim, del Teck, el cuerpo de observación que Truchsess había dejado se retiró a Urach. Después de intentar la ocupación de Urach, Feuerbacher se dirigió a Nürtingen, pidiendo auxilio a todos los insurgentes de la región para dar la batalla decisiva. Realmente, llegaron grandes refuerzos, tanto del bajo Wurtemberg como del Gäu. Todos los campesinos del Gäu, agrupados en derredor de los restos de los de Leipheim, que se habían retirado a la parte occidental de Wurtemberg, propagando la insurrección en los valles del alto Neckar y Nagold hasta Böetlingen y Leonberg, acudieron en dos fuertes columnas y el 5 de mayo, se unieron a Feuerbacher en Nürtingen. Encontraron a Truchsess cerca de Böetlingen. Su número, su posición y la artillería de que disponían sorprendió a Truchsess. Según su método acostumbrado, no tardó en iniciar las negociaciones, llegando a un armisticio con los campesinos. En cuanto los campesinos se sintieron seguros, Truchsess los atacó por sorpresa el 12 de mayo, en *plena tregua*, obligándoles a dar la batalla decisiva. Los campesinos opusieron una resistencia desesperada hasta que, por fin la ciudad de Böetlingen cayó en manos de Truchsess por la traición de los ciudadanos. Así, el ala izquierda de los

campesinos se halló privada de su punto de apoyo y se vio deshecho y cercado. La batalla estaba decidida. El desorden cundió entre los campesinos poco acostumbrados a la disciplina y pronto huyeron a la desbandada; los que no fueron muertos o apresados por los jinetes de la Liga, tiraron las armas apresurándose a regresar a sus pueblos. El destacamento blanco cristiano y con él la insurrección de Wurtemberg estaban totalmente deshechos. Theus Gerber logró huir a Esslingen, Feuerbacher huyó a Suiza, Jäcklein Rohrbach fue hecho prisionero, encadenado y llevado a Neckargartach, donde Truchsess lo mandó atar a un palo, amontonando leña a su alrededor, siendo asado vivo a fuego lento, mientras él banqueteara con sus caballeros gozando de tan noble espectáculo.

Desde Neckargartach, Truchsess hizo una incursión en el Kraichgau para apoyar las operaciones que estaba realizando el elector del Palatinado. Al recibir éste la noticia de los éxitos de Truchsess, rompió la tregua con los campesinos y atacó el Bruchrain el 23 de mayo, tomando y quemando Molsch tras una resistencia encarnizada y, después de saquear varias aldeas, ocupó Bruchsal. Al mismo tiempo, Truchsess atacó a Eppingen, capturando a Antonio Eisenhut, jefe local del movimiento, al que el elector mandó ejecutar inmediatamente en compañía de otros doce cabecillas. De este modo, sometió el Bruchrain y el Kraichgau, que tuvieron que pagar cerca de 40 000 florines de indemnización. Los dos ejércitos, el de Truchsess que, como consecuencia de las batallas últimas, se hallaba reducido a 6000 hombres y el del elector, que tenía 6500, se unieron para marchar contra los campesinos del Odenwald.

La noticia de la derrota de Bötlingen llenó de terror a los insurgentes. Las ciudades libres, que habían caído en las

duras manos de los campesinos, respiraron por primera vez. Heilbronn dio el primer paso hacia la reconciliación con la Liga Suaba. En Heilbronn se hallaba la cancillería de los campesinos y se reunían los delegados de los diferentes destacamentos para deliberar sobre las proposiciones que en nombre de todos los campesinos insurgentes iban a dirigir al emperador y al imperio. De estas negociaciones, que tenían por fin crear un derecho común vigente en toda Alemania, resaltó una vez más que ni la campesina ni ninguna otra clase estaban lo suficientemente desarrolladas para reorganizar la vida de la nación entera según sus intereses. Desde el primer instante se vio que para estos fines era imprescindible ganar a la nobleza y, sobre todo, a la burguesía. La dirección de las negociaciones vino a parar a manos de Wendel Hipler. De todos los jefes del movimiento, fue Wendel Hipler quien mejor se dio cuenta de la situación. No era un revolucionario de grandes ideas como Münzer, ni un representante de los campesinos como Metzler o Rohrbach. Su gran experiencia, su conocimiento práctico de las relaciones entre las diferentes clases, le impedía representar exclusivamente a una sola clase en contra de las demás que participaban en el movimiento. Lo mismo que Münzer, que representaba a una clase que se hallaba totalmente al margen de la sociedad oficial, es decir, a los gérmenes del proletariado, presintió el comunismo; así, Wendel Hipler, como representante del conjunto de todos los elementos progresivos de la nación, llegó a sentir la *sociedad burguesa moderna*. Aunque los principios que defendía y las reivindicaciones que formulaba no eran realizables inmediatamente, eran, sin embargo, el resultado algo idealizado pero necesario, de la disolución en que se hallaba la sociedad feudal; y cuando los campesinos se pusieron a elaborar proyectos de leyes para todo el imperio, tuvieron

que tenerlo en cuenta. Así, pues, la centralización que exigían los campesinos adquirió en Heilbronn, una forma más positiva, pero completamente opuesta al concepto que de ella tenían aquéllos. Así, por ejemplo, se propuso la unificación de monedas, de pesas y medidas, es decir, que se formularon reivindicaciones de acuerdo con los intereses de la burguesía de las ciudades, mucho más que en el interés de los campesinos.

A la nobleza se le hicieron concesiones que se parecen mucho a las actuales leyes de amortización y cuya finalidad era la transformación de la propiedad feudal en la propiedad burguesa del suelo. En el momento, pues, en que las reivindicaciones de los campesinos se resumieron en una «reforma del Imperio», se tuvieron que subordinar no a las reivindicaciones momentáneas de los burgueses, pero sí a sus intereses definitivos.

Mientras en Heilbronn aún duraba la discusión sobre estas reformas, Juan Berlín, el autor de la *Declaración de los Doce Artículos*, salió a recibir a Truchsess y a negociar en nombre de los honorables ciudadanos la rendición de la ciudad. Los movimientos reaccionarios que se produjeron en la ciudad facilitaron la traición y Wendel Hipler tuvo que huir con los campesinos. Marchó a Weinsberg, donde trató de reunir los restos de los campesinos de Wurtemberg y los escasos efectivos móviles de Gaildorf. Pero de allí también tuvo que salir al acercarse Truchsess y el elector del Palatinado, dirigiéndose a Wurtzbourg para intentar movilizar el destacamento blanco. Entre tanto, las tropas del elector y las de la Liga sometieron toda la región del Neckar, obligaron a los campesinos a prestar de nuevo el juramento de fidelidad y quemaron muchas aldeas, degollando y ahorcando a todos los campesinos fugitivos que cayeron

entre sus manos. La ciudad de Weinsberg fue quemada para vengar la muerte del conde Helfenstein.

Mientras tanto, los destacamentos reunidos cerca de Wurtzbourg, sitiaban el Frauenberg, el 15 de mayo, aún antes de abrir brecha, intentaron con gran valentía asaltar la fortaleza, pero fue inútil, 400 hombres, de los más valientes que en su mayoría pertenecían al destacamento de Florián Geyer, cayeron muertos o heridos en los fosos. Dos días después, llegó Wendel Hipler y reunió un consejo de guerra. Propuso no dejar más que 4000 hombres para sitiar el Frauenberg y llevar el grueso del ejército, que comprendía cerca de 20 000 hombres, a un campamento cerca de Krautheim sobre el Jaxt, donde, ante los ojos de Truchsess se pudieran concentrar todos los refuerzos. El plan era excelente, tan sólo por la cohesión absoluta de las masas y por su superioridad numérica se podía derrotar al ejército de los príncipes, que ahora tenía cerca de 13 000 hombres. Pero la desmoralización y el desánimo de los campesinos eran ya demasiado grandes para permitir cualquier acción enérgica.

También Göetz de Berlichingen, que poco después iba a traicionar abiertamente, parece haber contribuido a poner trabas al movimiento y así el plan de Hipler nunca llegó a realizarse. Al contrario, las columnas se dividieron como de costumbre. Por fin, el destacamento blanco se puso en movimiento el 23 de mayo, prometiendo los de Franconia seguirles inmediatamente. El 26, las compañías del margraviato de Anspach, que se hallaban en Wurtzbourg, emprendieron el regreso a su tierra al recibir la noticia de que el margrave había atacado a los campesinos. El resto del ejército que había actuado en el asedio con el «destacamento negro» de Florián Geyer, tomó posiciones

cerca de Heidingsfeld, no lejos de Wurtzbourg.

El 24 de mayo, el destacamento blanco llegó a Krautheim, en un estado que no le permitía entrar en campaña. Allí supieron muchos que sus aldeas habían prestado juramento a Truchsess y con este pretexto se volvieron a su casa. El destacamento siguió la marcha hacia Neckarsulm y, el día 28, entabló negociaciones con Truchsess. Al mismo tiempo, enviaron mensajeros a Franconia, Alsacia y a la Selva Negra para pedir el envío urgente de refuerzos. De Neckarsulm, Göetz regresó a Oehringen. El destacamento disminuía a diario, el mismo Göetz de Berlichingen desapareció durante la marcha, se había ido a su casa después de haberse puesto de acuerdo con Truchsess sobre esta deserción, actuando como intermediario su antiguo compañero de armas Dietrich Spät. En Oehringen, una noticia falsa sobre la supuesta llegada del enemigo provocó el pánico de la masa desanimada y desorientada, el destacamento se dispersó con gran desorden; Metzler y Wendel Hipler lograron, con grandes esfuerzos, conservar a unos 2000 hombres, a los que condujeron otra vez a Krautheim.

Mientras tanto, se acercaban los 5000 campesinos de Franconia, pero Göetz, que, por lo visto, quería cometer otra traición, había ordenado se desviarán en su marcha hacia Oehringen, pasando por Löwenstein; de este modo no pudieron encontrar al destacamento blanco y marcharon a Neckarsulm. Truchsess estaba sitiando esta pequeña ciudad, ocupada por algunas compañías del «destacamento blanco». Los de Franconia llegaron por la noche y vieron las hogueras del campamento de la Liga, pero sus jefes no tuvieron el valor de atacarlo y se retiraron a Krautheim, donde, por fin, encontraron los restos del destacamento

blanco. El día 29, como no llegaron los refuerzos, Neckarsulm se rindió a la Liga. Inmediatamente Truchsess mandó ejecutar a trece campesinos y luego salió al encuentro de los destacamentos, matando, saqueando y quemándolo todo en su camino. En los valles del Neckar, Kocher y Jaxt marcaban su camino las ruinas y los cadáveres de campesinos colgados de los árboles.

Cerca de Krautheim, los campesinos sufrieron su primer encuentro con Truchsess, y tuvieron que replegarse hacia Köenigshofen, sobre el Tauber. Obligados por un movimiento envolvente de Truchsess, allí tomaron posición con 8000 hombres y 32 cañones. Truchsess se acercó, ocultándose detrás de los montes y en los bosques, hizo avanzar columnas para hostilizar la retaguardia, y el 2 de junio, los atacó con tanta energía y en número tan superior que, a pesar de la resistencia que varias columnas opusieron hasta muy entrada la noche, los dispersó y derrotó completamente. Como siempre, la caballería de la Liga, la «muerte de los campesinos», contribuyó muy eficazmente a aniquilar al ejército de los insurgentes, arrojándose sobre los campesinos puestos en desorden por el fuego de artillería y fusilería y los ataques con lanza, dispersándolos completamente para matarlos uno tras otro. El sacrificio de los 300 ciudadanos de Köenigshofen, que servían en el ejército campesino, da una idea de los métodos de guerra que empleaban Truchsess y su caballería. Todos, menos quince, fueron pasados a cuchillo durante la batalla, y de estos quince, otros cuatro fueron decapitados posteriormente.

Después de liquidar de este modo a los campesinos del Odenwald, del valle del Neckar y de la baja Franconia, Truchsess sometió toda la región dando batidas para

quemar aldeas enteras llevando a cabo numerosas ejecuciones; luego se trasladó a Wurtzbourg. En el camino supo que el segundo destacamento de Franconia, capitaneado por Florián Geyer y Gregorio de Burg-Bernsheim, se hallaba cerca de Sulzdorf, a donde se dirigió inmediatamente.

Desde que fracasó el asalto a la fortaleza del Frauenberg, Florián Geyer comenzó a negociar con los príncipes y ciudades, especialmente con la ciudad de Rottenburg y el margrave Casimiro de Anspach, acerca de su ingreso en la hermandad campesina, pero al recibir la noticia de la derrota de Köenigshofen, se interrumpieron las gestiones. El destacamento Anspach, conducido por Gregorio de Burg-Bernsheim, se incorporó al suyo. Este destacamento se había formado recientemente. Con un espíritu digno de un Hohenzollern, el margrave Casimiro había sabido contener la sublevación en sus territorios, ya por medio de promesas, ya por amenaza de las tropas. Observaba una neutralidad perfecta frente a todos los destacamentos extraños, mientras éstos no enrolaran a sus súbditos. Trató de encauzar el odio de los campesinos contra las fundaciones eclesiásticas, contando con enriquecerse mediante su incautación posterior. Entretanto, se armaba, aguardando los acontecimientos. Apenas recibió la noticia de la batalla de Bötlingen, atacó a los campesinos rebeldes, saqueando y quemando sus aldeas y mandando ahorcar y acuchillar a muchos, pero los campesinos se concentraron rápidamente y, bajo el mando de Gregorio de Burg-Bernsheim, le derrotaron el 29 de mayo en Windsheim. Cuando le estaban persiguiendo, recibieron un llamamiento de los del Odenwald pidiendo auxilio, amenazada por las tropas de la Liga, y sin vacilar se dirigieron a Heidingsfeld, de donde volvieron a Wurtzbourg

en compañía de Florián Geyer (el 2 de junio). Sin haber recibido más noticias de los del Odenwald, siguieron su marcha con 4000 hombres, dejando a otros 5000 en la ciudad, pues el resto se había dispersado. Envalentonados por noticias falsas sobre el resultado de la batalla de Köenigshofen, los sorprendió Truchsess cerca de Sulzdorf, derrotándolos completamente. Como siempre, los jinetes y mercenarios de Truchsess hicieron una matanza tremenda. Florián Geyer logró conservar 600 hombres, lo que quedaba de su «cuadrilla negra», y con ellos se abrió camino hasta Ingolstadt. Doscientos hombres ocuparon la iglesia y el cementerio, otros 400, el castillo. Las tropas del Palatinado los persiguieron y, una columna de 1200 hombres tomó la aldea, incendiando la iglesia, los que no perecieron en las llamas, fueron muertos cuando huían. El fuego de las tropas abrió brecha en la vieja muralla del castillo, iniciándose el asalto. Dos veces los campesinos, protegidos por una segunda muralla rechazaron a las tropas que, destruyendo también esta muralla, lograron en su tercer asalto tomar el castillo. La mitad de los campesinos pereció; Geyer logró escapar con los últimos 200 sobrevivientes. Pero el lugar en que se había refugiado fue descubierto al día siguiente, el lunes de Pentecostés, y las tropas del Palatinado rodearon el bosque donde se hallaba escondido y mataron a todos. Durante estos dos días no hicieron más que 17 prisioneros. Florián Geyer se salvó otra vez con unos cuantos hombres decididos y fue a reunirse con los de Gaildorf, que todavía disponían de unos 7000 hombres. Pero cuando llegó ya se habían disuelto en su mayoría, aterrados por las malas noticias que de todas partes recibían. Geyer intentó reunir en los bosques a los que huían, pero, el 9 de julio, las tropas lo sorprendieron cerca de Hall, donde murió luchando^[10].

Truchsess, que después de la victoria de Köenigshofen

había hecho llegar sus noticias a las topas sitiadas en el Frauenberg, avanzó hacia Wurtzbourg. Con el mayor secreto, el ayuntamiento de la ciudad se puso de acuerdo con él y, el 7 de julio, el ejército de la Liga pudo cercar la ciudad, ocupada por 5000 campesinos, y a la mañana siguiente logró entrar sin sacar la espada, por las puertas que el ayuntamiento había mandado abrir. Gracias a esta traición cometida por los «honorables» de Wurtzbourg fue desarmado el último destacamento de Franconia, cayendo prisioneros todos sus jefes. Truchsess se apresuró a ordenar la ejecución de 81. Uno tras otro llegaron a Wurtzbourg, el de Bramberg y el margrave de Branderburgo, Anspach. Estos excelentes señores procedieron a distribuirse los papeles que iban a desempeñar. Truchsess continuó la marcha acompañado por el obispo de Bramberg, que se apresuró a romper el tratado que había firmado con sus campesinos, entregando su país a las hordas incendiarias del ejército de la Liga. El margrave Casimiro devastó su propio país. Quemó la ciudad de Teitingen, saqueó numerosas aldeas y las entregó a las llamas, en cada ciudad juzgaba y castigaba cruelmente a los rebeldes. En Neustadt sobre el Aisch, mandó decapitar a 18 hombres y en la marcha de Brügel, a otros 43. De allí marchó a Rottenburg, donde los honorables ya habían iniciado la contrarrevolución, deteniendo a Esteban de Menzingen. Ahora los pequeños burgueses y plebeyos tuvieron que pagar cara su actitud ambigua frente a los campesinos, a los que hasta el último momento se habían negado a prestar ayuda, persistiendo en su egoísmo estúpido, oprimiendo las industrias rurales para favorecer a los gremios de la ciudad y resistiéndose a renunciar a los ingresos municipales que procedían de los servicios feudales de los campesinos. El margrave mandó decapitar a 16 de ellos, como era natural, en primer lugar, a

Menzingen. El obispo de Wurtzbourg procedió de la misma manera, saqueando, destrozando y quemando lo que encontraba en el camino. En su paseo triunfal mandó ejecutar a 256 rebeldes, su obra culminó con la ejecución de otros 13 ciudadanos, ordenada cuando volvió a Wurtzbourg.

En la región de Maguncia, el gobernador Guillermo, obispo de Estrasburgo, restableció el orden sin encontrar resistencia. No mandó ejecutar más que a cuatro individuos. También se habían producido disturbios en el Rheingau, pero todos habían vuelto a sus casas hacía tiempo; sin embargo, Frohen de Hutten, primo de Ulrico, invadió la región y la «pacificó» completamente con la ejecución de doce cabecillas. En Fráncfort que también había visto importantes movimientos revolucionarios, la paz fue mantenida en el primer momento gracias a la transigencia del ayuntamiento y luego por tropas mercenarias. Después de la traición del elector, otros 8000 campesinos se habían reunido en el Pala tinado, empezando otra vez a quemar conventos y castillos; pero el arzobispo de Tréveris llamó al mariscal de Saverna y con su ayuda los venció el 23 de mayo, en Pfeddersheim. Una serie de crueldades (tan sólo en Pfeddersheim fueron ejecutados 82) y la toma de Wissemburgo, el 7 de julio, terminaron con aquella insurrección.

De todos los destacamentos campesinos no quedaban ya más que dos que no hubieran sido vencidos: el de Hégau y de la Selva Negra y el del Allgäu. El archiduque Fernando había intrigado con ambos. Igual que el margrave Casimiro y otros príncipes, que querían aprovecharse de la sublevación para apoderarse de tierras y principados eclesiásticos, él quería utilizarla para ensanchar los dominios

de la casa de Austria. Había tratado con Walter Bach, el caudillo del Allgäu, y con Juan Müller de Bulgenbach, del Hégau, para conseguir que los campesinos se declarasen favorables a la unión con Austria. Pero, a pesar de ser corruptibles ambos jefes, consiguieron únicamente que los del Allgäu concluyesen una tregua con el archiduque, observando neutralidad frente a Austria.

En su retirada de Wurtemberg, los del Hégau habían destruido un gran número de castillos y habían recibido refuerzos del margraviato de Baden. El 13 de mayo, marcharon a Friburgo, el 18, comenzaron a cañonear la ciudad, y el 23, entraron con las banderas desplegadas, una vez que hubo capitulado. Desde allí marcharon a Stockach y Radolfzell, hostilizando sin éxito a las guarniciones de estas ciudades. Éstas, lo mismo que la nobleza y las ciudades cercanas, invocaron el tratado de Weingarten para pedir auxilio a los campesinos del Lago, y los rebeldes del destacamento del Lago movilizaron 5000 hombres contra sus propios aliados. Hasta ese punto llegó el particularismo estúpido de estos campesinos. Tan sólo 600 campesinos que querían unirse a los del Hégau se negaron a ello, fueron masacrados. Pero los del Hégau, ya habían abandonado el asedio, cumpliendo una orden de Juan Müller de Bulgenbach, vendido al enemigo. Poco después huyó Juan Müller, y los campesinos se dispersaron. Los que quedaban se hicieron fuertes en el puerto de Hiltzingen, donde, el 16 de julio, fueron vencidos y aniquilados por las tropas disponibles que habían llegado. Gracias a la mediación de las ciudades suizas, los del Hégau obtuvieron un tratado, lo cual no impidió que Juan Müller fuera detenido en Laufenburgo y decapitado, a pesar de su traición. También Friburgo, en Brisgovia, se separó de la Liga campesina el 17 de julio, mandando tropas contra ella. Pero, allí también,

terminaron el 18 de septiembre por firmar un tratado en Offenburgo, por ser demasiado débiles las fuerzas regulares. Las ocho unidades de la Selva Negra y del Klettgau, que aún no habían sido desarmadas, se levantaron de nuevo, irritadas por la tiranía del conde de Sulz, y fueron vencidos en octubre. El 13 de noviembre, se impuso un tratado a los de la Selva Negra y el 6 de diciembre, cayó Waldshut, el último baluarte de la insurrección, a orillas del Alto Rin.

Al marcharse Truchsess, los campesinos del Allgäu habían reanudado su campaña contra los conventos y castillos, tomando enérgicas represalias por los desmanes de las tropas. Frente a ellos había escasas fuerzas, que no los atacaban más que cuando se encontraban aislados y sin poderlos perseguir en el interior de los bosques. En junio estalló un movimiento contra los honorables en la ciudad de Memmingen, que hasta entonces habían guardado neutralidad. La represión del movimiento se debe tan sólo a la presencia de algunas tropas de la Liga que, por casualidad, se hallaban en las afueras y que pudieron en el momento oportuno prestar auxilio a los honorables. Schappeler, que había sido el predicador y jefe del movimiento plebeyo, logró huir a San Galo. Los campesinos avanzaron sobre la ciudad, pero, apenas habían empezado a abrir brecha, cuando supieron que Truchsess había salido de Wurtzbourg marchando contra ellos. El 27 de junio salieron a su encuentro, formados en dos columnas que pasaron por Babenhausen y Obergünzburg.

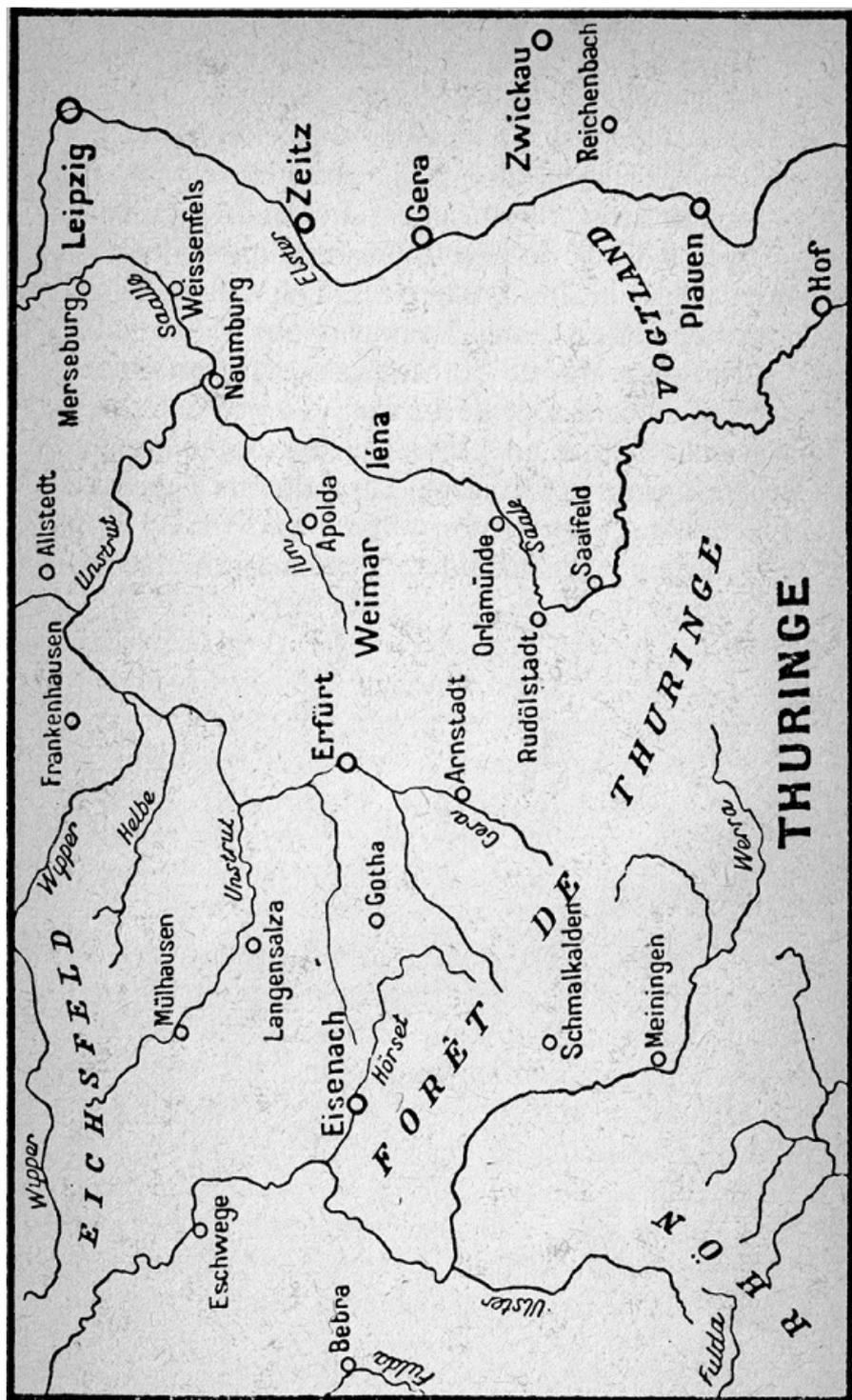
El archiduque Fernando intentó de nuevo ganarlos para la casa de Austria. Invocando la tregua que había concluido con ellos, ordenó a Truchsess no siguiera avanzando, pero la Liga de Suabia le ordenó atacarlos, prescindiendo únicamente de los saqueos e incendios. No obstante,

Truchsess era demasiado inteligente para renunciar a su arma decisiva, aún en el caso en que le hubiera sido posible mantener el orden entre los mercenarios que del Lago de Constanza hasta el Mein habían ido de desmán en desmán. Los campesinos tomaron posición, con cerca de 23 000 hombres, a orillas del Iller y del Luibas. Con 11 000 hombres, Truchsess se colocó frente a ellos. Ambas posiciones eran fuertes, la caballería no podía operar en este terreno accidentado, y si los mercenarios de Truchsess eran superiores a los campesinos por su organización, disciplina y recursos militares, también los del Allgäu tenían en sus filas un gran número de viejos soldados y capitanes expertos, disponiendo, además, de numerosa artillería bien servida. El 19 de julio, los de la Liga abrieron el fuego con sus cañones, y al día siguiente continuó el cañoneo en ambos bandos, pero sin resultado. El 21, Jorge de Frundsberg, con 300 mercenarios se incorporó a los de Truchsess. Conocía a muchos campesinos que habían servido bajo su mando en Italia, y entabló negociaciones con ellos. La traición triunfó donde no bastaron los recursos militares.

Walter Bach y varios jefes y artilleros se dejaron comprar. Mandaron pegar fuego a todas las provisiones de pólvora y ordenaron un movimiento envolvente. Apenas los campesinos habían abandonado su fuerte posición, cuando cayeron en la emboscada que les había preparado Truchsess, de acuerdo con Bach y los otros traidores. Les fue imposible defenderse, pues, para colmo, sus jefes traidores los habían abandonado bajo el pretexto de hacer un reconocimiento, hallándose pronto camino de Suiza. Dos columnas fueron totalmente aniquiladas, la tercera, bajo el mando de Knopf de Luibas, pudo retirarse ordenadamente, Tomó posiciones sobre el monte Kollenberg, cerca de Kempten, donde la cercó Truchsess. Allí tampoco se atrevió

a atacarles, sino que les cortó los convoyes y trató de desmoralizarlos quemando doscientas aldeas en los alrededores. El hambre y la vista de sus hogares en llamas les movió, por fin, a rendirse el 25 de julio. Más de 20 campesinos fueron ejecutados en el acto. Knopf de Luibas, el único jefe de este destacamento que no había traicionado su bandera, logró refugiarse en Bregenz. Pero allí fue detenido y ahorcado, tras larga prisión.

Así terminó la guerra de los campesinos en Suabia y Franconia.



VI

GUERRAS CAMPESINAS EN TURINGIA, ALSACIA Y AUSTRIA

Desde las primeras insurrecciones en Suabia, Tomás Münzer se había apresurado a volver a Turingia, fijando su residencia en la ciudad libre de Mühlhausen, donde más fuerza tenía su partido. En su mano reunía los hilos de todo el movimiento, conocía el alcance de la tormenta que se iba a desencadenar en la Alemania del Sur y se había encargado de hacer de Turingia el centro del movimiento en el Norte. Encontró un ambiente sumamente propicio. En la propia Turingia, que había sido el centro de la Reforma, la excitación había llegado a su punto culminante, la miseria que reinaba entre los campesinos oprimidos, así como las doctrinas revolucionarias, religiosas y políticas que circulaban, habían preparado también en los países vecinos, en Hessen, Sajonia y en la región del Hartz, el terreno para la insurrección general. Sobre todo en Mühlhausen, la tendencia extremista de Münzer había ganado a la masa de la pequeña burguesía, que esperaba con impaciencia el día en que iba a hacer sentir a los orgullosos patricios los efectos de su superioridad numérica. Para que no se adelantaran al momento convenido, el propio Münzer tenía que calmarlos. Pero su discípulo Pfeiffer, que dirigía este movimiento, ya estaba comprometido hasta tal punto, que no pudo contenerlos más, y el 17 de marzo de 1525, mucho antes de iniciarse la sublevación general en la Alemania del Sur, hizo su revolución la ciudad de Mühlhausen. El viejo ayuntamiento patricio fue destituido, y el nuevo «Consejo eterno», que acababa de ser elegido, se encargó del

Gobierno, bajo la presidencia de Tomás Münzer^[1].

Lo peor que puede suceder al jefe de un partido extremo, es ser forzado a encargarse del gobierno en un momento en el que el movimiento no ha madurado lo suficiente para que la clase que representa pueda asumir el mando y para que se puedan aplicar las medidas necesarias a la dominación de esta clase. Lo que realmente *puede* hacer no depende de su propia voluntad, sino del grado de tensión a que llega el antagonismo de las diferentes clases, y del desarrollo de las condiciones de vida materiales, del régimen de la producción y circulación, que son la base fundamental del desarrollo de los antagonismos de clase.

Lo que *debe* hacer, lo que exige de él su propio partido, tampoco depende de él ni del grado de desarrollo que ha alcanzado la lucha de clases y sus condiciones, el jefe se halla ligado por sus doctrinas y reivindicaciones anteriores, que tampoco son el resultado de las relaciones momentáneas entre las diferentes clases sociales ni del estado momentáneo y más o menos casual de la producción y circulación, sino de su capacidad, grande o pequeña, para comprender los fines generales del movimiento social y político. Se encuentra, pues, necesariamente ante un dilema insoluble: lo que realmente *puede* hacer se halla en contradicción con toda su actuación anterior, con sus principios y con los intereses inmediatos de su partido; y lo que *debe* hacer no es realizable. En una palabra: se ve forzado a representar, no a su partido y su clase, sino a la clase llamada a dominar en aquel momento. El interés del propio movimiento le obliga a servir a una clase que no es la suya y a entretener a la propia con palabras, promesas y con la afirmación de que los intereses de aquella clase ajena son los de la suya. Los que ocupan esta posición ambigua están

irremediablemente perdidos. Hemos visto ejemplos en los últimos tiempos, recordemos la posición que en el último gobierno provisional de Francia ocupaban los representantes obreros, a pesar de que no representaban sino una etapa muy inferior en el desarrollo del proletariado. Quienes después de las experiencias del Gobierno de febrero no hablemos de los nobles gobiernos provisionales y regencias del imperio en Alemania todavía pueden especular con puestos oficiales, o son extraordinariamente torpes o no pertenecen al partido revolucionario más que de palabra.

Pero la posición de Münzer al frente del «Consejo eterno de Mühlhausen», era todavía mucho más arriesgada que la de cualquier gobernante revolucionario en la actualidad. No sólo aquel movimiento, sino todo aquel siglo, no estaban maduros para la realización de las ideas que el propio Münzer había empezado a imaginar tarde y confusamente. La clase a la que representaba acababa de nacer y no estaba, ni mucho menos, completamente formada y capaz de subyugar y transformar a la sociedad entera.

El cambio de la estructura social que había imaginado no tenía el menor fundamento en las circunstancias materiales existentes, en las que se gestaba un orden social que iba a ser exactamente contrario al orden que había soñado instituir. Sin embargo, seguía ligado por sus predicaciones anteriores sobre la igualdad cristiana y la comunidad de bienes evangélica. Tenía que hacer, por lo menos, un intento de su aplicación. Se proclamó la comunidad de los bienes, el trabajo obligatorio para todos y la supresión de toda autoridad. Pero, en realidad, Mühlhausen seguía siendo una ciudad libre, republicana, con

una constitución algo más democrática, con un senado elegido por sufragio universal y controlado por la asamblea de ciudadanos y con una organización de beneficencia improvisada apresuradamente en las casas particulares. Esta transformación social que tanto horrorizaba a los burgueses protestantes de la época, no pasó, en realidad, de un ensayo tímido e inconsciente para establecer prematuramente la actual sociedad burguesa.

El propio Münzer parece haberse dado cuenta del abismo que separaban a sus teorías de la realidad concreta, un abismo que tanto menos podía ignorar él, cuando más desfiguraban su genial teoría las cabezas incultas de sus partidarios. Con un celo aún para él desusado, se puso a propagar y organizar el movimiento, escribió cartas y mandó emisarios a todas partes. Sus escritos y predicaciones reflejan un fanatismo revolucionario que aun teniendo en cuenta sus escritos anteriores, produce estupefacción. El tono humorístico y juvenil de los panfletos revolucionarios de Münzer ha desaparecido por completo, como también el lenguaje ponderado y sistemático del pensador que había empleado en algunas ocasiones. Ahora Münzer es profeta de la revolución con todo su ser. Enciende incesantemente el odio contra las clases dominantes, despierta las pasiones más violentas, y cuando habla lo hace empleando las frases encendidas que el delirio religioso y nacional atribuía a los profetas del Antiguo Testamento. El nuevo estilo al que tuvo que acostumbrarse indica el nivel cultural del público sobre el que tenía que influir.

El ejemplo de Mühlhausen y la agitación de Münzer no tardaron en producir su efecto en las demás regiones. En *Turingia*, en el campo de *Eichsfeld*, en el *Hartz*, en los *ducados de Sajonia*, en *Hessen* y *Fulda*, en la *alta Franconia* y en el

Vogtland, se levantaron los campesinos y formaron bandas, que quemaron castillos y conventos. Münzer era el jefe reconocido de casi todo el movimiento cuyo centro seguía siendo Mülhausen, mientras que en Erfurt triunfaba un movimiento puramente burgués, adoptando el partido que allí gobernaba una actitud ambigua frente a los campesinos.

Al principio, los príncipes de Turingia estaban, frente a los campesinos, tan impotentes y desorientados como los de Franconia y Suabia. En los últimos días de abril el landgrave de Hessen logró por fin concentrar un cuerpo de ejército; este mismo landgrave era el Felipe cuya piedad le valió tantos elogios por parte de los historiadores burgueses y protestantes de la Reforma. Sobre las múltiples infamias cometidas contra los campesinos también consignaremos algunas en este pequeño relato. En varias expediciones rápidas el landgrave Felipe, gracias a su actitud enérgica, sometió a la mayor parte de su país, luego movilizó a nuevos contingentes y entró en el territorio del abad de Fulda, del que había sido vasallo. El 3 de mayo, venció a los campesinos de Fulda, cerca de Frauenberg, y sometió al país entero, aprovechando la ocasión no sólo para librarse de la soberanía del abad, sino para transformar toda la abadía de Fulda en un feudo de Hessen, reservándose, claro está, el derecho de secularizarla ulteriormente.

Luego ocupó Eisenach y Langensalza y, unido a las tropas del duque de Sajonia, marchó contra Mülhausen, el foco principal de la rebelión. Münzer concentró sus tropas, cerca de 8000 hombres provistos de alguna artillería, cerca de Frankenhausen. Los campesinos de Turingia no tenían ni mucho menos, el valor guerrero que una parte de los destacamentos de Suabia y Franconia mostraron frente a Truchsess. No disponían de armamento suficiente, estaban

indisciplinados, en sus filas habían pocos soldados veteranos, los jefes faltaban por completo. El propio Münzer no tenía sin duda el menor conocimiento militar. Sin embargo, los príncipes creyeron oportuno aplicar la misma táctica que tantas veces había procurado la victoria a Truchsess: la felonía. El 16 de mayo, iniciaron negociaciones concluyendo un armisticio para atacar de repente a los campesinos, antes de terminar la tregua.

Münzer y los suyos se habían hecho fuertes detrás de una barrera de carros en el monte que aún lleva el nombre de Schlachtber (Monte de la Batalla). Ya cundía la desmoralización entre las bandas. Los príncipes prometieron una amnistía, si las bandas entregaban vivo a Münzer. Éste mandó formar un círculo para discutir las proposiciones de los príncipes. Un caballero y un cura se pronunciaron en favor de la capitulación. Münzer los hizo conducir al medio del círculo y los mandó decapitar en el acto. Esta acción de energía terrorista fue saludada con entusiasmo por los revolucionarios decididos, y tuvo como consecuencia levantar un poco el ánimo de los campesinos: sin embargo, la mayor parte de éstos se hubieran dispersado sin oponer resistencia, si no se hubiesen dado cuenta de que, a pesar de la tregua, los mercenarios de los príncipes, que habían cercado el monte, avanzaban hacia ellos en columnas cerradas. Los campesinos se apresuraron a tomar posición detrás de los carros, pero las balas de cañón y de arcabuz ya habían empezado a hacer estragos entre los campesinos desarmados y poco acostumbrados a la guerra, cuando los lasquettes habían llegado hasta la barrera de carros. Después de una breve resistencia, irrumpieron en la línea de carros, apoderándose de los cañones de los campesinos y dispersándolos. Éstos huyeron a la desbandada y cayeron en manos de las columnas

envolventes y de la caballería, que hicieron, una horrible matanza. De los 8000 campesinos murieron 5000; el resto logró refugiarse en Frankenhäusen, pero con él entró también la caballería. La villa fue ocupada. Münzer, herido en la cabeza, fue descubierto en una casa y capturado. El 25 de mayo, se rindió también en Mühlhausen. Pfeiffer que había permanecido en la ciudad logró huir, pero acabó por ser detenido cerca de Eisenach.

En presencia de los príncipes Münzer fue sometido a tormento y luego decapitado. Subió al cadalso con el mismo valor que había mostrado durante toda su vida. Tenía a lo sumo cuarenta y ocho años cuando murió. También Pfeiffer fue decapitado, y con estos dos murieron muchísimos más. En Fulda, el «piadoso» Felipe de Hessen, había iniciado su justicia sangrienta. Él y los príncipes sajones mandaron ejecutar decapitando a 24 rebeldes en Eisenach, a 41 en Langensalza, a 300 después de la batalla de Frankenhäusen, a más de 100 en Mühlhausen, a 26 en Germar, a 50 en Tugenda, a 12 en Sangerhausen y a 18 en Leipzig, sin hablar de las numerosas mutilaciones y de otros medios más pacíficos, tal como los saqueos e incendios de aldeas y ciudades.

Mühlhausen perdió su calidad de ciudad libre, siendo incorporada a los principales sajones, igual que la abadía de Fulda lo había sido al landraviato de Hessen.

Los príncipes atravesaron la montaña de Turingia, donde los campesinos de Franconia, procedentes del campamento de Bildhauser, se habían unido a los de Turingia quemando numerosos castillos. Cerca de Meiningen se produjo un combate; los campesinos salieron derrotados retirándose hacia la ciudad. Pero ésta, repentinamente, cerró sus puertas y amenazó con atacarles

por la espalda. Los campesinos a los que la traición de sus aliados había colocado en una situación difícil, capitularon ante los príncipes y se dispersaron aún antes de terminar las negociaciones. El campamento de Bildhauser se había disuelto hacía tiempo; con la disolución de estas bandas se aniquilaron los últimos restos de la insurrección en Sajonia, Hessen, Turingia y en la Alta Franconia.

En Alsacia, la sublevación se había producido más tarde que en la orilla derecha del Rin. En el obispado de Estrasburgo los campesinos no se sublevaron hasta mediados de abril; los siguieron los de la Alta Alsacia y del Sundgau. El 18 de abril, una banda de campesinos de la Baja Alsacia saqueó el monasterio de Altorf. En la región de Ebersheim y Barr, así como en los valles de Willer y del Urbis, se formaron otras bandas. Pronto se unieron, formando el gran destacamento de la Baja Alsacia que organizó la toma de las ciudades y aldeas y la destrucción de los conventos. En todas partes un hombre de cada tres tuvo que incorporarse al ejército. Los Doce Artículos de este destacamento son mucho más radicales que los de Suabia y Franconia.

Mientras la primera columna de la Baja Alsacia se concentraba cerca de San Hipólito, y fracasado el intento de ganar esta ciudad se apoderaba de Barken el 10, de Rappoltsweiler el 13 y de Reichenweier el 14 de mayo, gracias a un acuerdo con los ciudadanos, la segunda columna al mando de Erasmo Gerber salió a tomar Estrasburgo por sorpresa. El intento fracasó y la columna se dirigió hacia los Vosgos, destruyendo el monasterio de Mauersmünster y sitiando Saverna, que se rindió el 13 de mayo. Desde allí marchó a la frontera de Lorena sublevando la parte limítrofe de este ducado, mientras

fortificaba los desfiladeros de la montaña. En Herborlzheim, a orillas del Sarre y en Neuburgo se establecieron grandes campamentos. En Sarreguemines 4000 campesinos alemanes de Lorena se hicieron fuertes, en la vanguardia, por fin, había dos destacamentos, el de Kolben, en los Vosgos, cerca de Stürzelbrunn, y el de Kleeburgen, cerca de Wissemburgo, que defendían el frente y el ala derecha, mientras el ala izquierda se apoyaba en las tropas de la Baja Alsacia.

Estas últimas se hallaban en movimiento desde el 20 de abril, el 10 de mayo había hecho ingresar la ciudad de Sulz en la hermandad campesina, lo mismo habían hecho el 12 con Guebwiler y el 15 con Senheim. El gobierno austríaco y las ciudades libres de la región se unieron inmediatamente contra los campesinos, que no tenían fuerza suficiente para resistirles y, mucho menos para atacarles. Excepto algunas pocas ciudades, a mediados de mayo, toda Alsacia estaba en manos de los insurgentes.

Pero se estaba acercando el ejército que iba a castigar a los campesinos alsacianos por su osadía. Fueron los *franceses* lo que allí restablecieron la dominación feudal. El duque Antonio de Lorena se puso en marcha el 6 de mayo, a la cabeza de un ejército de 30 000 hombres, entre ellos la flor de la nobleza francesa y tropas auxiliares españolas, piamontesas, lombardas, griegas, y albanesas. El 16 de mayo, tuvo el primer encuentro cerca de Lutzelstein con 4000 campesinos, a los que venció sin dificultad y al día siguiente hubo de capitular la ciudad de Saverna, ocupada por los campesinos. Mientras entraban aún las tropas lorenesas desarmando a los campesinos, se violó el acuerdo de capitulación, los mercenarios se arrojaron sobre los campesinos indefensos matando a la mayoría. Las demás

columnas de la Baja Alsacia se dispersaron y el duque Antonio marchó contra los de la Alta Alsacia. Éstos se habían negado a acudir en auxilio de aquéllos cuando se hallaban en Saverna; ahora se vieron atacados en Scherweiler por el grueso de las fuerzas lorenas y se defendieron muy valientemente, pero la enorme superioridad numérica, 30 000 contra 7000, y la traición de un gran número de caballeros, sobre todo la del corregidor de Reichenweier, hicieron inútil toda su valentía. Fueron totalmente derrotados y dispersados.

El duque sometió a toda Alsacia con la crueldad acostumbrada de los príncipes. El Sundgau fue la única región a la que no castigó con su presencia. Allí, el Gobierno austríaco, intimó a sus campesinos la conclusión del tratado de Ensisheim amenazándoles con llamar al duque. Pero el mismo gobierno no tardó en romper este tratado, mandando ahorcar a un sinnúmero de predicadores y dirigentes del movimiento. Los campesinos del Sundgau se volvieron a sublevar, hasta que por fin fueron incluidos en el tratado de Offenburgo (el 18 de septiembre).

Queda por relatar la guerra de campesinos en los *Alpes austríacos*. Desde que se inició el movimiento de las *stara prava*, estos territorios, así como el vecino *arzobispado de Salzburgo*, se hallaban en una oposición permanente frente al gobierno y a la nobleza; también allí las doctrinas de la Reforma habían encontrado un terreno favorable. Las persecuciones religiosas y la arbitrariedad de los tributos que pesaban sobre el pueblo hicieron estallar la sublevación.

Desde 1522, la ciudad de Salzburgo, apoyada por los campesinos y mineros, estaba en conflicto con el arzobispo, discutiéndose los privilegios de la ciudad y la libre práctica de la religión. A fines de 1524, el arzobispo atacó la ciudad

con mercenarios, amedrentándola con los cañones del castillo, al mismo tiempo que perseguía a los predicadores herejes. Decretó nuevos impuestos abrumadores provocando de este modo la indignación de la población. En la primavera de 1525, simultáneamente con las insurrecciones de Suabia, Franconia y Turingia se sublevaron los campesinos y mineros del país, formando bandas dirigidas por los capitanes *Prossler* y *Weitmoser*; que libertaron la ciudad y sitiaron el castillo de Salzburgo. Igual que los campesinos de la Alemania occidental, constituyeron una liga cristiana formulando sus reivindicaciones en catorce artículos.

En la primavera de 1525 se sublevaron también los campesinos de Estiria, Alta Austria, Carintia y Carniola, donde nuevos tributos arbitrarios perjudicaban los intereses más vitales del pueblo. Tomaron un gran número de castillos, derrotando cerca de Gryss al viejo capitán general Dietrichstein, el vencedor de la *stara prawa*. Si bien el gobierno logró apaciguar a una parte de los insurgentes engañándoles, la masa no perdió por eso su cohesión, al contrario, se unió a los de Salzburgo y de ese modo toda esta región y la mayor parte de la Alta Austria, Estiria, Carintia y Carniola, estuvieron en poder de los campesinos y mineros.

Las doctrinas de los reformadores tuvieron también muchos partidarios en el Tirol. Allí, más que en las otras regiones de los Alpes austríacos, los emisarios de Münzer habían actuado con éxito. Pero como en otras partes, el archiduque Fernando perseguía a los predicadores de la nueva doctrina y violaba los derechos de la población con leyes fiscales arbitrarias. La consecuencia fue la insurrección en la primavera del mismo año 1525. Los insurgentes,

capitaneados por Geismaier, discípulo de Münzer y el único gran talento militar de todos los jefes campesinos, se apoderaron de un sinnúmero de castillos y procedieron muy enérgicamente contra los curas, sobre todo en el Sur, en la región de Etsch. También se sublevaron los campesinos del Vorarlberg y se unieron a los del Allgäu.

En este trance, el archiduque hizo concesión tras concesión a los rebeldes, a los que poco antes había querido exterminar a fuerza de incendios, saqueos y matanzas. Convocó a las dietas de los Estados de la casa de Austria concluyendo un armisticio con los campesinos hasta que se reunieran aquéllas. Mientras tanto, se armaba a toda prisa para poder cambiar lo más pronto su lenguaje, frente a los «criminales».

Naturalmente el armisticio no duró mucho tiempo. En los ducados, Dietrichstein, al que escaseaba el dinero, se dedicó al saqueo. Sus tropas eslavas y húngaras se permitieron las crueldades más vergonzosas contra la población. Los Estirios volvieron a levantarse y en la noche del 2 al 3 de julio, sorprendieron al capitán general Dietrichstein en Schladming y mataron a todos los que no hablaban alemán. Dietrichstein fue capturado, el día 3 por la mañana, los campesinos constituyeron un tribunal de jurados que condenó a muerte a cuarenta nobles checos y croatas. Fueron ejecutados en el acto. Este gesto hizo un gran efecto, el archiduque se apresuró a acceder a todas las peticiones de los Estados en los cinco ducados (la Alta y Baja Austria, Estiria, Carintia y Carniola).

También en el Tirol se aceptaron las condiciones de la dieta, restableciéndose la tranquilidad en el Norte. Pero el Sur, que insistió sobre sus primitivas reivindicaciones atenuadas por las decisiones de la dieta, continuó sobre las

armas. En diciembre, el archiduque logró por fin restablecer el orden por la fuerza, haciendo ejecutar a un sinnúmero de cabecillas que habían caído en sus manos.

En abril, 10 000 soldados bávaros conducidos por Jorge de Frundsberg, marcharon contra los de Salzburgo. Este alarde de fuerzas, así como las disensiones que reinaban entre los campesinos, los movieron a concluir un tratado con el arzobispo, firmado el 1.º de setiembre, que también fue aceptado por el archiduque. Pero ambos príncipes, que entre tanto habían podido reforzar sus tropas, no tardaron en violarlo y, de este modo, los campesinos de Salzburgo se vieron obligados a sublevarse de nuevo. Los insurgentes se sostuvieron durante todo el invierno. En la primavera llegó Geismaier, quien llevó a cabo una formidable campaña contra las tropas que avanzaban por todas partes. En una serie de combates brillantísimos que tuvieron lugar en mayo y junio de 1526, derrotó sucesivamente a los bávaros, austriacos, a los de la Liga de Suabia y mercenarios del arzobispo de Salzburgo, impidiendo durante largo tiempo la unión de los diferentes ejércitos y aún tuvo tiempo para sitiar Radstat. Al fin tuvo que retirarse ante la enorme superioridad numérica de las fuerzas que le cercaban, se abrió camino, conduciendo los restos de sus tropas a través de los Alpes austriacos al territorio veneciano. La República de Venecia y la de Suiza ofrecieron al incansable jefe campesino un punto de apoyo para nuevas intrigas. Durante un año trató de inducirlos a una guerra contra Austria, que le daría una nueva oportunidad para sublevar a los campesinos. Pero, mientras llevaba a cabo estas negociaciones, murió víctima de un atentado. El archiduque Fernando y el arzobispo de Salzburgo no podían estar tranquilos, mientras aún viviese Geismaier y pagaron a un bandido que, en 1527, por fin, logró hacer desaparecer a

tan peligroso revolucionario.

VII

CONSECUENCIAS DE LAS GUERRAS CAMPESINAS

Con la retirada de Geismaier sobre el territorio veneciano había llegado a su fin el último acto de la guerra los campesinos. En todas partes los trabajadores del campo estaban sometidos otra vez a la dominación de los señores eclesiásticos, nobles o patricios. No se respetaron los tratados que en algunos sitios se habían firmado. Las antiguas cargas fueron aumentadas por las enormes indemnizaciones cuyo pago impusieron los vencedores a los vencidos. La más grandiosa tentativa revolucionaria del pueblo alemán terminó por una derrota vergonzosa y una opresión redoblada. Pero no fue la represión del movimiento la que a la larga hizo empeorar la situación de la clase campesina, pues, antes de la guerra, la nobleza, los príncipes y los curas arrancaban de sus vasallos todo lo que les era materialmente posible sacar. En aquella época la participación del campesino alemán en los productos del trabajo, como la del proletario de nuestros días, se limitaba al mínimo de medios de subsistencia, indispensable para su propio mantenimiento y para la reproducción de la clase campesina. De manera general, no cabía ya una mayor explotación. Muchos campesinos acomodados estaban arruinados, un sinnúmero de vasallos había tenido que pasar a la servidumbre, grandes extensiones de tierra comunal habían sido confiscadas y por la destrucción de sus viviendas, la devastación de sus campos y el desorden general habían sido arrojados gran número de campesinos a la carretera entre los vagabundos o entre la plebe de las

ciudades. Pero las guerras y las devastaciones eran fenómenos muy corrientes en aquella época, y el nivel de vida de la mayoría de los campesinos estaba tan baja que su situación no podía ya empeorarse a causa de los nuevos aumentos tributarios. Las guerras religiosas que siguieron, y por fin, la guerra de los Treinta años, con sus incesantes devastaciones y matanzas en masa, fueron para los campesinos un golpe mucho más duro que la guerra campesina. Sobre todo la guerra de los Treinta años, que aniquiló la mayor parte de las fuerzas productivas de la agricultura y que destruyó numerosas ciudades, fue la causa de la miseria verdaderamente espantosa en que durante mucho tiempo tuvieron que vivir los campesinos, plebeyos y burgueses arruinados, muy semejante a la de los campesinos irlandeses.

El *clero* fue quien más sufrió las consecuencias de la guerra campesina. Sus conventos y fundaciones habían sido quemados, sus tesoros robados y vendidos al extranjero o fundidos y sus provisiones se habían agotado. Los clérigos casi no habían podido oponer resistencia alguna, y el odio popular les había alcanzado con todo su vigor. Las demás clases, los príncipes, la nobleza y la burguesía, hasta se alegraban en secreto por la desgracia de los odiados prelados. La guerra de los campesinos había popularizado la secularización de los bienes eclesiásticos en beneficio de los campesinos. Los príncipes de sangre y una parte de las ciudades, se pusieron a realizar esta secularización en su propio provecho y, en los estados protestantes, las propiedades de los prelados no tardaron en caer en manos de príncipes y patricios. Pero tampoco se había respetado la autoridad de los príncipes eclesiásticos y los príncipes de sangre supieron aprovechar el odio popular en este sentido. Así vemos que el abad de Fulda terminó siendo un simple

vasallo de Felipe de Hessen. Igualmente la ciudad de Kempten obligó al príncipe-abad a vender, por un precio irrisorio, una serie de valiosos privilegios que poseía en la ciudad.

También la *nobleza* había sufrido grandes daños. La mayor parte de sus castillos estaban en cenizas, muchas de las mejores familias estaban arruinadas y tuvieron que ganarse la vida al servicio de los príncipes. Su impotencia frente a los campesinos había quedado patente: la nobleza había sido derrotada en todas partes y forzada a capitular. Lo único que la salvó fue la intervención de los ejércitos de los príncipes. La nobleza tuvo que perder su significación como clase imperial libre para caer más y más bajo la dependencia de los príncipes.

Tampoco las *ciudades* sacaron gran provecho de la guerra campesina. La dominación del patriciado quedó reforzada. La oposición de los ciudadanos estaba quebrantada por mucho tiempo. Así, la vieja rutina de los patricios, fue sobreviviéndose hasta la revolución francesa, paralizando totalmente el comercio y la industria. Los príncipes hacían responsables a las ciudades de los éxitos momentáneos que en su seno había obtenido el partido burgués o plebeyo durante la lucha. Muchas ciudades que, desde tiempo atrás, formaban parte del territorio de los príncipes, sufrieron grandes perjuicios, se les privó de sus privilegios, entregándolas de manos atadas a la arbitrariedad de los príncipes explotadores, (Frankenhausen, Arnstadt, Schmalkalden, Wurtzbourg, et.), muchas ciudades libres, aunque no fueron incorporadas a los principados (como Mühlhausen), pasaron a depender moralmente de los príncipes vecinos y así sucedió con un gran número de ciudades imperiales de Franconia.

Los *príncipes* fueron los únicos que en estas circunstancias pudieron sacar algún provecho de los resultados de la guerra de los campesinos. Hemos visto, al comienzo de nuestra exposición, que el incompleto desarrollo industrial, comercial y agrícola de Alemania hacía imposible toda centralización y unión de los alemanes en una *nación*, no permitiendo más que una centralización local o provincial, y los príncipes eran los representantes de esta centralización dentro de la división y formaban la clase a la que únicamente debía beneficiar todo cambio de las condiciones sociales y políticas de la época. El nivel de desenvolvimiento que había alcanzado Alemania era tan bajo y el desarrollo de las diferentes provincias tan desigual que, al lado de los principados seculares, aún podían subsistir soberanías eclesiásticas, ciudades republicanas y condes y barones independientes. Sin embargo, la evolución tendía aunque lenta y penosamente hacia la centralización *provincial*, es decir, hacia la subordinación de las demás clases bajo la de los príncipes. Ellos, por consiguiente, fueron los únicos que podían ganar algo en la guerra de los campesinos y así fue. Ganaron, no sólo relativamente por debilitarse sus rivales, el clero, la nobleza y la ciudades, sino también llevándose lo mejor del botín. Los bienes eclesiásticos fueron secularizados en su beneficio. Una parte de la nobleza más o menos arruinada, tuvo que irse sometiendo bajo su soberanía. Las indemnizaciones en dinero a las ciudades y a los campesinos vinieron a aumentar sus caudales, además, las oportunidades de practicar sus operaciones financieras predilectas aumentaron, de manera insólita, al suprimirse la gran cantidad de privilegios de las ciudades.

El principal efecto de la guerra de los campesinos fue agudizar y consolidar la división política de Alemania, esta misma división que había sido la causa de su fracaso.

Hemos visto que Alemania estaba no solamente dividida en un sinnúmero de provincias independientes y totalmente ajenas una a otra, sino que también, en cada provincia, la nación se dividía en numerosas clases y fracciones de clases. Además de los príncipes y curas nos encontramos con la nobleza y los campesinos en el campo y con los burgueses y plebeyos en las ciudades, formando clases con intereses totalmente distintos, cuando no contrarios. Por encima de todos estos intereses tan complicados estaban todavía los del emperador y del papa. Hemos visto cómo todas estas tendencias llegaron por fin, aunque de manera lenta, incompleta y desigual según las reuniones, a formar tres grandes grupos; hemos visto que a pesar de existir estos grupos cuya formación tanto trabajo había costado, cada clase se oponía por su parte a la evolución nacional por el cauce que le fijaban las circunstancias de la época. Y como cada clase quería ir al movimiento por su propia cuenta, entró en conflicto no sólo con todas las clases conservadoras, sino también, con las demás clases de la oposición, teniendo que sucumbir finalmente. Así la nobleza en la sublevación de Sickingen, los campesinos en las guerras campesinas, los burgueses con su Reforma moderada. Los mismos campesinos no llegaron, en las demás regiones alemanas, a un acuerdo para la acción común con los plebeyos, entorpeciéndose ambos el camino. Asimismo, hemos visto cuáles fueron las causas de esta fragmentación de la lucha de clases, de la consiguiente derrota total del movimiento revolucionario y de la derrota parcial del movimiento burgués.

Por la precedente exposición se habrá demostrado a todos que la división local y provincial y el consiguiente particularismo hizo que se hundiera todo el movimiento; de cómo ni los burgueses, ni los campesinos, ni los plebeyos

llegaron a la unidad de acción coordinada, cómo en cada provincia los campesinos actuaban por su propia cuenta, negándose a ayudar a sus vecinos y, cómo, de esta manera, fueron aniquilados aisladamente en sucesivas batallas y por ejércitos que ni siquiera sumaban la décima parte de la totalidad de los insurgentes. Los diferentes armisticios y tratados, que algunos destacamentos aislados firmaron con sus adversarios, constituyen otros tantos actos de traición a la causa común; el hecho de que los destacamentos se agrupasen, no con el fin de llevar a cabo, ellos mismos, una acción común, sino forzados, bajo la amenaza de sucumbir ante un enemigo común, constituye la prueba más contundente de la indiferencia que los campesinos de una provincia mantenían frente a los de otra a consecuencia de su mutuo desconocimiento.

También allí es evidente la analogía con el movimiento de 1848-1850. En 1848 estaban en pugna los intereses de las diferentes clases de la oposición, y cada una actuaba por su propia cuenta. La burguesía se había desarrollado lo suficiente para no tolerar ya el absolutismo burocrático-feudal, pero aún no tenía bastante fuerza para subordinar los deseos de otras clases a los suyos. El proletariado era aún demasiado débil para poder confiar en una rápida superación del período burgués y en una pronta conquista del poder; en cambio ya había podido apreciar bajo el absolutismo las delicias del régimen burgués y ya había adquirido el suficiente desarrollo para no dudar, ni un momento, de que la emancipación de la burguesía no era su propia emancipación. La gran masa de la población, pequeños-burgueses, artesanos y campesinos, se vio abandonada por la burguesía que aún era su aliado natural, pero que ya la consideraba como demasiado revolucionario, y también, en algunos casos, por el proletariado, por no ser

bastante avanzado. Como estaba dividida entre sí, ella tampoco pudo conseguir nada, hallándose en oposición continua contra sus aliados de derecha e izquierda. Por otra parte, el estrecho particularismo de los campesinos en 1525, no pudo ser mayor que el de todas las clases que tomaron parte en el movimiento de 1848. Lo demuestran con diáfana claridad las cien diferentes revoluciones locales, seguidas de otras tantas contrarrevoluciones, llevadas a cabo con la misma facilidad, con el mantenimiento final de la división en pequeños estados.

Quienes conociendo los resultados de las dos revoluciones alemanas de 1525 y de 1848 todavía son capaces de divagar sobre la «República federal», no merecen sino ser encerrados en un manicomio.

Pero, a pesar de tantas analogías, ambas revoluciones, la del siglo XVI como la de 1848-1850, se diferencian profundamente. La revolución de 1848, si bien no demuestra nada en favor de los progresos realizados en Alemania, por lo menos pone de manifiesto el progreso de Europa.

¿Quién se benefició con la revolución de 1525? Los príncipes. ¿Quién se benefició con la revolución de 1848? Los *grandes* príncipes: Austria y Prusia.

Detrás de los pequeños príncipes de 1525 se ocultaban los burgueses mezquinos de la época, que los tenían mediatizados por ser ellos quienes concedían y pagaban el impuesto, mientras los grandes príncipes de 1850, detrás de Austria y Prusia, representaban a los grandes burgueses modernos que los tienen bajo su férula, que es la deuda del Estado. Pero detrás de los grandes burgueses están los proletarios.

La revolución de 1525 fue un asunto particular de Alemania. Los ingleses, franceses, checos y húngaros ya

habían hecho su guerra de campesinos, cuando los alemanes empezaron a hacerla. Si Alemania estaba dividida, Europa lo estaba mucho más. La revolución de 1848 no fue un asunto particular de Alemania, sino parte de un gran acontecimiento europeo. Las causas que la motivaron y que no dejaron de influir en ella durante todo su transcurso no se producen en un sólo país, ni siquiera en un sólo continente. Al contrario, se puede afirmar que los países que fueron el teatro de esta revolución son los que menos participaron en su génesis. No son sino materia más o menos pasiva e inconsciente, transformada en el curso de un proceso en el que ahora participa el mundo entero, por un movimiento que en las condiciones actuales de la sociedad no nos puede aparecer sino como una fuerza extraña, aunque por fin resulta ser nuestro propio movimiento. Es por ello que la revolución de 1848-1850 no puede, terminar como la de 1525.

APÉNDICE

LOS DOCE ARTÍCULOS DE LOS CAMPEBINOS

Título

Justas reclamaciones de todos los campesinos y demás sujetos sometidos a las autoridades espirituales y temporales de las que ellos creen tener que quejarse

Saludo

Al lector cristiano, paz y misericordia de Dios en Cristo.

Apología

Un buen número de malos cristianos toman hoy como pretexto el levantamiento de los campesinos para blasfemar contra el Evangelio y decir: «He aquí los frutos de la nueva doctrina: rechazo total de la obediencia, levantamientos, insurrección general. Numerosas tropas se agrupan y se reúnen; se quiere reformar a los poderes eclesiásticos y temporales, hostigarlos e, incluso, quizás hasta aniquilarlos».

Los artículos siguientes serán nuestra respuesta a todos los detractores impíos y maliciosos, pues ellos borran, en primer lugar, la vergüenza con que se ha intentado cubrir la Palabra de Dios y, seguidamente, excusan la desobediencia, y aún más, la rebelión de los campesinos.

El Evangelio, en efecto, no puede ser hecho responsable del levantamiento, pues él es la Palabra de Cristo, el Mesías prometido, cuya palabra y cuya vida no nos enseñan sino el amor, la paz, la paciencia, la concordia, a punto tal que aquéllos que creen en este Cristo están animados del espíritu de amor y de paz. ¿Cómo, pues, ya que todos los artículos de los campesinos (es fácil darse cuenta de ello), piden que se

escuche al Evangelio y que se viva de acuerdo con sus mandamientos, y cómo, pues, los malos cristianos pueden llamar a ésa una causa de rebelión y de desobediencia?

Tampoco debe hacerse responsable en absoluto al Evangelio del hecho de que algunos malos cristianos, enemigos del Evangelio, se rebelen contra tales pedidos, sino más bien al diablo que despierta en los fieles la incredulidad y el odio buscando por este medio, suprimir, destruir la Palabra de Dios, que no enseña sino el amor, la paz y la concordia.

Como consecuencia clara y neta de todo lo que precede, resulta, en último lugar, que los campesinos que en sus artículos reclaman el Evangelio como doctrina y norma de vida, no pueden ser llamados desobedientes ni revoltosos.

Después de todo si Dios quisiera acceder a los pedidos de los campesinos, que sólo anhelan vivir según su Palabra, ¿quién, pues, querría interponerse en el cumplimiento de su justicia (Isaías LX)?, ¿y por consiguiente quién osaría desobedecer a su Majestad? Antiguamente, Él escuchó a los niños de Israel que lo llamaban gritando y los liberó de las manos del Faraón, ¿no podría entonces hoy, salvara sus fieles? Sí, sin duda los liberará y estamos seguros, en breve plazo.

Lector cristiano, lee con atención los artículos siguientes y luego juzga:

Artículo 1.º — Nuestro deseo es, ante todo, que desde hoy toda comuna tenga derecho a poder elegir por sí misma a su pastor (I Tim. XIII) y de revocar su mandato si su conducta fuera reprensible.

El pastor así elegido debe predicar claramente y sin rodeos el santo Evangelio, sin enmienda humana alguna

(Actas XIV) y hacernos conocer la verdadera fe. Ya que si Dios no da motivos para implorar su misericordia es porque quiere introducir y grabar esta fe en nuestros corazones. Porque, si nos concede su gracia, nosotros seremos carne y sangre para siempre (Deut. XVII, Éxodo XXXI, Deut. X, Juan VI), cosas desde todo punto de vista inútiles como lo prueba la Escritura. En efecto, es sólo mediante la fe verdadera como nosotros podemos llegar a Dios y, es por su misericordia, que nosotros obtendremos la salvación.

He aquí por qué el pastor cuyo modelo nos es trazado por las Escrituras nos resulta de primera necesidad.

Artículo 2.º — Aceptamos de buen grado pagar el diezmo del grano, instituido por el Antiguo Testamento y abolido por el Nuevo Testamento, pero siempre de manera conveniente, es decir, dándoselo a Dios.

Nos parece justo, en consecuencia, que este diezmo sea remitido al pastor que predica claramente la Palabra Divina y, a tal efecto, los encargados de nuestras comunas serán los indicados para percibirlo, enviando luego una parte de él al pastor quién lo usará en su mantenimiento y en el de su familia.

Una parte de lo que resta será distribuido entre los pobres y necesitados de la aldea. La distribución correspondiente a cada uno, será llevada a cabo por nuestros encargados según su situación.

Si aún quedara algo, será guardado en previsión de una época de escasez, a fin de ahorrarles a los pobres, impuestos vejatorios en esos momentos difíciles.

Si sucediera que una o varias comunas, impelidas por la necesidad, hubieran vendido este diezmo, el comprador honesto que pueda exhibir sus actas de compras no debe

perder nada y nosotros trataremos de arreglarnos con él amigablemente y de acuerdo con la justicia y la ley cristiana. Pero aquél que no pueda presentar estas pruebas o que, sea en su persona o en las de sus antepasados, se haya apropiado violenta o subrepticamente de este diezmo, será desestimado en su demanda, no siendo el diezmo autorizado por las Escrituras más que para el mantenimiento de los pastores y necesitados.

En lo concerniente al pequeño diezmo, nos negamos absolutamente a pagarlo. En efecto, Dios ha creado el ganado a fin de que los hombres gocen de él libremente. Por lo tanto, consideramos el pequeño diezmo como algo injusto, inventado por los hombres y, desde hoy, declaramos que ya no queremos pagarlo más de aquí en adelante.

(Textos invocados: Ps. LIX, Gen. XIV, Debut. XXV, I Tim. V, Matth. X, I Cor. XX, Luc. XL, Matth. V, Gen I).

Artículo 3.º — Hasta ahora hemos sido considerados como siervos de los cuales había que apiadarse y, sin embargo, Cristo nos ha salvado y redimido con su preciosa sangre, derramada por todos, tanto por el pastor como por el más grande señor, sin excepción alguna.

Hemos nacido libres, según nos lo enseña la Palabra de las Santas Escrituras, seamos libres entonces, lo cual no significa que nosotros exijamos la libertad absoluta, ni que rechacemos todo tipo de autoridad. Eso, Dios no nos lo enseña.

«Vosotros viviréis, dice, según la ley y no en la voluntad de la licencia carnal». «Amaréis a Dios, vuestro Señor, lo amaréis en vuestro prójimo, en vuestros hermanos y a ellos les haréis lo que deseareis que os hagan, según la Palabra de Dios, referida en la Santa Cena».

Es por ello que nosotros deseamos vivir en su ley, que nos enseña a obedecer a la autoridad y también nos enseña la humildad con respecto a todos, de tal manera que, en todas las cosas convenientes y cristianas, nosotros obedezcamos de buen grado a la autoridad que hemos elegido y establecido, la que nos ha dado Dios.

En consecuencia, no dudamos de que vosotros nos acordaréis buenamente la calidad de hombres libres, como a buenos y verdaderos cristianos o sino, mostradnos en las Escrituras que nosotros somos siervos.

(Textos invocados: Isaías LIII, I Pedro I, Cor. VII, Rom. XIII, Sap. VI, I. Pedro II, Deut. VI, Matth. IV, Luc. IV y VI, Juan XIII, Rom. XIII, etc.).

Artículo 4.º — Hasta hoy ha reinado la costumbre de prohibir al campesino la caza y la pesca.

Esta prohibición nos parece injusta, poco fraternal, egoísta y en franca oposición con la Palabra de Dios.

Es más, en ciertos lugares los señores se niegan a constatar los daños que nos causa su caza y debemos soportar que los campos que Dios ha hecho fructificar para la utilidad del hombre, sean devastados por animales privados de razón, lo que es el colmo de la locura y tiranía humanas, ya que al crear al hombre, Dios, nuestro Señor, le dio absoluto poder sobre los animales de la tierra, los pájaros del aire y los peces de las aguas.

También los frutos son patrimonio del hombre, y todo pobre debe tener el derecho de recolección, cuando se trata de satisfacer su hambre.

Si, pues, alguien posee un estanque y puede, título en mano, probar que él lo ha comprado buena y debidamente, no queremos que le sea quitado con violencia sino que será

necesario tener para con él miramientos cristianos. En cuanto a aquél que no pudiera probar, de manera suficiente, su derecho de posesión, deberá restituir su bien a la comuna, la que lo usará en provecho de todos. (Textos invocados: Gen. 1, I Tim. IV, Cor. X, Colosiens. II.).

Artículo 5.º — En quinto lugar, tenemos motivos de queja sobre la cuestión del bosque. Efectivamente, nuestros señores se han apropiado de todo, y cuando el campesino necesita madera, se ve obligado a comprarla al doble.

Si existen bosques que poseéis sin haberlos comprado, señores, eclesiásticos o no, exigimos que tales bosques retornen a la posesión de las comunas, las que podrán permitir a todos sus miembros que tomen gratuitamente la leña que necesiten.

De la misma manera, si alguien necesita madera para construir, podrá tomarla gratis, luego de haberlo advertido a los encargados elegidos por la comuna para cuidar los bosques.

Si los bosques han sido comprados, la comuna deberá arreglarse fraterna y cristianamente con sus poseedores.

Si los bosques comprados en una determinada época, han sido posteriormente revendidos, deberá hacerse el arreglo, según las circunstancias, dejándose guiar por el amor fraternal y obedeciendo las indicaciones de las Santas Escrituras.

Artículo 6.º — En sexto lugar, tenemos mucho de quejarnos en cuanto a las servidumbres, que crecen y aumentan cada día; pedimos que se use un mayor discernimiento, que no se nos oprima tan duramente, sino que, en esto, se acepte con indulgencia que nosotros sirvamos, como lo hicieron nuestros padres, siguiendo

solamente la Palabra de Dios, (Romanos X).

Artículo 7.º — Declaramos, en séptimo lugar, que desde hoy no aceptaremos que los señores nos sobrecarguen de trabajos. Cuando ellos arrienden alguna cosa al campesino, éste debe ser su poseedor de acuerdo con el contrato hecho entre él y el señor. Este último, por su parte, ya no deberá reclamarle gratuitamente la servidumbre ni ninguna otra cosa, a fin de que, viéndose libre de obligaciones, el campesino pueda gozar de su bien.

Pero sí, por otra parte, el señor tiene necesidad de un servicio, el campesino, luego de haber recibido una indemnización conveniente, debe hacérselo y serle fiel; empero siempre y cuando ello no le cause perjuicio alguno. (Luc. III).

Artículo 8.º — Todos nos quejamos y, en particular, aquellos de nosotros que poseen bienes, de que tales bienes no puedan soportar los impuestos con los que han sido gravados, lo que causa a los campesinos, la pérdida de su fortuna.

Así, pedimos que los señores vengan a examinar dichos bienes y luego fijen los impuestos con equidad, a fin de que el campesino no trabaje más en vano, ya que cada obrero es digno de su salario. (Matth. X).

Artículo 9.º — Un noveno motivo de queja resulta el gran mal que nos causa la continua creación de nuevas leyes, ya que hoy no se nos castiga inspirándose en las presentes circunstancias, sino que son ora el odio, ora el favor, los que dictan los castigos que se nos infligen. Pensamos que, de aquí en adelante, los castigos deben inspirarse, no ya en el favor, sino en el derecho escrito y las circunstancias. (Isaías X, Efes. VI, Luc. III, Juan XXVI).

Artículo 10.º — En décimo lugar, nos quejamos de que ciertos hombres se hayan apropiado de las praderas y los campos pertenecientes a la comuna, y pedimos que dichos campos y praderas retornen a su poder, siempre que ellos no hayan sido legítimamente comprados.

Si la compra no ha sido legalmente, las dos partes deberán entenderse amistosamente, inspirándose en las circunstancias. (Luc. VI).

Artículo 11.º — Queremos que la costumbre llamada «caso de deceso», desaparezca completamente.

No podemos sufrir ni tolerar, por otra parte, que, despreciando a Dios y al honor, se despoje indignamente a las viudas y huérfanos de lo que les pertenece, como se ha visto en numerosas ocasiones.

En efecto, aquéllos que tenían la misión de protegerlos, los han despojado, y si éstos desgraciados sólo tenían poca cosa, ese poco les ha sido quitado por aquéllos. Dios no quiere soportar más semejante costumbre, que debe desaparecer totalmente; en lo que a nosotros respecta declaramos que, desde, hoy, para el «caso de deceso», no estamos dispuestos a ceder ni poco ni mucho de nuestros bienes. (Deut. XVIII, Matth. VIII, 23, Isaías X).

Artículo 12.º — Conclusión: Nuestro doceavo artículo encierra nuestra conclusión.

Si uno o varios de los artículos precedentes no se encontraran de acuerdo con la Palabra de Dios, aceptamos, de buen grado, dejar de lado aquellos que se demostrara que están reñidos con esta Palabra, dado que su demostración ha sido hecha por medio de las Escrituras.

Si se nos reconocen en este momento determinados artículos y, posteriormente, dichos artículos se tornaran

injustos, desde el momento en que esta injusticia sea debidamente probada, deberán desaparecer y dejarán de poseer valor desde entonces. Pero si, por otra parte, se encontraran en las Escrituras algunos otros pasajes contra los abusos contrarios a la voluntad de Dios, abusos que causan daño al prójimo, nos reservamos el derecho de formular nuevos artículos sobre este aspecto, ya que nosotros queremos vivir según la doctrina cristiana y rogar a Dios nuestro Señor, que es el único que puede darnos el medio para ello.

¡La paz de Cristo sea con todos!

BIBLIOGRAFIA

De la extensa bibliografía consagrada a la Reforma, se señalan aquellas obras que en mayor o menor extensión mencionan el problema de la sublevación campesina en Alemania, no haciéndolo con las historias o manuales generales, por ser de conocimiento del público.

Bainton, R. H.: *Lutero* Bs. Aires, 1955 (ver la bibliografía que cita).

Bataillon, M: *Erasme et l'Espagne. Recherches sur l'histoire spirituelle du XVI^e siècle.* París, 1937.

Betchke, W.: *Luthers Sozialethik* - 1934.

Bezold, F. de: *Historia de la Reforma Religiosa en Alemania* (en vol. VIII, de la *Historia Universal*, de Oncken).

Denifle, H.: *Luther et le lutheranisme* trad. A. Picard, (4 vols. París, 1913).

Drummond, R. B.: *Erasmus, his Life and Character*, 2 vols., Londres, 1873.

Engels, F.: *Ludwing Feuerbach y el Fin de la Filosofía Clásica Alemana*, Bs. Aires, 1963.

Hartmann, G.: *Luther*, trad. inglesa de E. M. Larmond, 6 vols., Londres, 1916.

Huizinga, J.: *El Otoño en la Edad Media*, 2 vols., Madrid.

Huizinga, J.: *Erasmus*, Barcelona, 1946.

Lenin, N.: *Obras Completas*, ts. 5, 8 y 34, Edit. Cártago, Bs. Aires, 1965.

Linsay, T. M. *History of the Reformation*, 2 vols. N. York, 1928.

Lucas, H. S.: *The Renaissance and the Reformation*, N. York,

1934.

Lohmann, A.: *Zur geistigen Entwicklung T. Münzers*, en BKMR, XLVII, 1931.

Maison: *Erasme*, París, 1933.

Maquiavelo, N.: *El Príncipe*, (hay varias ediciones).

Marx, C.: *El Capital*, T. I, Bs. Aires, 1965.

Müntzer, T., Boehmer, H. y Kirn, P: *Thomas Münzers Briefwechsel* (1913).

Ponce, A.: *De Erasmo a Romain Rolland. Humanismo Burgués y Humanismo Proletario*. Bs. Aires, 1962.

Schapiro, J. S.: *Social Reform and the Reformation*, 1909, que también incluye los *Doce Artículos*, de 1525, pp. 137-42.

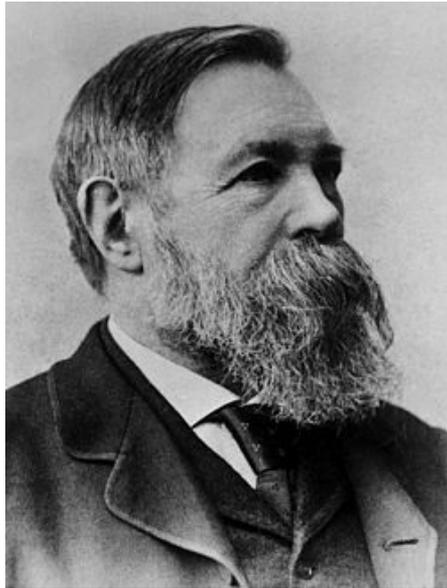
Smirnov, S. M. *La Reforma y las guerras de los campesinos en Alemania*. Moscú, 1968.

Smith, P.: *The Age of the Reformation*, N. York, 1920.

Smith, P.: *Erasmus. A Study of his Life, Ideals and Place in History*, N. York, 1923.

Tawney, R. H.: *Religio and the Rise of Capitalism*, N. York, 1926 (hay trad. al castellano, Bs. Aires, 1959).

Weber, Max: *La Ética Protestante y el Espíritu del Capitalismo*, Madrid.



FRIEDRICH ENGELS (Barmen, Reino de Prusia, 28 de noviembre de 1820 - Londres, Reino Unido, 5 de agosto de 1895). Filósofo y pensador alemán, fue el más personal allegado y colaborador de Karl Marx, con quien redactó las bases fundamentales de los distintos movimientos socialistas, comunistas y sindicales. Trabajó en la empresa de su padre en su juventud pero abandonó ese sendero, e incluso una posible carrera militar, para dedicarse por completo a la preparación universitaria y las luchas políticas, conociendo en este punto a su mejor amigo, Karl Marx.

Pese a ser empresario, siempre luchó por la reivindicación de los derechos de los trabajadores, y junto con Marx, publicaron el *Manifiesto Comunista*, base fundamental de los movimientos políticos Socialistas y Comunistas. Como obra personal, se le atribuye la fundación del Socialismo Científico.

Notas

[1] Se refiere al IV congreso celebrado en 1869 (N. del E.).

<<

[2] Esta segunda parte del *Prólogo* fue escrita por Engels el 1.º de julio de 1874, para la tercera edición de su libro, publicado en Leipzig en 1875 (N. del E.). <<

[3] Periódico dirigido por W. Liebknecht, fundado en 1869, precursor del *Vorwärts* (N. del E.). <<

[4] El movimiento socialista alemán obtuvo en 1871 102 000 votos y en 1874 alcanzó a 352 000 (N. del E.). <<

[5] Las 95 tesis de Wittenberg, que dieron comienzo a la Reforma. <<

[6] Probablemente en 1490 o 1493. <<

[7] De 1130 a 1202, anunció la venida de una nueva era de fraternidad cristiana. <<

[8] Lutero. <<

[9] Ver Apéndice. <<

[10] Investigaciones posteriores han podido establecer que Florián Geyer no murió en ese combate, sino que fue asesinado a traición en Rimpfing, cerca de Wurtzbourg, por orden de su cuñado Guillermo de Grumbach.

Este Guillermo de Grumbach fue descuartizado el 17 de abril de 1567, por orden del Emperador, acusado de haber hecho asesinar al obispo de Wurtzbourg, Melchor de Zobel (N. de Z. Friedlander). <<

[11] Franz Mehring ha rectificado el doble error de Zimmermann, de quién los tomó Engels: a) Pfeiffer no fue discípulo de Münzer, sino el representante de una tendencia

pequeño-burguesa; b) Münzer no fue designado presidente del «Consejo eterno».

Por supuesto que ello no invalida en absoluto las consideraciones que Engels formula (N. del E.). <<

Índice

Las Guerras campesinas en Alemania	4
Introducción	8
Prólogo a la primera edición (1850)	14
Prólogo a la edición de 1870	15
I. Situación económica y estructura social de Alemania a principios del siglo XVI	33
II. Los principales grupos de oposición y sus ideólogos: Lutero y Münzer	49
III. Los movimientos precursores de la Gran Guerra campesina entre 1476 y 1517	73
IV. Sublevación de la nobleza	93
V. Guerras campesinas en Suabia y Franconia	100
VI. Guerras campesinas en Turingia, Alsacia y Austria	138
VII. Consecuencias de las Guerras campesinas	152
Apéndice: Los Doce Artículos de los campesinos	160
Bibliografía	169
Autor	171
Notas	172

